

The background of the cover is a classic illustration of Dorothy Gale from 'The Wizard of Oz'. She is shown from behind, wearing her signature blue and white checkered dress with a white collar and a blue sash. Her long, wavy red hair is styled in two pigtails, each tied with a blue ribbon. She is holding a brown wicker basket in her right hand. To her right, a small, scruffy brown dog is looking towards her. The scene is set on a yellow brick road that curves through a lush, green landscape with various flowers and trees. At the top of the cover, there are decorative, stylized green and gold patterns that resemble wings or leaves.

L. Frank Baum

El Camino
a Oz

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EL CAMINO A OZ

L. FRANK BAUM

**PUBLICADO: 1909
FUENTE: STANDARD EBOOKS
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

A MIS LECTORES

Pues bien, queridos míos, aquí tenéis lo que me habéis pedido: otro «libro de Oz» con las extrañas aventuras de Dorothy. Toto aparece en esta historia porque así lo quisisteis, y muchos otros personajes que reconoceréis también están presentes. En verdad, he procurado atender con el mayor cuidado los deseos de mis pequeños corresponsales; y si la historia no es exactamente como vosotros la habríais escrito, debéis recordar que una historia ha de ser historia antes de poder ponerse por escrito, y el escritor no puede cambiarla demasiado sin echarla a perder.

En el prefacio de Dorothy y el Mago de Oz dije que me gustaría escribir algunas historias que no fuesen «historias de Oz», pues creía haber escrito sobre Oz el tiempo suficiente; pero desde que se publicó ese volumen me he visto verdaderamente inundado de cartas de niños que me suplican que «escriba más sobre Dorothy» y «más sobre Oz», y como escribo únicamente para complacer a los niños, procuraré respetar sus deseos.

En este libro aparecen algunos personajes nuevos que deberían ganarse vuestro cariño. Yo mismo siento mucho apego por el hombre andrajoso, y creo que vosotros también lo querréis. En cuanto a Policroma —la Hija del Arcoíris— y al pequeño y despistado Botón-Brillante, parece que han traído un nuevo elemento de diversión a estas historias de Oz, y me alegra haberlos descubierto. Con todo, estoy deseando que me escribáis para contarme qué os parecen.

Desde que se escribió este libro he recibido noticias verdaderamente extraordinarias del País de Oz, que me han dejado asombrado. Creo que tam-

bién os asombrarán a vosotros, queridos míos, cuando las conozcáis. Pero es una historia tan larga y emocionante que ha de guardarse para otro libro, y quizás ese libro sea el último que se cuente jamás sobre el País de Oz.

L. Frank Baum

Coronado, 1909.

EL CAMINO A OZ

I - EL CAMINO A BUTTERFIELD

—Por favor, señorita —dijo el hombre andrajoso—, ¿podría indicarme el camino a Butterfield?

Dorothy lo examinó de arriba abajo. Sí, era andrajoso, desde luego, pero había un destello en sus ojos que parecía agradable.

—Ah, sí —respondió—, puedo indicárselo. Pero no es este camino.

—¿No?

—Hay que cruzar el prado de las diez acres, seguir el sendero hasta la carretera principal, ir hacia el norte hasta el cruce de las cinco bifurcaciones y tomar... a ver...

— Por supuesto, señorita; vea tan lejos como Butterfield si le parece — dijo el hombre andrajoso.

— Se toma la bifurcación que está junto al tocón del sauce, creo; o la que está junto a las madrigueras de los topos; o quizás...

— ¿No sirve cualquiera de ellas, señorita?

— ¡Claro que no, hombre andrajoso! Hay que tomar el camino correcto para llegar a Butterfield.

— ¿Y ese es el que está junto al tocón del topo, o...?

— ¡Por Dios! — exclamó Dorothy —. Tendré que enseñarle el camino yo misma, porque es usted muy torpe. Espere un momento mientras entro en casa a buscar mi cofia.

El hombre andrajoso esperó. Llevaba una paja de avena en la boca, que masticaba despacio como si le supiera bien; pero no le sabía. Junto a la casa había un manzano, y algunas manzanas habían caído al suelo. El hombre andrajoso pensó que le sabrían mejor que la paja de avena, así que se acercó a coger unas cuantas. Un perrito negro de ojos castaños vivos salió disparado de la granja y se abalanzó como loco hacia el hombre andrajoso, que ya había cogido tres manzanas y las había metido en uno de los anchos y hondos bolsillos de su abrigo andrajoso. El perrito ladró e intentó hincarle el diente en la pierna, pero él lo agarró por el pescuezo y lo metió en el bolsillo grande junto con las manzanas. Después siguió cogiendo más manzanas, pues había muchas en el suelo; y cada una que lanzaba al bolsillo le daba al perrito en algún punto de la cabeza o del lomo, haciéndole gruñir. El perrito se llamaba Toto, y lamentaba haberse metido en el bolsillo del hombre andrajoso.

Al poco rato Dorothy salió de la casa con su cofia y gritó:

— ¡Venga, hombre andrajoso, si quiere que le enseñe el camino a Butterfield!

Trepó la valla al prado de las diez acres y él la siguió, caminando despacio y tropezando con los pequeños montículos del pastizal, como si estuviese pensando en otra cosa y no los viese.

— ¡Caramba, qué torpe es usted! — dijo la niña —. ¿Le cansan los pies?

—No, señorita; son los bigotes; se me cansan mucho con este calor — dijo él—. ¡Ojalá nevara, ¿a que sí?

—¡Claro que no, hombre andrajoso! —respondió Dorothy, lanzándole una mirada severa—. Si nevara en agosto se estropearía el maíz, la avena y el trigo; y entonces el tío Henry no tendría cosecha, lo que le arruinaría; y...

—Bueno, bueno —dijo el hombre andrajoso—. No nevará, creo. ¿Es este el sendero?

—Sí —respondió Dorothy trepando otra valla—. Le acompañaré hasta la carretera principal.

—Gracias, señorita; es usted muy amable para lo pequeña que es, desde luego —dijo él con gratitud.

—No todo el mundo conoce el camino a Butterfield —comentó Dorothy mientras trotaba por el sendero—, pero yo he ido allí muchas veces con el tío Henry en el carro, de modo que creo que lo encontraría con los ojos vendados.

—No haga eso, señorita —dijo el hombre andrajoso con seriedad—; podría equivocarse.

—No me equivocaré —respondió ella, riendo—. Aquí está la carretera. Ahora bien, es la segunda... no, la tercera desviación a la izquierda; o quizá la cuarta. A ver. La primera está junto al olmo, la segunda junto a las madrigueras de los topos; y luego...

—¿Y luego? —preguntó él, metiendo las manos en los bolsillos del abrigo. Toto le agarró un dedo y le mordió; el hombre andrajoso sacó la mano de ese bolsillo a toda prisa y soltó un «¡Ay!»

Dorothy no se dio cuenta. Se protegía los ojos del sol con el brazo, mirando hacia el camino con atención.

—Venga —dijo—. Está solo un poco más adelante, así que bien puedo acompañarle.

Al cabo de un rato llegaron al lugar donde cinco caminos se bifurcaban en distintas direcciones; Dorothy señaló uno y dijo:

—Ese es, hombre andrajoso.

—Muy agradecido, señorita —dijo él, y echó a andar por otro camino.

—¡No ese! —gritó ella—; va en dirección equivocada.

Él se detuvo.

—Creía que me había dicho que ese otro era el camino a Butterfield —dijo, pasándose los dedos por los bigotes andrajosos con aire perplejo.

—Y lo es.

—Pero es que yo no quiero ir a Butterfield, señorita.

—¿No?

—Claro que no. Quería que me indicara el camino para no ir allí por equivocación.

—¡Ah! ¿Y adónde quiere ir, entonces?

—Me da igual, señorita.

Esta respuesta dejó a la niña estupefacta; y además la irritó, pensar que se había tomado todo ese trabajo para nada.

—Aquí hay bastantes caminos —observó el hombre andrajoso, girando despacio sobre sí mismo como un molino de viento humano—. Me parece que desde este lugar se puede ir a casi cualquier parte.

Dorothy también giró sobre sí misma y contempló el paisaje con asombro. Había realmente muchos caminos; más de los que había visto jamás. Intentó contarlos, sabiendo que debía haber cinco, pero cuando llegó a diecisiete se desconcertó y se detuvo, pues los caminos eran tantos como los radios de una rueda y partían en todas las direcciones desde el lugar donde estaban; de modo que si seguía contando probablemente contaría algunos dos veces.

—¡Dios mío! —exclamó—. Antes solo había cinco caminos, contando la carretera. Y ahora... ¿adónde ha ido la carretera principal, hombre andrajoso?

—No sé, señorita —respondió él, sentándose en el suelo como si estuviese cansado de estar de pie—. ¿No estaba aquí hace un momento?

—Eso creía yo —dijo ella, muy perpleja—. Y vi las madrigueras de los topos, y el tocón seco; pero ya no están. Estos caminos son todos descono-

cidos..., ¡y cuántos hay! ¿Adónde crees que van todos?

—Los caminos —observó el hombre andrajoso— no van a ninguna parte. Se quedan quietos para que la gente pueda caminar por ellos.

Se metió la mano en el bolsillo lateral y sacó una manzana con rapidez, antes de que Toto pudiera morderle de nuevo. El perrito asomó la cabeza esta vez y soltó un «¡Guau, guau!» tan sonoro que sobresaltó a Dorothy.

—¡Toto! —exclamó—. ¿De dónde has salido?

—Lo traje conmigo —dijo el hombre andrajoso.

—¿Para qué? —preguntó ella.

—Para que vigilara estas manzanas del bolsillo, señorita, no fuera que alguien me las robara.

Con una mano el hombre andrajoso sostenía la manzana, que empezó a comer, mientras con la otra sacaba a Toto del bolsillo y lo dejaba en el suelo. Toto fue derecho hacia Dorothy, ladrando alborozado por haber salido del oscuro bolsillo. Cuando la niña le acarició la cabeza con cariño, él se sentó frente a ella con la lengua roja colgando a un lado de la boca y la miró con sus ojos castaños vivos, como preguntándole qué debían hacer a continuación.

Dorothy no lo sabía. Miró a su alrededor inquieta buscando algún lugar reconocible, pero todo le era ajeno. Entre las ramas de los numerosos caminos había prados verdes y algunos arbustos y árboles, pero no se veía por ningún lado la granja de la que acababa de salir ni nada que hubiese visto antes, excepto al hombre andrajoso y a Toto. Además, había dado tantas vueltas intentando orientarse que ya ni sabía en qué dirección debería estar la granja; y esto empezaba a preocuparla y a ponerla nerviosa.

—Me temo, hombre andrajoso —dijo con un suspiro—, ¡que estamos perdidos!

—Eso no es motivo para asustarse —respondió él, tirando el corazón de la manzana y empezando a comerse otra—. Cada uno de estos caminos debe llevar a algún sitio, si no no estarían aquí. Así que, ¿qué más da?

—Yo quiero volver a casa —dijo ella.

—Pues vuelve —dijo él.

—No sé qué camino tomar.

—Eso sí que es una contrariedad —dijo, meneando la cabeza andrajosa con gravedad—. Ojalá pudiera ayudarte; pero no puedo. Soy forastero por aquí.

—Parece que yo también —dijo ella, sentándose a su lado—. Es curioso. Hace unos minutos estaba en casa, y vine a enseñarle el camino a Butterfield...

—Para que no fuera allí por equivocación...

—¡Y ahora me he perdido yo y no sé cómo volver a casa!

—Toma una manzana —sugirió el hombre andrajoso, ofreciéndole una de mejillas rojas y brillantes.

—No tengo hambre —dijo Dorothy, rechazándola.

—Pero puede que la tengas mañana; entonces te arrepentirás de no haberte comido la manzana —dijo él.

—Si la tengo, me la como entonces —prometió Dorothy.

—Puede que para entonces no haya ninguna —repuso él, y empezó a comerse la de mejillas rojas—. Los perros a veces encuentran el camino a casa mejor que las personas —añadió—; quizá el tuyo pueda llevarte de vuelta a la granja.

—¿Verdad que sí, Toto? —preguntó Dorothy.

Toto agitó la cola con energía.

—De acuerdo —dijo la niña—, pues vámonos a casa.

Toto miró un momento a su alrededor y echó a correr por uno de los caminos.

—Adiós, hombre andrajoso —gritó Dorothy, y salió corriendo tras Toto. El perrito avanzó animoso un buen trecho; luego se volvió y miró a su ama con aire interrogante.

—No me pidas que te diga nada; yo no sé el camino —dijo ella—. Tendrás que encontrarlo tú solo.

Pero Toto no pudo. Agitó la cola, estornudó, sacudió las orejas y trotó de vuelta adonde habían dejado al hombre andrajoso. Desde allí intentó otro camino; luego volvió y probó otro más; pero en todos encontraba el terreno desconocido y decidía que no llevaría a la granja. Por fin, cuando Dorothy empezaba a cansarse de correr tras él, Toto se sentó jadeando junto al hombre andrajoso y se dio por vencido.

Dorothy también se sentó, muy pensativa. La niña había vivido algunas aventuras extrañas desde que fue a vivir a la granja; pero esta era la más extraña de todas. Perderse en un cuarto de hora, tan cerca de casa y en el nada romántico Estado de Kansas, era una experiencia que la dejaba verdaderamente desconcertada.

—¿Se preocuparán los tuyos? —preguntó el hombre andrajoso, con ese destello agradable en los ojos.

—Supongo que sí —respondió Dorothy con un suspiro—. El tío Henry dice que siempre me pasa algo; pero siempre he vuelto sana y salva al final. Así que quizá se consuele pensando que esta vez también volveré.

—Estoy seguro de que así será —dijo el hombre andrajoso, asintiendo con una sonrisa—. Las niñas buenas nunca sufren daño, ya se sabe. Y yo también soy bueno, de modo que a mí nunca me pasa nada malo.

Dorothy lo miró con curiosidad. Su ropa era andrajosa, sus botas eran andrajosas y llenas de agujeros, y su pelo y sus bigotes eran andrajosos. Pero su sonrisa era dulce y sus ojos eran bondadosos.

—¿Por qué no quería ir a Butterfield? —le preguntó.

—Porque allí vive un hombre que me debe quince centavos, y si fuera a Butterfield y me viera querría pagarme el dinero. Y yo no quiero dinero, querida mía.

—¿Por qué no? —inquirió ella.

—El dinero —declaró el hombre andrajoso— hace a la gente orgullosa y altiva. Yo no quiero ser orgulloso ni altivo. Solo quiero que la gente me quiera; y mientras sea dueño del Imán del Amor, todo el que me encuentre estará seguro de quererme con ternura.

—¡El Imán del Amor! Pero ¿qué es eso?

—Te lo enseño, si no se lo dices a nadie —respondió él, en voz baja y misteriosa.

—No hay nadie a quien decírselo, salvo a Toto —dijo la niña.

El hombre andrajoso buscó en un bolsillo con cuidado; luego en otro; y en un tercero. Por fin sacó un pequeño paquete envuelto en papel arrugado y atado con un cordel de algodón. Desató el cordel, abrió el paquete y extrajo un trocito de metal con forma de herradura. Era opaco y marrón, y no muy bonito.

—Esto, querida mía —dijo él, con solemnidad—, es el maravilloso Imán del Amor. Me lo regaló un esquimal en las Islas Sandwich —donde no hay sándwiches de ningún tipo— y mientras lo lleve conmigo, todo ser viviente que encuentre me querrá con ternura.

—¿Por qué no lo guardó el esquimal? —preguntó ella, mirando el Imán con interés.

—Se cansó de que le quisieran y anhelaba que alguien le odiara. Así que me dio el Imán, y al día siguiente un oso pardo se lo comió.

—¿No se arrepintió entonces? —inquirió ella.

—No lo dijo —respondió el hombre andrajoso, envolviendo y atando el Imán del Amor con gran cuidado y guardándolo en otro bolsillo—. Aunque el oso no parecía arrepentirse lo más mínimo —añadió.

—¿Conocía al oso? —preguntó Dorothy.

—Sí; solíamos jugar a la pelota juntos en las Islas del Caviar. El oso me quería porque yo tenía el Imán del Amor. No podía culparle por comerse al esquimal, pues era su naturaleza.

—Una vez —dijo Dorothy— conocí a un Tigre Hambriento que anhelaba comerse bebés gorditos, porque era su naturaleza; pero nunca lo hizo porque tenía Conciencia.

—Este oso —respondió el hombre andrajoso, con un suspiro— no tenía Conciencia, ya ves.

El hombre andrajoso permaneció callado varios minutos, aparentemente reflexionando sobre los casos del oso y del tigre, mientras Toto lo observaba con aire de gran interés. El perrito pensaba sin duda en su viaje en el bolsil-

lo del hombre andrajoso y planeaba mantenerse fuera de su alcance en el futuro.

Por fin el hombre andrajoso se volvió y preguntó:

—¿Cómo te llamas, niña?

—Me llamo Dorothy —dijo ella, poniéndose en pie de un salto—, pero ¿qué vamos a hacer? No podemos quedarnos aquí para siempre, ¿sabe?

—Tomemos el séptimo camino —sugirió él—. El siete es un número de la suerte para las niñas llamadas Dorothy.

—¿El séptimo desde dónde?

—Desde donde empieces a contar.

Así que ella contó siete caminos, y el séptimo tenía el mismo aspecto que todos los demás; pero el hombre andrajoso se levantó del suelo donde había estado sentado y echó a andar por ese camino como si estuviese seguro de que era el mejor, y Dorothy y Toto le siguieron.

II - DOROTHY CONOCE A BOTÓN-BRILLANTE

El séptimo camino era un buen camino, y serpenteaba de acá para allá, atravesando prados verdes y campos cubiertos de margaritas y ranúnculos, y pasando junto a grupos de frondosos árboles. No se veía ninguna clase de casas, y durante un buen trecho no encontraron ningún ser viviente.

Dorothy empezaba a temer que se estaban alejando mucho de la granja, pues todo le era ajeno allí; pero de nada serviría volver al lugar donde se cruzaban los caminos, ya que el siguiente que eligiesen podría llevarla igual de lejos de casa.

Siguió caminando junto al hombre andrajoso, que silbaba melodías alegres para amenizar el trayecto, hasta que al doblar una curva del camino vieron ante ellos un gran castaño que proyectaba una sombra sobre la calzada. A la sombra estaba sentado un niño pequeño vestido con ropa de marinero, que cavaba un hoyo en la tierra con un trozo de madera. Debía de llevar cavando algún tiempo, porque el hoyo ya era bastante grande como para meter un balón de fútbol.

Dorothy, Toto y el hombre andrajoso se detuvieron ante el niño, que seguía cavando con calma y perseverancia.

—¿Quién eres? —preguntó la niña.

Él levantó la vista con calma. Tenía la cara redonda y mofletuda, y los ojos grandes, azules y serios.

—Soy Botón-Brillante —dijo.

—Pero ¿cuál es tu nombre de verdad? —inquirió ella.

—Botón-Brillante.

—¡Ese no es un nombre de verdad! —exclamó.

—¿No? —preguntó él, sin dejar de cavar.

—¡Claro que no! Es solo..., un apodo. Has de tener un nombre.

—¿He de tenerlo?

—Naturalmente. ¿Cómo te llama tu mamá?

Hizo una pausa en la excavación e intentó pensar.

—Papá siempre decía que yo era listo como un botón, así que mamá me llamaba siempre Botón-Brillante —dijo.

—¿Cómo se llama tu papá?

—Solo Papá.

—¿Y nada más?

—No sé.

—No importa —dijo el hombre andrajoso, sonriendo—. Llamaremos al chico Botón-Brillante, como hace su mamá. Ese nombre es tan bueno como

cualquier otro, y mejor que algunos.

Dorothy observó al niño cavar.

—¿Dónde vives? —le preguntó.

—No sé —fue la respuesta.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—No sé —dijo de nuevo.

—¿No sabes de dónde vienes?

—No —dijo él.

—Pero si debe de estar perdido —le dijo al hombre andrajoso. Luego se volvió otra vez hacia el niño—. ¿Qué vas a hacer? —inquirió.

—Cavar —dijo él.

—Pero no puedes cavar para siempre; ¿y qué harás después? —insistió ella.

—No sé —dijo el niño.

—Pero algo has de saber —declaró Dorothy, que empezaba a perder la paciencia.

—¿He de saberlo? —preguntó él, levantando la vista con sorpresa.

—Claro que sí.

—¿Qué he de saber?

—Lo que va a ser de ti, para empezar —respondió ella.

—¿Sabes tú lo que va a ser de mí? —preguntó él.

—No..., no exactamente —admitió ella.

—¿Y sabes tú lo que va a ser de ti? —continuó él, con seriedad.

—No puedo decir que lo sepa —respondió Dorothy, recordando sus propias dificultades.

El hombre andrajoso se echó a reír.

—Nadie lo sabe todo, Dorothy —dijo.

—Pero Botón-Brillante parece no saber nada —declaró ella—. ¿A que no, Botón-Brillante?

Él meneó la cabeza, cubierta de rizos bonitos, y respondió con perfecta calma:

—No sé.

Jamás había encontrado Dorothy a alguien que pudiese darle tan poca información. El niño estaba evidentemente perdido, y su familia debía de estar muy preocupada por él. Parecía dos o tres años menor que Dorothy, e iba vestido con esmero, como si alguien le quisiera mucho y se esforzara por tenerle bien presentado. ¿Cómo había ido a parar, pues, a ese camino solitario?, se preguntó ella.

Junto a Botón-Brillante, en el suelo, había un sombrero de marinero con un ancla dorada en la cinta. Sus pantalones de marinero eran largos y anchos en el bajo, y el cuello amplio de su blusa tenía anclas de oro cosidas en las esquinas. El niño seguía cavando su hoyo.

—¿Has estado alguna vez en el mar? —le preguntó Dorothy.

—¿En el mar de qué? —respondió Botón-Brillante.

—Me refiero a si has estado alguna vez donde hay agua.

—Sí —dijo Botón-Brillante—; hay un pozo en nuestro jardín.

—No me entiendes —exclamó Dorothy—. Me refiero a si has estado alguna vez en un gran barco flotando en un gran océano.

—No sé —dijo él.

—¿Entonces por qué llevas ropa de marinero?

—No sé —respondió de nuevo.

Dorothy se desanimó.

—Eres terriblemente torpe, Botón-Brillante —dijo.

—¿Lo soy? —preguntó él.

—Sí que lo eres.

—¿Por qué? —dijo, mirándola con sus ojos grandes.

Ella estuvo a punto de decir: «No sé», pero se contuvo a tiempo.

—Eso te toca responderlo a ti —replicó.

—De nada sirve hacerle preguntas a Botón-Brillante —dijo el hombre andrajoso, que estaba comiéndose otra manzana— ; pero alguien debería cuidar al pobrecillo, ¿no os parece? Así que será mejor que venga con nosotros.

Toto había estado mirando con gran curiosidad el hoyo que el niño estaba cavando, y cada vez se ponía más nervioso, quizá pensando que Botón-Brillante iba tras algún animal salvaje. El perrito empezó a ladrar con fuerza y saltó al hoyo, donde se puso a cavar con sus diminutas patas, haciendo que la tierra volara en todas las direcciones. Le salpicó encima al niño. Dorothy agarró a Toto y lo puso en pie, sacudiéndole la ropa con la mano.

—¡Para ya, Toto! —dijo—. No hay ratones ni marmotas en ese hoyo, así que no hagas el tonto.

Toto paró, olisqueó el hoyo con desconfianza, y saltó fuera, agitando la cola como si hubiese hecho algo importante.

—Bueno —dijo el hombre andrajoso— , hay que ponerse en marcha, o no llegaremos a ningún sitio antes de que anochezca.

—¿Adónde espera llegar? —preguntó Dorothy.

—Soy como Botón-Brillante. No sé —respondió el hombre andrajoso, riendo—. Pero la larga experiencia me ha enseñado que todo camino lleva a algún sitio, pues si no no habría camino; de modo que lo más probable es que si caminamos el tiempo suficiente, querida mía, acabemos llegando a algún lugar u otro. Cuál será ese lugar no podemos ni imaginarlo en este momento, pero seguro que lo averiguamos cuando llegemos. ¿A que no?

—Pues sí —dijo Dorothy— ; eso parece razonable, hombre andrajoso.

III - UN PUEBLO MUY RARO

Botón-Brillante tomó de buen grado la mano del hombre andrajoso, pues este tenía el Imán del Amor, ya se sabe, y por eso Botón-Brillante le había querido al instante. Echaron a andar, con Dorothy a un lado, Toto al otro, y el pequeño grupo avanzó con más ánimo del que cabría esperar. La niña se estaba acostumbrando a las aventuras extrañas, que le interesaban muchísimo. Dondequiera que iba Dorothy, Toto iba también, como el corderito de María. Botón-Brillante no parecía asustado ni preocupado por estar perdido, y el hombre andrajoso no tenía casa, quizá, y se encontraba tan a gusto en un sitio como en otro.

Al poco rato vieron delante de ellos un gran arco que cruzaba el camino, y al acercarse descubrieron que estaba bellamente tallado y decorado con ricos colores. En lo alto corría una hilera de pavos reales con las colas desplegadas, todos con las plumas magníficamente pintadas. En el centro había una gran cabeza de zorro, y el zorro lucía una expresión astuta y sagaz, con grandes anteojos sobre los ojos y una pequeña corona dorada de brillantes puntas en lo alto de la cabeza.

Mientras los viajeros contemplaban con curiosidad aquel hermoso arco, de pronto salió marchando de él una compañía de soldados; pero los soldados eran todos zorros vestidos con uniformes. Llevaban chaquetas verdes y pantalones amarillos, y sus pequeñas gorras redondas y sus altas botas eran de un color rojo vivo. Además, llevaban un gran lazo rojo atado en la mitad de cada larga cola esponjosa. Cada soldado iba armado con una espada de madera con un filo de dientes afilados formando una hilera, y la visión de esos dientes hizo estremecerse a Dorothy en un primer momento.

Un capitán marchaba al frente de la compañía de soldados-zorro, con el uniforme bordado con galones de oro para distinguirlo de los demás.

Casi antes de que nuestros amigos se dieran cuenta, los soldados les habían rodeado por todos los lados, y el capitán vociferaba con voz áspera:

— ¡Rendíos! Sois nuestros prisioneros.

—¿Qué es un pris'nero? —preguntó Botón-Brillante.

—Un prisionero es un cautivo —respondió el capitán-zorro, paseándose arriba y abajo con gran dignidad.

—¿Qué es un cautivo? —preguntó Botón-Brillante.

—Tú lo eres —dijo el capitán.

Eso hizo reír al hombre andrajoso.

—Buenas tardes, capitán —dijo, inclinándose cortésmente ante todos los zorros y muy profundamente ante su comandante—. Espero que goce usted de buena salud y que sus familias estén bien.

El capitán-zorro miró al hombre andrajoso, y sus rasgos afilados se volvieron afables y sonrientes.

—Bastante bien, gracias, hombre andrajoso —dijo; y Dorothy comprendió que el Imán del Amor estaba actuando y que todos los zorros querían ahora al hombre andrajoso gracias a él. Pero Toto no lo sabía, y empezó a ladrar con furia e intentó morderle la pata peluda al capitán, donde asomaba entre sus botas rojas y sus pantalones amarillos.

—¡Para, Toto! —gritó la niña, agarrando al perro en brazos—. Estos son amigos nuestros.

—¡Pues es verdad! —comentó el capitán con tono de asombro—. Creía al principio que éramos enemigos, pero resulta que sois amigos. Debéis acompañarme a ver al Rey Dox.

—¿Quién es? —preguntó Botón-Brillante, con ojos muy serios.

—El Rey Dox de Zorrolandia; el gran y sabio soberano que gobierna nuestra comunidad.

—¿Qué es un sober'no y qué es una com'nidad? —inquirió Botón-Brillante.

—No hagas tantas preguntas, niño.

—¿Por qué?

—Ay, ¿por qué, en efecto? —exclamó el capitán, mirando a Botón-Brillante con admiración—. Si no haces preguntas no aprenderás nada. Es cierto. Tenía razón. Eres un niño muy listo, pensándolo bien, muy listo de

veras. Pero ahora, amigos, por favor, venid conmigo, pues tengo la obligación de escoltaros de inmediato al palacio real.

Los soldados desfilaron de vuelta por el arco, y con ellos marcharon el hombre andrajoso, Dorothy, Toto y Botón-Brillante. Al pasar por la abertura encontraron ante ellos una gran y hermosa ciudad, con todas las casas de mármol tallado en colores vivos. Los adornos eran en su mayoría aves y otras clases de pájaros, como pavos reales, faisanes, pavos, urogallos, patos y gansos. Sobre cada puerta había esculpida una cabeza que representaba al zorro que vivía en esa casa, lo cual resultaba bastante original y bonito.

Mientras nuestros amigos avanzaban, algunos de los zorros salían a los porches y balcones para ver a los forasteros. Estos zorros iban todos elegantemente vestidos; las zorras jóvenes y las hembras adultas llevaban vestidos de plumas entretejidas con habilidad y teñidas en tonos vivos que Dorothy consideraba muy artísticos y decididamente atractivos.

Botón-Brillante miraba con los ojos cada vez más abiertos y redondos, y más de una vez habría tropezado y caído de no ser porque el hombre andrajoso lo sujetaba de la mano. Todos estaban fascinados, y Toto estaba tan excitado que quería ladrar a cada momento y perseguir y pelear con cada zorro que veía; pero Dorothy lo sujetaba bien entre los brazos y le ordenaba que se portara bien y se estuviese quieto. Así que al final se calmó, como perrito sensato que era, decidiendo que en Zorrolandia había demasiados zorros con los que pelearse al mismo tiempo.

Al poco llegaron a una gran plaza, y en el centro de la plaza se alzaba el palacio real. Dorothy lo reconoció al instante porque sobre su gran puerta había esculpida la cabeza de un zorro idéntica a la que había visto en el arco, y ese zorro era el único que llevaba una corona dorada.

Muchos soldados-zorro guardaban la puerta, pero se cuadraron ante el capitán y le dejaron pasar sin preguntar. El capitán los condujo por numerosas salas donde zorros ricamente vestidos estaban sentados en hermosas sillas o tomaban el té, que repartían unos criados-zorro con delantales blancos. Llegaron a un gran vano cubierto por pesadas cortinas de tela de oro.

Junto a ese vano había un enorme tambor. El capitán-zorro se acercó y lo golpeó con las rodillas —primero una y luego la otra— de modo que el

tambor decía: «Bum, bum».

— Todos debéis hacer exactamente lo que yo haga — ordenó el capitán; así que el hombre andrajoso golpeó el tambor con las rodillas, y Dorothy también, y Botón-Brillante también. El niño quería seguir golpeándolo con sus gordezuelas rodillas porque le gustaba el sonido, pero el capitán le detuvo. Toto no podía golpear el tambor con las rodillas y no sabía lo suficiente para agitar la cola contra él, así que Dorothy golpeó el tambor por él, y eso hizo que Toto ladrara, y cuando el perrito ladró el capitán-zorro frunció el ceño.

Las cortinas doradas se abrieron lo suficiente para dejar un hueco, por el que el capitán entró seguido de los demás.

La sala ancha y larga en que entraron estaba decorada en oro con vidrieras de espléndidos colores. En el rincón de la sala, sobre un trono dorado ricamente tallado, estaba sentado el rey-zorro, rodeado de un grupo de otros zorros que llevaban todos grandes anteojos sobre los ojos, lo que les hacía parecer solemnes e importantes.

Dorothy reconoció al Rey al instante, pues había visto su cabeza tallada en el arco y sobre la puerta del palacio. Habiendo conocido a varios otros reyes en sus viajes, sabía lo que debía hacer, y se inclinó profundamente ante el trono. El hombre andrajoso también se inclinó, y Botón-Brillante cabeceó y dijo «Hola».

— Sapiientísimo y nobilísimo potentado de Zorrolandia — dijo el capitán, dirigiéndose al Rey con voz pomposa —, me permito informar humildemente a vuestra majestad que hallé a estos forasteros en el camino que lleva a vuestros dominios, por lo que los he traído ante vuestra presencia, como es mi deber.

— Ya..., ya — dijo el Rey, observándoles con mirada penetrante —. ¿Qué os ha traído hasta aquí, forasteros?

— Las piernas, con el debido respeto a vuestra Peluda Majestad — respondió el hombre andrajoso.

— ¿Cuál es vuestro propósito aquí? — fue la siguiente pregunta.

— Marcharnos cuanto antes — dijo el hombre andrajoso.

El Rey no sabía lo del Imán, por supuesto; pero este le hizo querer al hombre andrajoso al instante.

—Haced lo que os parezca en cuanto a marcharos —dijo—; pero me gustaría enseñaros las curiosidades de mi ciudad y agasajar a vuestra compañía mientras estéis aquí. Nos sentimos muy honrados de tener entre nosotros a la pequeña Dorothy, os lo aseguro, y apreciamos su amabilidad al visitarnos. Pues cualquier país que Dorothy visite está llamado a hacerse famoso.

Este discurso sorprendió enormemente a la niña, que preguntó:

—¿Cómo conoce vuestra majestad mi nombre?

—Pero si todo el mundo te conoce, querida —dijo el Rey-Zorro—. ¿Acaso no te das cuenta? Eres un personaje muy importante desde que la princesa Ozma de Oz te tomó por amiga.

—¿Conoce usted a Ozma? —preguntó ella, asombrada.

—Lamento decir que no —respondió él, con tristeza—; pero espero conocerla pronto. Sabes que la princesa Ozma va a celebrar su cumpleaños el veintiuno de este mes.

—¿De veras? —dijo Dorothy—. No lo sabía.

—Sí; será la ceremonia real más brillante que jamás se haya celebrado en ninguna ciudad de las Tierras de Hadas, y espero que puedas conseguirme una invitación.

Dorothy pensó un momento.

—Estoy segura de que Ozma le invitaría si se lo pido —dijo—; pero ¿cómo llegaría usted al País de Oz y a la Ciudad Esmeralda? Queda bastante lejos de Kansas.

—¡Kansas! —exclamó él, sorprendido—. ¿Cómo? ¿Es que estamos ahora en Kansas?

—Pues sí; estamos en Kansas, ¿verdad? —respondió ella, algo desconcertada.

—¿Qué idea tan curiosa! —exclamó el Rey-Zorro, y echó a reír—. ¿Qué te ha hecho pensar que esto es Kansas?

—Que dejé la granja del tío Henry hace solo unas dos horas; por eso — dijo ella, bastante perpleja.

—Pero dime, querida, ¿has visto alguna vez en Kansas una ciudad tan maravillosa como Zorrolandia? —preguntó él.

—No, vuestra majestad.

—¿Y no has viajado de Oz a Kansas en menos de un abrir y cerrar de ojos, gracias a los Zapatos de Plata y el Cinturón Mágico?

—Sí, vuestra majestad —reconoció ella.

—Entonces, ¿por qué te extraña que en una o dos horas hayas llegado a Zorrolandia, que está más cerca de Oz que de Kansas?

—¡Dios mío! —exclamó Dorothy—. ¿Es esto otra aventura de hadas?

—Eso parece —dijo el Rey-Zorro, sonriendo.

Dorothy se volvió hacia el hombre andrajoso, y su semblante era grave y acusador.

—¿Es usted mago? ¿O un hada disfrazada? —preguntó—. ¿Me hechizó cuando me pidió el camino a Butterfield?

El hombre andrajoso meneó la cabeza.

—¿Quién ha oído hablar de un hada andrajosa? —respondió—. No, Dorothy, querida; yo no tengo culpa alguna en este viaje, te lo aseguro. Algo extraño ha habido en mí desde que soy dueño del Imán del Amor; pero no sé qué es, igual que tú. No traté en absoluto de alejarte de casa. Si quieres encontrar el camino de vuelta a la granja iré contigo de buena gana y haré cuanto pueda por ayudarte.

—No importa —dijo la niña, pensativa—. En Kansas no hay tanto que ver como aquí, y creo que la tía Em no se preocupará demasiado; es decir, mientras no tarde demasiado en volver.

—Muy bien dicho —declaró el Rey-Zorro, asintiendo con aprobación—. Acepta tu suerte con conformidad, sea cual sea, si eres juiciosa. Lo que me recuerda que tienes un nuevo compañero en esta aventura; parece muy listo y avisado.

—Lo es —dijo Dorothy; y el hombre andrajoso añadió:

—Ese es su nombre, vuestra Zorruna Majestad: Botón-Brillante.

IV - EL REY DOX

Era curioso observar la expresión del rostro del Rey Dox mientras examinaba al niño de arriba abajo, desde el sombrero de marinero hasta los zapatos redondeados, y resultaba igualmente divertido ver cómo Botón-Brillante miraba al Rey a su vez. Ningún zorro había contemplado jamás una cara infantil más fresca y luminosa, y ningún niño había oído hablar a un zorro antes, ni encontrado uno que vistiese con tanta elegancia y gobernara una ciudad tan grande. Debo decir con pesar que nadie había explicado nunca gran cosa al niño sobre ninguna clase de hadas; siendo esto así, fácil es comprender el asombro y la sorpresa que le provocó aquella extraña experiencia.

—¿Qué te parecemos? —preguntó el Rey.

—No sé —dijo Botón-Brillante.

—Claro que no. El conocimiento es demasiado reciente —repuso su majestad—. ¿Sabes cuál crees que es mi nombre?

—No sé —dijo Botón-Brillante.

—¿Cómo ibas a saberlo? Pues bien, te lo diré. Mi nombre privado es Dox, pero un rey no puede ser llamado por su nombre privado; ha de tomar uno oficial. Por lo tanto mi nombre oficial es el Rey Renard IV. Re-nard con el acento en el «Re».

—¿Qué es «Re»? —preguntó Botón-Brillante.

—¡Qué ingenioso! —exclamó el Rey, volviendo una cara complacida hacia sus consejeros—. Este niño es verdaderamente brillante. «¿Qué es

"Re"?», pregunta; y claro está que «re» no es nada de por sí. Sí, es muy brillante de veras.

— Esa pregunta podría calificarse de muy astuta, lo que vuestra majestad podría llamar zorrera — dijo uno de los consejeros, un viejo zorro gris.

— Eso es — declaró el Rey. Dirigiéndose de nuevo a Botón-Brillante, preguntó —: Habiendo sabido mi nombre, ¿cómo me llamarías?

— Rey Dox — dijo el niño.

— ¿Por qué?

— Porque «Re» no es nada — fue la respuesta.

— ¡Bien! ¡Muy bien! Tienes sin duda una mente brillante. ¿Sabes por qué dos y dos son cuatro?

— No — dijo Botón-Brillante.

— ¡Ingenioso! ¡Ingenioso de verdad! Claro que no lo sabes. Nadie lo sabe por qué; solo sabemos que es así, y no podemos explicar el porqué. Botón-Brillante, esos rizos y esos ojos azules no concuerdan con tanta sabiduría. Te hacen parecer demasiado joven y ocultan tu verdadera inteligencia. Por eso te haré un gran favor. Te concederé la cabeza de un zorro, para que en adelante tengas el aspecto tan brillante como eres en realidad.

Al decir esto, el Rey agitó la pata hacia el niño, y al instante los rizos bonitos, la cara redonda y fresca y los ojos azules grandes desaparecieron, y en su lugar apareció sobre los hombros de Botón-Brillante una cabeza de zorro — peluda, de hocico afilado, orejas puntiagudas y ojos vivos y pequeños.

— ¡Oh, no haga eso! — exclamó Dorothy, retrocediendo ante su transformado compañero con una cara de horror y consternación.

— Ya es tarde, querida; ya está hecho. Pero tú también tendrás una cabeza de zorro si puedes demostrar ser tan lista como Botón-Brillante.

— ¡No la quiero; es horrible! — exclamó ella; y al oír ese veredicto, Botón-Brillante se puso a berrear como si siguiera siendo un niño pequeño.

—¿Cómo puedes llamar horrible a esa cabeza tan bonita? —preguntó el Rey—. Para mí es una cara mucho más bonita que la que tenía antes, y mi esposa dice que tengo buen ojo para la belleza. No llores, niño-zorro. Ríe y siéntete orgulloso, pues eres un gran afortunado. ¿Qué te parece la nueva cabeza, Botón-Brillante?

—¡N-n-n-no s-s-sé! —sollozó el niño.

—¡Por favor, devuélvasela, vuestra majestad! —suplicó Dorothy.

El Rey Renard IV meneó la cabeza.

—No puedo hacer eso —dijo—; no tengo ese poder, aunque quisiera. No, Botón-Brillante tendrá que llevar su cabeza de zorro, y estoy seguro de que la adorará en cuanto se acostumbre.

Tanto el hombre andrajoso como Dorothy tenían el semblante grave y preocupado, pues les apenaba que semejante desgracia hubiera sobrevenido a su pequeño compañero. Toto ladró al niño-zorro un par de veces, sin darse cuenta de que era su antiguo amigo quien ahora llevaba aquella cabeza de animal; pero Dorothy le regañó y le mandó callarse. En cuanto a los zorros, todos parecían encontrar la nueva cabeza de Botón-Brillante muy favorecida y consideraban que su Rey le había otorgado al pequeño forastero un gran honor. Era cómico ver al niño llevarse la mano a su hocico afilado y su boca ancha, y renovar su llanto con desesperación. Meneaba las orejas de forma graciosa y había lágrimas en sus pequeños ojos negros. Pero Dorothy no podía reírse de su amigo todavía, pues le daba demasiada lástima.

En ese momento entraron en la sala tres pequeñas princesas-zorro, hijas del Rey, y cuando vieron a Botón-Brillante una exclamó: «¡Qué encantador es!»; la siguiente gritó con deleite: «¡Qué adorable es!»; y la tercera aplaudió de placer y dijo: «¡Qué precioso es!»

Botón-Brillante dejó de llorar y preguntó tímidamente:

—¿De verdad?

—En todo el mundo no hay otra cara tan bonita —declaró la mayor de las princesas-zorro.

—Debes vivir con nosotras para siempre y ser nuestro hermano —dijo la siguiente.

—Te querremos todas con todo el corazón —dijo la tercera.

Estas alabanzas consolaron mucho al niño, y miró a su alrededor e intentó sonreír. Fue un intento lastimoso, pues la cara de zorro era nueva y rígida, y Dorothy pensó que su expresión era más torpe que antes de la transformación.

—Creo que deberíamos marcharnos ya —dijo el hombre andrajoso, inquieto, pues no sabía qué podía ocurrírsele al Rey a continuación.

—No os marchéis aún, os lo ruego —suplicó el Rey Renard—. Tengo intención de organizar varios días de festines y festejos en honor a vuestra visita.

—Organizadlos después de que nos hayamos ido, pues no podemos esperar —dijo Dorothy con firmeza. Pero viendo que esto disgustaba al Rey, añadió—: Si voy a conseguir que Ozma os invite a su fiesta, tendré que encontrarla lo antes posible, ya sabe.

A pesar de toda la belleza de Zorrolandia y de los espléndidos trajes de sus habitantes, tanto la niña como el hombre andrajoso sentían que allí no estaban del todo seguros, y que se alegrarían de ver la última vez aquel lugar.

—Pero ya es de noche —les recordó el Rey—, y debéis quedaros con nosotros hasta mañana. Por eso os invito a ser mis huéspedes en la cena, y a asistir al teatro después, sentados en el palco real. Mañana por la mañana, si insistís de verdad, podéis reanudar el viaje.

Aceptaron, y algunos de los criados-zorro los condujeron a una suite de hermosas habitaciones en el gran palacio.

Botón-Brillante tenía miedo de quedarse solo, así que Dorothy lo llevó a su propia habitación. Mientras una doncella-zorro le peinaba el cabello — que estaba un poco enredado — y le ponía cintas frescas y brillantes, otra doncella-zorro le cepillaba y peinaba el pelo de la cara y la cabeza de Botón-Brillante con cuidado, atándole un lazo rosa a cada una de sus orejas puntiagudas. Las doncellas querían vestir a los niños con finos trajes de plumas tejidas, como los que llevaban todos los zorros; pero ninguno de los dos consintió.

—Un traje de marinero y una cabeza de zorro no combinan bien —dijo una de las doncellas—, pues que yo recuerde no ha habido nunca un zorro marinero.

—¡Yo no soy un zorro! —exclamó Botón-Brillante.

—Ay, no —convino la doncella—. Pero llevas una preciosa cabeza de zorro sobre los delgados hombros, y eso es casi tan bueno como ser un zorro.

El niño, recordando su desgracia, volvió a llorar. Dorothy le consoló y le prometió encontrar alguna manera de devolverle su propia cabeza.

—Si conseguimos llegar a Ozma —dijo—, la princesa te la devolverá en un santiamén; así que lleva esa cabeza de zorro lo más cómodamente que puedas, querido, y no te preocupes por ella. No es ni mucho menos tan bonita como la tuya, digan lo que digan los zorros; pero puedes aguantar un poco más con ella, ¿verdad?

—No sé —dijo Botón-Brillante, dudoso; pero después de eso no volvió a llorar.

Dorothy dejó que las doncellas le prendieran cintas en los hombros, tras lo cual estuvieron listos para la cena del Rey. Cuando encontraron al hombre andrajoso en el espléndido salón del palacio lo vieron exactamente igual que antes. Se había negado a cambiar su ropa andrajosa por ropa nueva, porque si lo hacía ya no sería el hombre andrajoso, decía, y tendría que volver a acostumbrarse a sí mismo.

Le dijo a Dorothy que se había cepillado el pelo y los bigotes andrajosos; pero ella pensó que debía de habérselos cepillado al revés, pues estaban tan andrajosos como antes.

En cuanto a la compañía de zorros reunidos para cenar con los forasteros, iban vestidos con gran primor, y sus ricos trajes hacían que el sencillo vestido de Dorothy, el traje de marinero de Botón-Brillante y la ropa andrajosa del hombre andrajoso parecieran de lo más vulgar. Pero trataron a sus huéspedes con gran respeto, y la cena del Rey era una cena muy buena de verdad. Los zorros, como bien se sabe, son aficionados a los pollos y a las aves en general; de modo que sirvieron sopa de pollo, pavo asado, pato estofado, urogallo frito, codorniz a la brasa y empanada de ganso, y como la cocina

era excelente los huéspedes del Rey disfrutaron de la comida y dieron buena cuenta de los distintos platos.

La compañía fue al teatro, donde presenciaron una obra interpretada por zorros vestidos con trajes de plumas de colores vivos. La obra trataba de una zorra-niña que era robada por unos lobos malvados y llevada a su guarida; y cuando estaban a punto de matarla y comérsela llegó una compañía de soldados-zorro, la salvó y dio muerte a todos los lobos malvados.

—¿Qué te parece? —le preguntó el Rey a Dorothy.

—Bastante bien —respondió ella—. Me recuerda a una de las fábulas del señor Esopo.

—¡Le ruego que no me hable de Esopo! —exclamó el Rey Dox—. Aborrezco ese nombre. Escribió mucho sobre zorros, pero siempre los presentó como crueles y malvados, cuando en realidad somos gentiles y bondadosos, como podéis comprobar.

—Pero sus fábulas os mostraban sabios e inteligentes, y más astutos que los demás animales —dijo el hombre andrajoso, pensativo.

—Así somos. No cabe duda de que sabemos más que los hombres —repuso el Rey con orgullo—. Pero empleamos nuestra sabiduría para hacer el bien en lugar del mal; así que ese horrible Esopo no sabía de lo que hablaba.

No quisieron contradecirle, pues consideraron que él debía de conocer la naturaleza de los zorros mejor que los hombres; así que se estuvieron quietos y vieron la obra, y Botón-Brillante se interesó tanto que por un momento olvidó que llevaba una cabeza de zorro.

Después volvieron al palacio y durmieron en blandas camas rellenas de plumas, pues los zorros criaban muchas aves para comer y usaban sus plumas para vestir y para dormir.

Dorothy se preguntó por qué los animales de Zorrolandia no llevaban simplemente su propio pelaje, como los zorros salvajes; cuando se lo comentó al Rey Dox, él dijo que se vestían porque eran civilizados.

—Pero ustedes nacieron sin ropa —observó ella—, y no me parece que la necesiten.

— Los seres humanos también nacieron sin ropa — respondió él —; y hasta que se civilizaron solo llevaban su piel natural. Pero civilizarse significa vestirse de la forma más elaborada y bonita posible, y exhibir la ropa para que los vecinos sientan envidia; y por eso tanto los zorros civilizados como los humanos civilizados pasan la mayor parte del tiempo vistiéndose.

— Yo no — declaró el hombre andrajoso.

— Es cierto — dijo el Rey, mirándole con atención —; pero quizá usted no sea civilizado.

Tras dormir bien y descansar toda la noche, desayunaron con el Rey y luego se despidieron de su majestad.

— Han sido muy amables con nosotros — salvo con el pobre Botón-Brillante — dijo Dorothy —, y lo hemos pasado bien en Zorrolandia.

— Pues entonces — dijo el Rey Dox —, quizá seas tan amable de conseguirme una invitación a la fiesta de cumpleaños de la princesa Ozma.

— Lo intentaré — prometió ella —; si la encuentro a tiempo.

— Es el veintiuno, recuérdalo — continuó él —; y si te encargas de que me inviten, ya encontraré la manera de cruzar el Desierto Terrible hacia el maravilloso País de Oz. Siempre he querido visitar la Ciudad Esmeralda, así que estoy seguro de que fue afortunado que llegaseis aquí justo cuando lo hicisteis, siendo tú amiga de la princesa Ozma y pudiendo ayudarme a conseguir la invitación.

— Si veo a Ozma le pediré que te invite — respondió ella.

El Rey-Zorro les preparó un estupendo almuerzo para el camino, que el hombre andrajoso metió en el bolsillo, y el capitán-zorro los acompañó hasta un arco al otro lado del pueblo, por el opuesto al que habían entrado. Allí encontraron más soldados que guardaban el camino.

— ¿Tienen miedo de los enemigos? — preguntó Dorothy.

— No; porque somos vigilantes y capaces de protegernos — respondió el capitán —. Pero este camino lleva a otro pueblo habitado por bestias grandes y torpes que podrían causarnos problemas si creyesen que les tenemos miedo.

— ¿Qué bestias son? — preguntó el hombre andrajoso.

El capitán dudó en responder. Por fin dijo:

—Lo averiguaréis todo cuando lleguéis a su ciudad. Pero no les tengáis miedo. Botón-Brillante es tan prodigiosamente inteligente y tiene ahora una cara tan perspicaz que estoy seguro de que se las arreglará para protegeros.

Esto inquietó bastante a Dorothy y al hombre andrajoso, pues no tenían tanta confianza en la sabiduría del niño-zorro como parecía tener el capitán. Pero como su escolta no quiso decir nada más sobre las bestias, se despidieron de él y continuaron el camino.

V - LA HIJA DEL ARCOÍRIS

Toto, al que ahora se le permitía corretear a su antojo, se alegraba de ser libre de nuevo y de poder ladrar a los pájaros y perseguir a las mariposas. El campo que les rodeaba era encantador, aunque en los bonitos prados de flores silvestres y los bosquecillos de árboles frondosos no había casas de ningún tipo ni señales de ningún habitante. Los pájaros volaban por el aire y los conejos blancos y vivarachos se escabullían entre la hierba alta y los arbustos verdes; Dorothy reparó incluso en las hormigas que trabajaban con ahínco por el camino, cargando enormes pesos de semillas de trébol; pero de personas no había ninguna.

Caminaron a buen paso durante una o dos horas, pues incluso el pequeño Botón-Brillante era un buen caminante y no se cansaba fácilmente. Por fin, al tomar una curva del camino, vieron ante ellos una escena curiosa.

Una niña radiante y hermosa, esbelta como un hada y exquisitamente vestida, bailaba con gracia en medio del solitario camino, girando despacio de un lado a otro, con los pies delicados centelleando con ágil ligereza. Iba ataviada con vaporosas y mullidas ropas de suave tejido que le recordaron a Dorothy una tela de araña tejida, pero de suaves tintes de violeta, rosa, topa-

cio, verde oliva, azul celeste y blanco, mezclados en armoniosas franjas que se fundían unas con otras en suaves gradaciones. Su cabello era como oro hilado y flotaba a su alrededor como una nube, sin que ningún mechón estuviese sujeto ni recogido por horquilla, adorno ni cinta.

Llenos de admiración y asombro, nuestros amigos se acercaron y se quedaron observando aquel fascinante baile. La niña no era más alta que Dorothy, aunque sí más esbelta; ni tampoco parecía mayor que nuestra pequeña heroína.

De pronto se detuvo y abandonó el baile, como si advirtiese por primera vez la presencia de desconocidos. Al volverse hacia ellos, tímida como una cervatilla asustada, con un pie en alto como si fuera a echar a correr al instante siguiente, Dorothy se asombró al ver lágrimas brotando de sus ojos violetas y resbalando por sus deliciosas mejillas rosadas. Que la delicada doncella bailase y llorase al mismo tiempo era, en verdad, sorprendente; así que Dorothy le preguntó con voz suave y compasiva:

—¿Eres desgraciada, niña?

—¡Mucho! —fue la respuesta—. Estoy perdida.

—Pues nosotros también —dijo Dorothy, sonriendo—; pero no lloramos por eso.

—¿No? ¿Por qué no?

—Porque ya me he perdido antes, y siempre me han encontrado —respondió Dorothy sencillamente.

—Pero yo nunca me había perdido —murmuró la delicada doncella—, y estoy angustiada y asustada.

—Estabas bailando —dijo Dorothy, con tono perplejo.

—Oh, eso era solo para entrar en calor —explicó la doncella rápidamente—. No porque me sintiese feliz o animada, os lo aseguro.

Dorothy la miró con atención. Sus etéreos ropajes ondulantes quizá no abrigasen mucho, aunque el tiempo no era nada frío, sino templado y apacible, como un día de primavera.

—¿Quién eres, pequeña? —le preguntó con dulzura.

— Soy Policroma — fue la respuesta.

— ¿Poli qué?

— Policroma. Soy la Hija del Arcoíris.

— ¡Oh! — exclamó Dorothy con un respingo—. No sabía que el Arcoíris tuviese hijos. Pero debería haberlo supuesto, antes de que lo dijeras. En realidad no podías ser otra cosa.

— ¿Por qué no? — inquirió Policroma, como sorprendida.

— Porque eres tan hermosa y tan encantadora.

La pequeña doncella sonrió entre lágrimas, se acercó a Dorothy y le puso sus delgados dedos en la mano regordeta de la niña de Kansas.

— Serás mi amiga, ¿verdad? — dijo, con voz suplicante.

— Claro que sí.

— ¿Y cómo te llamas?

— Soy Dorothy; y este es mi amigo el Hombre Andrajoso, que es dueño del Imán del Amor; y este es Botón-Brillante, aunque no lo ves como es en realidad porque el Rey-Zorro le cambió la cabeza por una de zorro sin pensarlo bien. Pero el verdadero Botón-Brillante tiene buena presencia, y espero conseguir que le devuelvan la suya algún día.

La Hija del Arcoíris asintió alegremente, sin miedo ya a sus nuevos compañeros.

— ¿Y este? — preguntó, señalando a Toto, que estaba sentado ante ella agitando la cola de la manera más amistosa y admirando a la bonita doncella con sus ojos vivos—. ¿También es alguna persona encantada?

— Oh, no, Poli — ¿puedo llamarte Poli? Tu nombre completo es difícilísimo de pronunciar.

— Llámame Poli si quieres, Dorothy.

— Pues bien, Poli, Toto es solo un perro; pero tiene más cabeza que Botón-Brillante, para decir la verdad, y le quiero mucho.

— Yo también — dijo Policroma, inclinándose con gracia para acariciarle la cabeza a Toto.

—Pero ¿cómo es que la Hija del Arcoíris ha llegado a este camino solitario y se ha perdido? —preguntó el hombre andrajoso, que había escuchado todo aquello con asombro.

—Pues mi padre tendió hoy su arcoíris por aquí, de modo que un extremo tocaba este camino —respondió ella—, y yo estaba bailando sobre los bonitos rayos, como me gusta hacer, sin darme cuenta de que me estaba alejando demasiado por la curva del arco. De pronto empecé a resbalar, y fui cada vez más deprisa hasta que por fin choqué contra el suelo, en el extremo del todo. En ese momento mi padre levantó el arcoíris de nuevo, sin reparar en mí, y aunque intenté agarrar el extremo y sujetarme, se deshizo del todo y me quedé sola e indefensa en la fría y dura tierra.

—No me parece fría, Poli —dijo Dorothy—; pero quizá no vayas muy abrigada.

—Estoy tan acostumbrada a vivir más cerca del sol —respondió la Hija del Arcoíris— que al principio temía morirme de frío aquí abajo. Pero el baile me ha calentado algo, y ahora me pregunto cómo voy a volver a casa.

—¿No te echará de menos tu padre, y te buscará, y dejará caer otro arcoíris para ti?

—Quizás, pero ahora está muy ocupado porque llueve en tantas partes del mundo en esta época, y tiene que poner su arcoíris en muchísimos lugares distintos. ¿Qué me aconsejas que haga, Dorothy?

—Que vengas con nosotros —fue la respuesta—. Voy a intentar encontrar el camino a la Ciudad Esmeralda, que está en el País de Oz, tierra de hadas. La Ciudad Esmeralda está gobernada por una amiga mía, la princesa Ozma, y si conseguimos llegar allí estoy segura de que ella sabrá cómo mandarte de vuelta con tu padre.

—¿De verdad crees eso? —preguntó Policroma, ansiosa.

—Casi seguro.

—Entonces iré con vosotros —dijo la pequeña doncella—; pues caminar me ayudará a mantenerme caliente, y mi padre puede encontrarme en una parte del mundo tan bien como en otra, si tiene tiempo de buscarme.

—Vamos, pues —dijo el hombre andrajoso, animoso; y echaron a andar de nuevo. Poli caminó un rato junto a Dorothy, sujetándole la mano como si

temiese soltarla; pero su carácter parecía tan liviano y fresco como sus etéreos ropajes, pues de pronto se adelantó a toda prisa y giró en un vertiginoso baile. Luego volvió junto a ellos con ojos brillantes y mejillas sonrientes, habiendo recobrado su habitual humor alegre y olvidado toda su angustia por estar perdida.

La encontraron una compañera encantadora, y sus bailes y sus risas — pues reía a veces como el tintineo de una campana de plata— contribuyeron mucho a animar el viaje y a mantenerlos contentos.

VI- LA CIUDAD DE LAS BESTIAS

Cuando llegó el mediodía abrieron la cesta del almuerzo del Rey-Zorro y encontraron un sabroso pavo asado con salsa de arándanos y algunas rebanadas de pan con mantequilla. Sentados en la hierba al borde del camino, el hombre andrajoso trinchó el pavo con su navaja y fue pasando los trozos.

—¿No tenéis gotas de rocío, ni pasteles de neblina, ni bollos de nube? — preguntó Policroma, con añoranza.

—Pues claro que no —respondió Dorothy—. Aquí abajo, en la tierra, comemos cosas sólidas. Pero hay una botella de té frío. ¿Quieres probar?

La Hija del Arcoíris observó cómo Botón-Brillante devoraba un muslo de pavo.

—¿Está bueno? —le preguntó.

Él asintió.

—¿Crees que yo podría comerlo?

—Ese no —dijo Botón-Brillante.

—Pero me refiero a otro trozo.

—No sé —respondió él.

—Pues bien, voy a intentarlo, porque tengo mucha hambre —decidió, y tomó una fina loncha de la pechuga blanca que le cortó el hombre andrajoso, además de un poco de pan con mantequilla. Al probarlo, Policroma pensó que el pavo estaba bueno, mejor incluso que los pasteles de neblina; pero una pequeña porción le bastó para saciar el hambre, y terminó con un sorbito de té frío.

—Eso es lo que se comería una mosca —dijo Dorothy, que sí estaba comiendo con buen apetito—. Pero conozco a algunos en Oz que no comen absolutamente nada.

—¿Quiénes son? —inquirió el hombre andrajoso.

—Uno es un espantapájaros relleno de paja, y el otro un leñador hecho de hojalata. No tienen apetito, ¿sabe?; así que nunca comen nada.

—¿Están vivos? —preguntó Botón-Brillante.

—Oh, sí —respondió Dorothy—; y son muy listos y muy simpáticos. Si llegamos a Oz os los presento.

—¿De verdad esperas llegar a Oz? —inquirió el hombre andrajoso, bebiendo un sorbo de té frío.

—No sé muy bien qué esperar —respondió la niña, con seriedad—; pero he observado que cuando me pierdo casi siempre acabo llegando al País de Oz de una manera u otra; así que puede que esta vez también llegue. Aunque no puedo prometérselo, claro; lo único que puedo hacer es esperar y ver qué pasa.

—¿Me asustará el Espantapájaros? —preguntó Botón-Brillante.

—No, porque no eres un cuervo —respondió ella—. Tiene la sonrisa más bonita que hayas visto jamás, solo que está pintada y no puede evitarlo.

Terminado el almuerzo, reanudaron la marcha: el hombre andrajoso, Dorothy y Botón-Brillante caminando en fila, el uno junto al otro, y la Hija del Arcoíris bailando alegremente delante de ellos.

A veces salía disparada por el camino con tanta rapidez que casi se perdía de vista, y luego regresaba trotando a saludarlos con su risa plateada. Pero en una ocasión volvió con más calma para decir:

—Hay una ciudad un poco más adelante.

—Ya me lo imaginaba —repuso Dorothy—; pues los zorros nos advirtieron que había una en este camino. Está llena de bestias torpes de algún tipo, pero no debemos tenerles miedo porque no nos harán daño.

—De acuerdo —dijo Botón-Brillante; aunque Policroma no estaba tan segura de que todo fuera bien.

—Es una ciudad grande —dijo—, y el camino pasa justo por en medio.

—No importa —dijo el hombre andrajoso—; mientras lleve el Imán del Amor, todo ser viviente me querrá, y podéis estar seguros de que no permitiré que ninguno de mis amigos sufra daño alguno.

Esto los tranquilizó en cierta medida, y volvieron a ponerse en marcha. Al poco llegaron a un poste indicador que decía:

MEDIA LEGUA HASTA BORRIQUILANDIA.

—Oh —dijo el hombre andrajoso—, si son burros, no tenemos nada que temer.

—Pueden dar coces —dijo Dorothy, dubitativa.

—Pues cortaremos unas varas y los haremos entrar en razón —respondió él. En el primer árbol que encontraron se cortó una vara larga y delgada de una de las ramas, y otras más cortas para los demás.

—No tengáis miedo de mandar a estas bestias —dijo—; están acostumbradas.

Al poco el camino los llevó a las puertas de la ciudad. La rodeaba una muralla alta que había sido encalada, y la entrada que tenían delante era una simple abertura en el muro, sin barrotes. Sobre el recinto no asomaba ninguna torre, campanario ni cúpula, ni se veía ningún ser viviente mientras nuestros amigos se acercaban.

De pronto, cuando estaban a punto de entrar resueltamente por la abertura, se levantó un estrépito discordante que se hinchó y reverberó por todas partes, hasta aturdirlos y obligarlos a taparse los oídos con los dedos para no oír aquel alboroto.

Era como el disparo de muchos cañones, solo que no se veían balas ni proyectiles de ningún tipo; era como el retumbar de un gran trueno, solo que no había ni una nube en el cielo; era como el rugido de innumerables olas rompiéndose contra un litoral rocoso, solo que no había mar ni agua alguna por ningún lado.

Dudaron en avanzar; pero, como el ruido no les hacía daño, entraron a través de la muralla encalada y enseguida descubrieron la causa del estruendo. Dentro colgaban numerosas planchas de hojalata o hierro delgado, y contra esas planchas metálicas una hilera de burros golpeaba los cascos con fuertes coces.

El hombre andrajoso corrió hacia el burro más cercano y le dio un golpe seco con la vara.

— ¡Parad ese ruido! — gritó; y el burro dejó de cocear la plancha de hojalata y volvió la cabeza para mirar al hombre andrajoso con sorpresa. Vareó al siguiente burro e hizo que parase, y luego al siguiente, de modo que poco a poco el repiqueteo de cascos fue cesando y el espantoso ruido amainó. Los burros se quedaron en grupo, mirando a los desconocidos con miedo y temblor.

— ¿Qué significa este escándalo? — preguntó el hombre andrajoso, con severidad.

— Estábamos espantando a los zorros — dijo uno de los burros, sumisamente—. Generalmente huyen a toda prisa cuando oyen el ruido, que les da mucho miedo.

— Aquí no hay zorros — dijo el hombre andrajoso.

— Me permito contradecirle. Hay uno, por lo menos — respondió el burro, sentándose sobre los cuartos traseros y señalando con un casco hacia Botón-Brillante—. Lo vimos venir y creímos que todo el ejército de zorros marchaba a atacarnos.

— Botón-Brillante no es un zorro — explicó el hombre andrajoso—. Solo lleva temporalmente una cabeza de zorro, hasta que pueda recuperar la suya.

— Ya veo — comentó el burro, meneando la oreja izquierda pensativo—. Lo sentimos mucho. Hemos cometido un error y nos hemos tomado tantas

molestias para nada.

Los demás burros se habían ido sentando entretanto y examinaban a los desconocidos con ojos grandes y vítreos. Ofrecían un cuadro verdaderamente curioso, pues llevaban anchos cuellos blancos alrededor del cuello con muchas festas y picos. Los burros caballeros llevaban gorros de punta alta encajados entre sus enormes orejas, y las burras señoras llevaban cofias con agujeros en la parte superior por donde asomaban las orejas. Pero no tenían otra ropa que su piel peluda, aunque muchos lucían pulseras de oro y plata en las muñecas delanteras y brazaletes de distintos metales en los tobillos traseros. Cuando coceaban se apoyaban en las patas delanteras, pero ahora todos estaban de pie o sentados sobre las traseras y usaban las delanteras como brazos. Al no tener dedos ni manos, las bestias eran bastante torpes, como cabe imaginar; pero Dorothy se sorprendió de lo mucho que podían hacer con sus rígidos y pesados cascos.

Algunos de los burros eran blancos, otros marrones, grises, negros o moteados; pero su pelaje era liso y suave, y sus anchos cuellos y gorros les daban un aspecto pulcro, aunque estafalario.

— ¡Bonita manera de recibir a los visitantes, tengo que decir! — comentó el hombre andrajoso, en tono de reproche.

— No pretendíamos ser descorteses — respondió un burro gris que no había hablado hasta entonces —. Pero no estabais anunciados, ni enviásteis vuestras tarjetas de visita, como es lo correcto.

— Algo de razón hay en eso — admitió el hombre andrajoso —; pero, ahora que estáis informados de que somos viajeros importantes y distinguidos, confío en que nos dispenséis la atención que nos corresponde.

Estas palabras grandiosas deleitaron a los burros, que se inclinaron ante el hombre andrajoso con gran respeto. Dijo el gris:

— Seréis conducidos ante su gran y gloriosísima Majestad el Rey Pataquea, que os recibirá según corresponde a vuestro elevado rango.

— Eso está bien — respondió Dorothy —. Llevadnos con alguien que sepa algo.

— Oh, todos sabemos algo, hija mía, o no seríamos burros — declaró el gris, con dignidad —. La palabra «burro» significa «listo», ¿sabe?

— Yo no lo sabía —respondió ella—. Creía que significaba «torpe».

—En absoluto, hija mía. Si consulta la Enciclopedia Burricana comprobará que tengo razón. Pero vamos; yo mismo os conduciré ante nuestro espléndido, excelso y muy intelectual gobernante.

A todos los burros les encantan las palabras grandiosas, así que no es de extrañar que el gris usara tantas.

VII - LA TRANSFORMACIÓN DEL HOMBRE ANDRAJOSO

Encontraron que las casas de la ciudad eran todas bajas y cuadradas, construidas de ladrillo, pulcramente encaladas por dentro y por fuera. Las casas no estaban dispuestas en filas formando calles regulares, sino colocadas aquí y allá de manera caprichosa, lo que resultaba desconcertante para un forastero que intentara orientarse.

—La gente torpe necesita calles y números en sus ciudades para saber adónde va —observó el burro gris, caminando ante los visitantes sobre las patas traseras de manera torpe pero cómica—; pero los burros listos se orientan sin necesidad de semejantes marcas absurdas. Además, una ciudad variada es mucho más bonita que una con calles rectas.

Dorothy no estaba de acuerdo, pero no dijo nada para contradecirle. Al poco vio un letrero en una casa que decía: «Madame de Fayk, adivina de cascos», y le preguntó al guía:

—¿Qué es una adivina de cascos, por favor?

—Alguien que te lee el futuro en los cascos —respondió el burro gris.

—Ya veo —dijo la niña—. Aquí son bastante civilizados.

—Borriquilandia —repuso él— es el centro de la más alta civilización del mundo.

Llegaron a una casa donde dos burros jóvenes estaban encalando la pared, y Dorothy se detuvo un momento a observarlos. Mojaban las puntas de las colas, que se parecían mucho a los pinceles, en un cubo de cal, se arimaban de espaldas a la casa y meneaban las colas de un lado a otro hasta extender la cal por la pared, tras lo cual volvían a mojar esos curiosos pinceles en el cubo y repetían la operación.

—Debe de ser divertido —dijo Botón-Brillante.

—No, es trabajo —respondió el viejo burro—; pero mandamos a los jóvenes a encalar para mantenerlos alejados de los líos.

—¿No van a la escuela? —preguntó Dorothy.

—Los burros nacen sabios —fue la respuesta—, de modo que la única escuela que necesitamos es la escuela de la experiencia. Los libros son solo para quienes no saben nada y se ven obligados a aprender de los demás.

—En otras palabras: cuanto más torpe es uno, más cree que sabe —observó el hombre andrajoso. El burro gris no prestó atención a este comentario porque acababa de detenerse ante una casa que tenía pintado sobre la puerta un par de cascos con un rabo de burro entre ellos, y encima una tosca corona y un cetro.

—Voy a ver si su magnífica Majestad el Rey Pataquea está en casa —dijo. Levantó la cabeza y llamó: «¡Hiá-ho! ¡hiá-ho! ¡hiá-ho!» tres veces, con voz espantosa, dándose la vuelta y golpeando con los cascos en el panel de la puerta. Por un momento no hubo respuesta; luego la puerta se entreabrió lo suficiente para que asomara una cabeza de burro a mirarlos.

Era una cabeza blanca, con orejas enormes y temibles, y ojos redondos y solemnes.

—¿Se han ido los zorros? —preguntó, con voz temblorosa.

—No han estado aquí, estupendísima Majestad —respondió el gris—. Los recién llegados han resultado ser viajeros de distinción.

—Ah —dijo el Rey, con tono de alivio—. Que pasen.

Abrió la puerta de par en par, y la comitiva entró en una gran sala que, pensó Dorothy, no se parecía nada al palacio de un rey. Había esteras de hierba tejida en el suelo y el lugar estaba limpio y ordenado; pero su majestad no tenía ningún otro mueble, quizá porque no los necesitaba. Se acomodó en el centro de la sala y un burrito marrón corrió a traer una gran corona dorada que colocó en la cabeza del monarca, y un bastón de oro con una bola enjorada en el extremo, que el Rey sostuvo entre las patas delanteras mientras se sentaba erguido.

—Bien —dijo su majestad, agitando suavemente sus largas orejas de un lado a otro—, decidme por qué estáis aquí y qué esperáis que haga por vosotros. —Miró a Botón-Brillante con cierta suspicacia, como si le diera miedo la extraña cabeza del niño, aunque fue el hombre andrajoso quien se encargó de responder.

—Nobilísimo y supremo soberano de Borriquilandia —dijo, esforzándose por no reírse en la cara del solemne Rey—, somos forasteros que viajan por vuestros dominios y hemos entrado en vuestra magnífica ciudad porque el camino pasaba por ella y no había manera de rodearla. Solo deseamos presentar nuestros respetos a vuestra majestad —el rey más listo del mundo entero, estoy seguro—, y luego seguir nuestro camino.

Este cortés discurso complació mucho al Rey; de hecho, le complació tanto que resultó ser un discurso desafortunado para el hombre andrajoso. Quizá el Imán del Amor contribuyó a ganarse el afecto de su majestad además de la adulación; pero sea como fuere, el burro blanco miró al hablante con benevolencia y dijo:

—Solo un burro debería saber usar palabras tan bellas y grandiosas, y usted es demasiado sabio y admirable en todos los sentidos para ser un mero hombre. Además, siento que le quiero tanto como a mi propio pueblo predilecto, así que le otorgaré el mayor don que esté en mi poder conceder: la cabeza de un burro.

Al decir esto agitó el bastón enjorado. Aunque el hombre andrajoso gritó e intentó echarse atrás para escapar, de nada le sirvió. De pronto su propia cabeza desapareció y en su lugar apareció una cabeza de burro —una cabeza marrón y andrajosa tan absurda y grotesca que Dorothy y Poli rompieron a reír, e incluso la cara de zorro de Botón-Brillante esbozó una sonrisa.

—¡Dios mío, Dios mío! —exclamó el hombre andrajoso, palpándose la nueva cabeza andrajosa y las largas orejas—. ¡Qué desgracia, qué gran desgracia! ¡Devuélvame mi propia cabeza, estúpido rey, si es que me quiere en algo!

—¿No le gusta? —preguntó el Rey, sorprendido.

—¡Hiá-ho! ¡La detesto! ¡Quítemela, deprisa! —dijo el hombre andrajoso.

—Pero eso no puedo hacerlo —fue la respuesta—. Mi magia solo actúa en una dirección. Puedo hacer cosas, pero no deshacerlas. Tendrá que encontrar el Estanque de la Verdad y bañarse en sus aguas para recuperar su propia cabeza. Pero le aconsejo que no lo haga. Esta cabeza es mucho más hermosa que la anterior.

—Eso es cuestión de gustos —dijo Dorothy.

—¿Dónde está el Estanque de la Verdad? —preguntó el hombre andrajoso, con urgencia.

—En algún lugar del País de Oz; pero no puedo decirles la ubicación exacta —fue la respuesta.

—No se preocupe, hombre andrajoso —dijo Dorothy, sonriendo al ver cómo su amigo agitaba las nuevas orejas de manera tan cómica—. Si el Estanque de la Verdad está en Oz, seguro que lo encontramos cuando lleguemos.

—¡Oh! ¿Vais al País de Oz? —preguntó el Rey Pataquea.

—No lo sé —respondió ella—, pero nos han dicho que estamos más cerca del País de Oz que de Kansas, y si es así, el camino más rápido para que yo vuelva a casa es encontrar a Ozma.

—¡Hiá-ho! ¿Conocéis a la poderosa princesa Ozma? —preguntó el Rey, con tono a la vez sorprendido y ansioso.

—Claro; es amiga mía —dijo Dorothy.

—Entonces quizás me hagáis un favor —continuó el burro blanco, muy excitado.

—¿Cuál? —preguntó ella.

—Quizás podáis conseguirme una invitación a la celebración del cumpleaños de la princesa Ozma, que será la función real más grandiosa jamás celebrada en el país de las hadas. Me encantaría asistir.

—¡Hiá-ho! Merece usted un castigo más que una recompensa por haberme puesto esta cabeza tan horrorosa —dijo el hombre andrajoso, con tristeza.

—Le ruego que no diga «hiá-ho» tan a menudo —le pidió Policroma—; me da escalofríos.

—Pero no puedo evitarlo, querida; la cabeza de burro quiere rebuznar sin parar —respondió él—. ¿No quiere tu cabeza de zorro aullar a cada momento? —le preguntó a Botón-Brillante.

—No sé —dijo el niño, que seguía mirando fijamente las orejas del hombre andrajoso. Estas le interesaban enormemente, y contemplarlas le hacía olvidar su propia cabeza de zorro, lo cual era un consuelo.

—¿Qué te parece, Poli? ¿Prometo al rey burro una invitación a la fiesta de Ozma? —le preguntó Dorothy a la Hija del Arcoíris, que revoloteaba por la sala como un rayo de sol porque era incapaz de estarse quieta.

—Haz lo que quieras, querida —respondió Policroma—. Podría ayudar a entretener a los invitados de la princesa.

—Pues bien —dijo Dorothy al Rey—, si nos dais cena y cama para esta noche y nos dejáis seguir viaje mañana temprano, le pediré a Ozma que te invite, si acaso llego a Oz.

—¡Bien! ¡Hiá-ho! ¡Estupendo! —exclamó Pataquea, muy complacido—. Todos tendrán una cena excelente y buenas camas. ¿Qué prefieren comer, papilla de salvado o avena madura con cáscara?

—Ninguna de las dos —respondió Dorothy, sin vacilar.

—Quizás heno simple o hierba fresca y jugosa les convenga mejor —sugirió Pataquea, reflexivo.

—¿Es lo único que tienen para comer? —preguntó la niña.

—¿Qué más desean?

—Pues verá, es que no somos burros —explicó ella—, y estamos acostumbrados a otra comida. Los zorros nos dieron una cena muy buena en Zorrolandia.

—Nos gustaría gotas de rocío y pasteles de neblina —dijo Policroma.

—Yo preferiría manzanas y un sándwich de jamón —declaró el hombre andrajoso—, porque aunque tengo cabeza de burro, mi estómago sigue siendo el de siempre.

—Yo quiero tarta —dijo Botón-Brillante.

—Creo que a mí me apetecería filete de ternera y pastel de chocolate —dijo Dorothy.

—¡Hiá-ho! ¡Vaya! —exclamó el Rey—. Cada uno quiere una comida distinta, según parece. ¡Qué raros son todos los seres vivientes, excepto los burros!

—Y los burros como usted son los más raros de todos —se rió Policroma.

—Bien —decidió el Rey—, supongo que mi Bastón Mágico podrá producir lo que desean; si les falta buen gusto, no es culpa mía.

Con esto, agitó el bastón con la bola enjoyada, y de inmediato apareció ante ellos una mesita de té, con mantel y vajilla bonita, y sobre la mesa estaban exactamente las cosas que cada uno había pedido. El filete de Dorothy humeaba caliente, y las manzanas del hombre andrajoso eran lozanas y de mejillas sonrosadas. El Rey no había pensado en las sillas, así que todos se quedaron de pie alrededor de la mesa y comieron con buen apetito, pues tenían hambre. La Hija del Arcoíris encontró tres diminutas gotas de rocío en un platito de cristal, y Botón-Brillante tuvo una gran ración de tarta de manzana que devoró con fruición.

Después el Rey llamó al burro marrón, que era su criado favorito, y le ordenó que condujera a sus huéspedes a la casa vacía donde pasarían la noche. Solo tenía una habitación y ningún mueble salvo camas de paja limpia y algunas esteras de hierba tejida; pero nuestros viajeros se contentaron con estas cosas sencillas, pues comprendían que era lo mejor que el Rey-Burro podía ofrecerles. En cuanto oscureció se tumbaron sobre las esteras y durmieron cómodamente hasta la mañana.

Al amanecer hubo un ruido espantoso por toda la ciudad. Todos los burros del lugar rebuznaron a la vez. Al oírlo, el hombre andrajoso se despertó y soltó un «¡hiá-ho!» tan fuerte como pudo.

— ¡Para ya! — dijo Botón-Brillante, con voz malhumorada. Dorothy y Poli miraron al hombre andrajoso con reproche.

— No ha podido evitarlo, queridas — dijo, como si le avergonzase el rebuzno — ; pero intentaré no repetirlo.

Por supuesto le perdonaron, pues como él seguía teniendo el Imán del Amor en el bolsillo todos estaban obligados a quererle tanto como antes.

No volvieron a ver al Rey, pero Pataquea se acordó de ellos; pues en la habitación apareció de nuevo una mesa con la misma comida que la noche anterior.

— No quiero tarta para desayunar — dijo Botón-Brillante.

— Te doy un trozo de mi filete — propuso Dorothy — ; hay de sobra para todos.

Al niño le pareció mejor, pero el hombre andrajoso dijo que él estaba contento con sus manzanas y sándwiches, aunque terminó la comida comiéndose la tarta de Botón-Brillante. A Poli le gustaban más las gotas de rocío y los pasteles de neblina que cualquier otra cosa, de modo que todos disfrutaron de un desayuno excelente. Toto comió los restos del filete, y se quedó muy bien parado sobre las patas traseras mientras Dorothy se los daba.

Terminado el desayuno, cruzaron el pueblo por el lado opuesto al que habían entrado, guiados por el criado-burro marrón a través del laberinto de casas dispersas. Allí estaba de nuevo el camino, extendiéndose lejos hacia el país desconocido que aguardaba más adelante.

— El Rey Pataquea dice que no olvidéis su invitación — dijo el burro marrón, mientras pasaban por la abertura de la muralla.

— No la olvidaré — prometió Dorothy.

Quizás nunca se había visto un grupo más extrañamente heterogéneo que el que caminaba ahora por el camino, a través de campos verdes y bonitos y junto a bosquesillos de esbeltos pimenteros y mimosas perfumadas.

Policroma, con sus hermosas ropas vaporosas flotando a su alrededor como una nube de arcoíris, iba la primera, bailando de acá para allá, yendo a arrancar una flor silvestre o a ver un escarabajo que cruzaba el camino. Toto corría tras ella a veces ladrando alborozado, solo para volver a ponerse serio y trotar a los talones de Dorothy. La pequeña niña de Kansas caminaba con la mano de Botón-Brillante apretada en la suya, y el pequeño con su cabeza de zorro cubierta por el sombrero de marinero ofrecía un aspecto muy peculiar. Quizá el más extraño de todos era el hombre andrajoso, con su andrajosa cabeza de burro, que avanzaba rezagado con las manos hundidas en los grandes bolsillos.

Ninguno de los del grupo era realmente infeliz. Todos se habían extraviado en un país desconocido y habían sufrido más o menos contratiempos e incomodidades; pero sabían que estaban viviendo una aventura de hadas en un país de hadas, y les interesaba mucho averiguar qué pasaría a continuación.

VIII - EL MÚSICO

Hacia la mitad de la mañana empezaron a subir una larga cuesta. Al poco, la cuesta bajó bruscamente hacia un bonito valle donde los viajeros vieron, con sorpresa, una casita al borde del camino.

Era la primera casa que veían, y se apresuraron hacia el valle para descubrir quién vivía allí. No se veía a nadie al acercarse, pero cuando estuvieron más cerca oyeron unos sonidos extraños que salían de dentro. Al principio no acertaban a distinguirlos, pero a medida que se hacían más fuertes nuestros amigos creyeron oír una especie de música parecida a la de un organillo desvencijado; los sonidos llegaban a sus oídos de esta manera:

¡Piddle-widdle-iddle um pom-pom! ¡Um, pom-pom! ¡um, pom-pom!
¡Piddle-piddle-piddle um pom-pom! ¡Um, pom-pom... pah!

—¿Qué es eso, una banda o una armónica? —preguntó Dorothy.

—No sé —dijo Botón-Brillante.

—A mí me suena a un fonógrafo agotado —dijo el hombre andrajoso, levantando sus enormes orejas para escuchar.

—¡Pero si no puede haber fonógrafos en el país de las hadas! —exclamó Dorothy.

—Es bastante bonito, ¿a que sí? —preguntó Policroma, intentando bailar al compás.

¡Piddle-widdle-iddle, um pom-pom, Um pom-pom, um pom-pom!

Llegó la música a sus oídos, más claramente a medida que se acercaban a la casa. De pronto vieron a un hombrecito gordo sentado en un banco junto a la puerta. Llevaba una chaqueta roja con trencillas que le llegaba a la cintura, un chaleco azul y pantalones blancos con rayas doradas en los costados. Sobre su cabeza calva descansaba un pequeño gorro redondo y rojo sujeto con una goma elástica bajo la barbilla. Su cara era redonda, sus ojos de un azul desvaído, y llevaba guantes blancos de algodón. El hombre se apoyaba en un robusto bastón de cabeza dorada, inclinado hacia delante en su asiento para observar cómo se acercaban sus visitantes.

Lo más singular era que los sonidos musicales que habían oído parecían salir del interior del hombre gordo; pues no tocaba ningún instrumento ni había ninguno a su alrededor.

Se acercaron y se quedaron mirándole en fila, y él les devolvió la mirada mientras los extraños sonidos seguían saliendo de él como antes:

¡Piddle-iddle-iddle, um pom-pom, Um, pom-pom, um pom-pom! ¡Piddle-widdle-iddle, um pom-pom, Um, pom-pom... pah!

—¡Si es un músico de verdad! —dijo Botón-Brillante.

—¿Qué es un músico de verdad? —preguntó Dorothy.

—¡Él! —dijo el niño.

Al oír esto, el hombre gordo se irguió un poco más que antes, como si hubiese recibido un cumplido, y los sonidos continuaron:

¡Piddle-widdle-iddle, um pom-pom, Um pom-pom, um...!

—¡Pare eso! —exclamó el hombre andrajoso con urgencia—. ¡Pare ese ruido espantoso!

El hombre gordo le miró con tristeza y empezó a responderle. Cuando habló, la música cambió y las palabras parecían acompañar a las notas. Dijo —o más bien cantó:

Lo que oís no es ruido alguno sino música pura, sin ninguno de esos defectos groseros. Mis pulmones son organeros que suenan al respirar; ese bajo está en mi oído izquierdo, no me lo podéis impedir.

—¡Qué curioso! —exclamó Dorothy—. Dice que su respiración produce la música.

—Todo eso es un disparate —declaró el hombre andrajoso; pero la música volvió a empezar y todos escucharon con atención.

Mis pulmones tienen lengüetas, como los órganos de iglesia, y así, al tomar el aire por la nariz o echarlo fuera, las lengüetas suenan a su manera. Y como respiro para vivir, la música no puedo suprimir. Me apena mucho, eso es verdad; perdonad mi musicalidad.

—Pobre hombre —dijo Policroma—; no puede evitarlo. ¡Qué gran desgracia!

—Sí —repuso el hombre andrajoso—; nosotros solo estamos obligados a oír esta música un rato, hasta que nos alejemos de él y sigamos nuestro camino; pero el pobrecillo tiene que escucharse a sí mismo mientras viva, y eso bastaría para volverle loco. ¿No creéis?

—No sé —dijo Botón-Brillante. Toto dijo «¡Guau, guau!» y los demás se rieron.

—Quizá por eso vive solo —sugirió Dorothy.

—Sí; si tuviera vecinos, podrían hacerle daño —respondió el hombre andrajoso.

Todo este tiempo el pequeño músico gordo seguía respirando las notas:

¡Piddle-piddle-iddle, um, pom-pom!,

y tenían que hablar alto para oírse. El hombre andrajoso dijo:

—¿Quién es usted, señor?

La respuesta llegó en forma de este canturreo:

Soy Allegro da Capo, hombre de fama singular; buscad si encontráis alguien capaz de igualarme en cualquier lugar. Algunos se esfuerzan en vano y ensayan con la mano; pero yo llevo la música dentro desde que comencé a existir en este mundo.

—Bueno, creo que está orgulloso de ello —exclamó Dorothy—; y a decir verdad, he oído música peor que la suya.

—¿Dónde? —preguntó Botón-Brillante.

—Ahora no recuerdo. Pero el señor Da Capo es sin duda una persona muy singular, ¿verdad?, y quizás sea el único de su especie en todo el mundo.

Este elogio pareció complacer al pequeño músico gordo, pues se irguió, adoptó un aire importante y cantó lo siguiente:

No llevo banda encima y sin embargo soy una banda entera. No me esfuerzo para que mis acordes suenen; mis notas salen limpias, primeras. Mi do nunca tiene bemoles ni otros desafines menores; ver claro y ser natural son para mí terrores menores.

—No termino de entender eso —dijo Policroma, con cara de perplejidad—; pero quizás es porque estoy acostumbrada solo a la música de las esferas.

—¿Qué es eso? —preguntó Botón-Brillante.

—Supongo que Poli se refiere a la atmósfera y al hemisferio —explicó Dorothy.

—Ah —dijo Botón-Brillante.

—¡Guau, guau! —dijo Toto.

Pero el músico seguía respirando su constante

Um, pom-pom; um pom-pom...

y parecía crisprarle los nervios al hombre andrajoso.

—¡Pare de una vez, si puede! —exclamó con irritación—; o respire en un susurro; o póngase una pinza en la nariz. ¡Haga algo, hombre!

Pero el gordo, con cara de tristeza, respondió cantando:

La música tiene encantos, dicen, y hasta a los salvajes apacigua; así que si os sentís un poco salvajes escuchad mi contradanza antigua, pues esa es la verdadera solución.

El hombre andrajoso tuvo que reírse ante esto, y al reírse abrió su boca de burro de par en par. Dijo Dorothy:

—No sé si su poesía es muy buena, pero parece encajar con las notas, que es todo lo que se le puede pedir.

—A mí me gusta —dijo Botón-Brillante, que miraba al músico fijamente con las piernecitas abiertas. Para sorpresa de sus compañeros, el niño hizo esta larga pregunta:

—Si me tragara una armónica, ¿qué sería?

—Un organillo —dijo el hombre andrajoso—. Pero vamos, queridos; creo que lo mejor que podemos hacer es seguir nuestro camino antes de que Botón-Brillante se trague algo. Hay que intentar encontrar ese País de Oz, ya saben.

Al oír esto, el músico cantó deprisa:

Si vais al País de Oz llevaos conmigo, porque en el cumpleaños de Ozma quiero tocar, que sé la canción más bonita que ha habido.

—No, gracias —dijo Dorothy—; preferimos viajar solos. Pero si veo a Ozma le diré que quiere asistir a su fiesta de cumpleaños.

—Vámonos —instó el hombre andrajoso, nervioso.

Poli ya estaba bailando por el camino, muy adelantada, y los demás se dieron la vuelta para seguirla. Toto no simpatizaba con el gordo músico e intentó morderle la rechoncha pierna. Dorothy cogió al gruñón perrito en brazos rápidamente y corrió tras sus compañeros, que caminaban más deprisa que de costumbre para alejarse del alcance del oído. Tuvieron que

subir una cuesta, y hasta que no llegaron a lo alto no pudieron escapar del monótono tañido del músico:

Um, pom-pom; um pom-pom; ¡Piddle-iddle-widdle, um, pom-pom; Um, pom-pom... pah!

Pero al pasar la cima de la colina y bajar por el otro lado, los sonidos fueron apagándose gradualmente, con gran alivio de todos.

—Me alegra no tener que vivir con el hombre-organillo; ¿a ti no, Poli? —dijo Dorothy.

—Desde luego —respondió la Hija del Arcoíris.

—Es simpático —declaró Botón-Brillante, serio.

—Espero que vuestra princesa Ozma no le invite a la celebración de su cumpleaños —comentó el hombre andrajoso—; porque la música de ese individuo volvería locos a todos los invitados. Me has dado una idea, Botón-Brillante; creo que el músico debió de tragarse un acordeón de joven.

—¿Qué es un acordeón? —preguntó el niño.

—Una especie de plisado —explicó Dorothy, dejando al perro en el suelo.

—¡Guau, guau! —dijo Toto, y salió disparado como una flecha a perseguir a un abejorro.

IX - CARA A CARA CON LOS SCOODLERS

El paisaje ya no era tan bonito. Ante los viajeros se extendía una llanura rocosa cubierta de colinas en las que no crecía nada verde. Se estaban acercando también a unas montañas bajas, y el camino, que antes era liso y agradable, se volvía escarpado e irregular.

Los pies de Botón-Brillante tropezaban más de una vez, y Policroma dejó de bailar porque caminar era ahora tan difícil que no le costaba nada mantenerse caliente.

Era ya la tarde, pero no tenían nada para almorzar excepto dos manzanas que el hombre andrajoso había cogido de la mesa del desayuno. Las repartió en cuatro trozos y le dio uno a cada uno de sus compañeros. Dorothy y Botón-Brillante se alegraron de recibirlos; pero a Poli le bastó con un mordisquito, y Toto no quería manzanas.

—¿Sabes —preguntó la Hija del Arcoíris— si este es el camino correcto a la Ciudad Esmeralda?

—No, no lo sé —respondió Dorothy—, pero es el único camino en esta parte del país, así que bien podemos seguirlo hasta el final.

—Ahora parece que podría acabar pronto —observó el hombre andrajoso—; ¿y qué haremos si acaba?

—No sé —dijo Botón-Brillante.

—Si tuviera mi Cinturón Mágico —dijo Dorothy, pensativa—, nos vendría muy bien ahora mismo.

—¿Qué es tu Cinturón Mágico? —preguntó Policroma.

—Una cosa que le quité al Rey de los Nombres un día, que puede hacer casi cualquier maravilla. Pero lo dejé con Ozma, ya ves; porque la magia no funciona en Kansas, solo en países de hadas.

—¿Es este un país de hadas? —preguntó Botón-Brillante.

—Eso debería ser evidente —dijo la niña, con seriedad—. Si no fuera un país de hadas no podrías tener una cabeza de zorro, ni el hombre andrajoso una de burro, ni la Hija del Arcoíris sería invisible.

—¿Qué es eso? —preguntó el niño.

—Vaya, que no sabes nada, Botón-Brillante. Invisible es algo que no puedes ver.

—Pues Toto es invisible —declaró el niño; y Dorothy comprobó que tenía razón. Toto había desaparecido de su campo de visión, aunque podían oírle ladrar furiosamente entre los montones de roca gris que tenían delante.

Apretaron un poco el paso para ver a qué le ladraba el perro, y encontraron posada sobre un pico de roca al borde del camino una criatura curiosa. Tenía forma de hombre, de estatura mediana, más bien delgado y esbelto; pero sentado en silencio e inmóvil sobre la punta de roca se podía ver que su cara era negra como la tinta, y que llevaba un traje de tela negra, hecho como un mono y ajustado a la piel. También sus manos eran negras, y sus dedos de los pies se curvaban hacia abajo como los de un pájaro. La criatura era negra por todas partes excepto el pelo, que era fino y amarillo, cortado en flequillo sobre la negra frente y rapado por los lados. Los ojos, fijos en el perro que ladraba, eran pequeños y chispeantes, y parecían los ojos de una comadreja.

—¿Qué crees que es eso? —preguntó Dorothy en voz baja, mientras el pequeño grupo de viajeros se quedaba mirando a la extraña criatura.

—No sé —dijo Botón-Brillante.

La cosa dio un salto y se volvió a medias, quedando sentada en el mismo sitio pero con el otro lado del cuerpo hacia ellos. En lugar de ser negra, era ahora de un blanco puro, con una cara como la de un payaso de circo y el pelo de un morado vivo. La criatura podía doblarse hacia cualquier lado, y los dedos blancos del pie se curvaban ahora igual que los negros del otro lado.

—Tiene cara por delante y por detrás —susurró Dorothy, asombrada—; o más bien no tiene ningún dorso, sino dos caras.

Hecho el giro, el ser se quedó inmóvil como antes, mientras Toto ladraba más fuerte al hombre blanco que al negro.

—Una vez —dijo el hombre andrajoso— tuve un muñeco de resorte así, con dos caras.

—¿Estaba vivo? —preguntó Botón-Brillante.

—No —respondió el hombre andrajoso—; se movía con cuerdas y era de madera.

—Me pregunto si este funciona con cuerdas —dijo Dorothy; pero Policroma exclamó «¡Mirad!», pues otra criatura idéntica a la primera había aparecido de repente sentada sobre otra roca, con el lado negro hacia ellos.

Las dos giraron la cabeza y mostraron una cara negra en el lado blanco de una y una cara blanca en el lado negro de la otra.

—Qué curioso —dijo Policroma—; ¡y qué sueltas parecen tener las cabezas! ¿Creéis que son amistosas con nosotros?

—No se puede saber, Poli —respondió Dorothy—. Preguntémosles.

Las criaturas daban la vuelta primero hacia un lado y luego hacia el otro, mostrando el negro o el blanco por turnos; y entonces apareció otra sobre otra roca. Nuestros amigos habían llegado a una pequeña hondonada entre los cerros, y el lugar donde estaban parados estaba rodeado de picos escarpados, excepto donde el camino los atravesaba.

—Ahora son cuatro —dijo el hombre andrajoso.

—Cinco —declaró Policroma.

—Seis —dijo Dorothy.

—¡Un montón! —exclamó Botón-Brillante; y así era: toda una hilera de criaturas bicolors blancas y negras estaban sentadas en las rocas a su alrededor.

Toto dejó de ladrar y se refugió entre los pies de Dorothy, donde se acurrucó asustado. Las criaturas no tenían aspecto ni de amables ni de agradables, desde luego, y la cara de burro del hombre andrajoso se volvió muy seria.

—Pregúntales quiénes son y qué quieren —susurró Dorothy; así que el hombre andrajoso llamó en voz alta:

—¿Quiénes sois?

—¡Scoodlers! —chillaron a coro, con voces agudas y estridentes.

—¿Qué queréis? —llamó el hombre andrajoso.

—¡A vosotros! —gritaron, señalando al grupo con sus finos dedos; y todos dieron la vuelta para mostrar el blanco, y luego volvieron al negro.

—¿Pero para qué nos queréis? —preguntó el hombre andrajoso, inquieto.

—¡Para sopa! —gritaron todos, como con una sola voz.

—¡Dios mío! —dijo Dorothy, temblando un poco—. Los Scoodlers deben de ser caníbales de verdad.

—No quiero ser sopa —protestó Botón-Brillante, echándose a llorar.

—Calla, cariño —dijo la niña, tratando de consolarle—; ninguno queremos ser sopa. Pero no te preocupes; el hombre andrajoso nos protegerá.

—¿Lo hará? —preguntó Policroma, que no simpatizaba nada con los Scoodlers y se pegaba a Dorothy.

—Lo intentaré —prometió el hombre andrajoso; pero tenía cara de preocupado.

En ese momento notó el Imán del Amor en el bolsillo, y le dijo a las criaturas con más aplomo:

—¿No me queréis?

—¡Sí! —gritaron, todos juntos.

—Pues entonces no debéis hacernos daño, ni a mí ni a mis amigos —dijo el hombre andrajoso, con firmeza.

—¡Os queremos en sopa! —vociferaron, y en un instante mostraron el lado blanco.

—¡Qué horrible! —dijo Dorothy—. Esta es una ocasión, hombre andrajoso, en que le quieren a usted demasiado.

—¡No quiero ser sopa! —sollozó de nuevo Botón-Brillante; y Toto empezó a gemir lastimeramente, como si él tampoco quisiera ser sopa.

—Lo único que podemos hacer —dijo el hombre andrajoso a sus amigos, en voz baja— es salir de este rincón entre las rocas cuanto antes y dejar atrás a los Scoodlers. Seguidme, queridos, y no hagáis caso de lo que hagan o digan.

Con esto, echó a andar por el camino hacia la abertura entre las rocas que tenían delante, y los demás le siguieron pegados. Pero los Scoodlers se cerraron por delante como para cortarles el paso, así que el hombre andrajoso se agachó y recogió una piedra suelta que lanzó contra las criaturas para asustarlas y despejar el camino.

Con eso los Scoodlers lanzaron un alarido. Dos de ellos se arrancaron las cabezas de los hombros y las arrojaron contra el hombre andrajoso con tal fuerza que este cayó al suelo todo lo largo que era, muy asombrado. Los dos corrieron hacia delante a grandes saltos, recogieron sus cabezas y se las pusieron de nuevo, tras lo cual saltaron de vuelta a sus posiciones sobre las rocas.

X - ESCAPANDO DE LA OLLA

El hombre andrajoso se levantó y se palpó para ver si se había hecho daño; pero no. Una de las cabezas le había dado en el pecho y la otra en el hombro izquierdo; y aunque le habían derribado, las cabezas no eran lo bastante duras para hacerle magulladuras.

— Adelante — dijo con firmeza —; tenemos que salir de aquí de alguna manera, y así lo hemos de hacer — y echó a andar de nuevo.

Los Scoodlers comenzaron a gritar y a arrojar las cabezas en gran número contra nuestros aterrorizados amigos. El hombre andrajoso fue derribado de nuevo, y también Botón-Brillante, que pataleó contra el suelo y aulló tan fuerte como pudo, aunque no estaba herido en absoluto. Una cabeza dio a Toto, que primero aulló y luego agarró la cabeza por una oreja y echó a correr con ella.

Los Scoodlers que habían lanzado las cabezas empezaron a bajar corriendo para recogerlas con asombrosa rapidez; pero al cuyo cuya cabeza llevaba Toto le costó mucho recuperarla. La cabeza no podía ver el cuerpo con ninguno de sus dos pares de ojos, porque el perro estaba en medio, de modo que el Scoodler sin cabeza se tropezaba con las rocas una y otra vez en su intento de recuperar la parte de arriba. Toto intentaba salir de la zona de las rocas y hacer rodar la cabeza cuesta abajo; pero algunos de los demás

Scoodlers acudieron al rescate de su desafortunado compañero y bombardearon al perro con sus propias cabezas hasta que este se vio obligado a soltar su presa y regresar apresuradamente junto a Dorothy.

La niña y la Hija del Arcoíris habían esquivado la lluvia de cabezas, pero comprendieron que de nada serviría intentar escapar de los terribles Scoodlers corriendo.

—Más vale que nos rindamos —declaró el hombre andrajoso con voz afligida, poniéndose en pie de nuevo. Se volvió hacia sus enemigos y preguntó:

—¿Qué queréis que hagamos?

—¡Venid! —gritaron en coro triunfante, y al instante saltaron de las rocas y rodearon a los cautivos por todas partes. Una cosa curiosa de los Scoodlers era que podían caminar en cualquier dirección, hacia delante o hacia atrás, sin darse la vuelta, porque tenían dos caras y, como había dicho Dorothy, «dos lados delanteros», y sus pies tenían la forma de una T al revés. Se movían con gran rapidez, y había algo en sus ojos relucientes, sus colores contrastados y sus cabezas desmontables que inspiraba horror a los pobres prisioneros y les hacía anhelar la huida.

Pero las criaturas se llevaron a sus cautivos lejos de las rocas y del camino, cuesta abajo por un sendero lateral hasta que llegaron ante una montaña baja de roca que parecía un enorme cuenco bocabajo. Al borde de esa montaña había un abismo profundo —tan profundo que al asomarse solo se veía oscuridad—. Al otro lado del abismo había un puente estrecho de roca, y al final del puente una abertura arqueada que llevaba al interior de la montaña.

Por este puente los Scoodlers condujeron a sus prisioneros, a través de la abertura al interior de la montaña, que resultó ser una inmensa cúpula hueca iluminada por varios agujeros en el techo. A todo alrededor del espacio circular había casas de roca construidas pegadas unas a otras, cada una con una puerta en la pared delantera. Ninguna de estas casas tenía más de dos metros de ancho, pero los Scoodlers eran delgados de perfil y no necesitaban mucho sitio. La cúpula era tan vasta que había un gran espacio en el centro de la cueva, frente a todas las casas, donde las criaturas podían congregarse como en un gran salón.

A Dorothy le dio un escalofrío ver una enorme olla de hierro colgada por una gruesa cadena en el centro del lugar, y bajo la olla un gran montón de astillas y virutas de madera, listas para encender.

—¿Qué es eso? —preguntó el hombre andrajoso, echándose atrás al acercarse, de modo que tuvieron que empujarle para que avanzase.

—¡La olla de sopa! —vociferaron los Scoodlers, y a continuación gritaron de un tirón:

—¡Tenemos hambre!

Botón-Brillante, que sujetaba la mano de Dorothy con un puñito regordete y la de Poli con el otro, fue tan afectado por este grito que se puso a llorar de nuevo, repitiendo la protesta:

—¡No quiero ser sopa, no quiero!

—No te preocupes —dijo el hombre andrajoso, consolador—; yo solo debería ser sopa suficiente para alimentarlos a todos, siendo tan grande; así que les pediré que me metan a mí primero en la olla.

—De acuerdo —dijo Botón-Brillante, más animado.

Pero los Scoodlers no estaban listos para hacer sopa todavía. Condujeron a los cautivos a una casa en el lado más alejado de la cueva, algo más ancha que las demás.

—¿Quién vive aquí? —preguntó la Hija del Arcoíris. Los Scoodlers más cercanos respondieron:

—La Reina.

A Dorothy le dio esperanzas saber que una mujer gobernaba sobre aquellas feroces criaturas, pero un momento después los introdujeron dos o tres de la escolta en una sala oscura y desnuda, y la esperanza se desvaneció.

Pues la Reina de los Scoodlers resultó ser de aspecto mucho más espantoso que ninguno de su pueblo. Un lado era rojo vivo, con pelo negro como el azabache y ojos verdes, y el otro era amarillo brillante, con pelo carmesí y ojos negros. Llevaba una falda corta de rojo y amarillo, y su pelo, en lugar de flequillo, era un enredo de rizos cortos sobre los que descansaba una corona circular de plata, muy abollada y torcida porque la Reina había lan-

zado la cabeza contra tantas cosas tantas veces. Su figura era huesuda y flacucha, y ambas caras estaban profundamente arrugadas.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó la Reina con brusquedad, mientras nuestros amigos eran obligados a pararse ante ella.

—¡Sopa! —gritó la guardia de Scoodlers, al unísono.

—¡No lo somos! —dijo Dorothy, indignada—. ¡No somos nada de eso!

—Ah, pero lo seréis pronto —replicó la Reina, con una sonrisa sombría que la hacía parecer más espantosa que antes.

—Con el debido respeto, hermosísima visión —dijo el hombre andrajoso, inclinándose cortésmente ante la Reina—, debo pedirle a vuestra serena alteza que nos deje seguir nuestro camino sin convertirnos en sopa. Pues soy dueño del Imán del Amor, y todo el que se encuentre conmigo ha de quererme a mí y a todos mis amigos.

—Es verdad —respondió la Reina—. Os queremos muchísimo; tanto, que tenemos la intención de comer vuestro caldo con verdadero placer. Pero dígame, ¿de verdad cree que soy tan hermosa?

—No será nada hermosa si me come —dijo él, meneando la cabeza con tristeza—. Tal como actúas, así de guapa estás, ya se sabe.

La Reina se volvió hacia Botón-Brillante.

—¿Tú crees que soy hermosa? —le preguntó.

—No —dijo el niño—; es usted fea.

—Yo creo que das miedo —dijo Dorothy.

—Si pudieras verte te llevarías un susto de muerte —añadió Poli.

La Reina les lanzó una mirada torva y pasó de su lado rojo al amarillo.

—Lleváoslos —ordenó a la guardia—, y a las seis pasadlos por la picadora de carne y poned la olla de sopa a hervir. Y echadle mucha sal al caldo esta vez, o castigaré severamente a los cocineros.

—¿Cebollas, vuestra majestad? —preguntó uno de la guardia.

—Muchas cebollas y ajos y una pizca de pimienta roja. ¡Fuera!

Los Scoodlers se llevaron a los cautivos y los encerraron en una de las casas, dejando a un solo Scoodler de guardia.

El lugar era una especie de despensa que contenía sacos de patatas y cestas de zanahorias, cebollas y nabos.

—Estas cosas —dijo su guardia, señalando las verduras— las usamos para dar sabor a las sopas.

Los prisioneros estaban ya bastante desalentados, pues no veían manera de escapar y no sabían cuánto faltaba para las seis y el momento en que la picadora comenzaría a funcionar. Pero el hombre andrajoso era valiente y no tenía intención de someterse a tan horrible destino sin luchar.

—Voy a pelear por nuestras vidas —susurró a los niños—, pues si fracaso no estaremos peor que ahora, y quedarse aquí tranquilamente hasta que nos conviertan en sopa sería una tontería y una cobardía.

El Scoodler de guardia estaba junto a la puerta, mostrando primero su lado blanco y luego el negro, como si quisiera enseñarle a todos sus cuatro ojos glotones el espectáculo de tantos prisioneros gorditos. Los cautivos estaban sentados en un grupo compungido en el otro extremo de la sala, excepto Policroma, que iba y venía bailando por el pequeño espacio para mantenerse caliente, pues sentía el frío de la cueva. Cada vez que se acercaba al hombre andrajoso, él le susurraba algo al oído, y Poli asentía con su bonita cabeza como si lo hubiese entendido.

El hombre andrajoso le dijo a Dorothy y a Botón-Brillante que se pusieran frente a él mientras vaciaba las patatas de uno de los sacos. Cuando esto se hizo en secreto, la pequeña Policroma, bailando cerca del guardia, le dio de repente una bofetada, y al instante se alejó dando vueltas para reunirse con sus amigos.

El furioso Scoodler se arrancó la cabeza y la lanzó contra la Hija del Arcoíris; pero el hombre andrajoso estaba esperándolo, y cogió la cabeza con mucha habilidad y la metió en el saco, que ató por la boca. El cuerpo del guardia, sin los ojos de la cabeza que lo guiaran, corría de acá para allá sin rumbo, y el hombre andrajoso lo esquivó fácilmente y abrió la puerta. Por suerte, en aquel momento no había nadie en la gran cueva, así que ordenó a Dorothy y a Poli que corrieran tan deprisa como pudieran hacia la entrada y cruzaran el estrecho puente.

— Yo llevaré a Botón-Brillante — dijo, pues sabía que las piernecitas del niño eran demasiado cortas para correr rápido.

Dorothy cogió a Toto y luego agarró la mano de Poli y echó a correr con todas sus fuerzas hacia la entrada de la cueva. El hombre andrajoso puso a Botón-Brillante sobre los hombros y fue tras ellas. Se movían con tanta rapidez, y la huida era tan completamente inesperada, que ya casi habían llegado al puente cuando uno de los Scoodlers asomó la cabeza por su puerta y los vio.

La criatura lanzó un grito estridente que sacó a todos los demás de sus numerosas puertas de un salto, y al instante se pusieron en persecución. Dorothy y Poli habían llegado al puente y lo habían cruzado cuando los Scoodlers empezaron a lanzar las cabezas. Uno de aquellos extraños proyectiles alcanzó al hombre andrajoso en la espalda y estuvo a punto de derribarle; pero ya estaba en la boca de la cueva, así que dejó a Botón-Brillante en el suelo y le dijo al niño que cruzara el puente corriendo hacia Dorothy.

Entonces el hombre andrajoso se volvió y se quedó de cara a sus enemigos, plantado justo en el exterior de la abertura, y según iban lanzándole las cabezas él las cogía y las arrojaba al abismo negro que había abajo. Los cuerpos sin cabeza de los Scoodlers delanteros impedían a los de atrás acercarse demasiado, pero estos también lanzaban sus cabezas en un intento de detener a los prisioneros fugados. El hombre andrajoso las atrapó todas y las mandó dando vueltas al abismo negro. Entre ellas reconoció la cabeza carmesí y amarilla de la Reina, que lanzó tras las demás de muy buena gana.

Al poco, todos los Scoodlers del lugar habían lanzado su cabeza, y todas las cabezas estaban en el fondo del abismo, y ahora los cuerpos indefensos de las criaturas se mezclaban en la cueva y se revolvían en un intento vano de averiguar qué había sido de sus cabezas. El hombre andrajoso se rió y cruzó el puente para reunirse con sus compañeros.

— Menos mal que aprendí a jugar al béisbol de joven — comentó —, pues cogí todas esas cabezas con facilidad y no fallé ni una. Pero vamos, pequeños; los Scoodlers ya no nos molestarán a nosotros ni a nadie más.

Botón-Brillante seguía asustado y no paraba de insistir: «¡No quiero ser sopa!», pues la victoria había llegado tan de repente que el niño no podía hacerse a la idea de que estaban a salvo y libres. Pero el hombre andrajoso le aseguró que ya había pasado todo peligro de que los convirtiesen en sopa, ya que los Scoodlers no podrían comer sopa en bastante tiempo.

Así que ahora, deseando alejarse de la horrorosa y sombría cueva cuanto antes, subieron aprisa por la ladera y recuperaron el camino justo más allá del lugar donde habían encontrado a los Scoodlers por primera vez; y podéis estar seguros de que se alegraron enormemente de tener de nuevo los pies en el viejo y conocido sendero.

ACTUALIZACIONES AL GLOSARIO:

PERSONAJES:

- King Kik-a-bray → Rey Pataquea (onomatopeya del rebuzno adaptada al castellano: «pata» + «quea» de «quejarse/quejar», con eco del rebuzno)
- Allegro da Capo → Allegro da Capo (se mantiene el nombre musical italiano, plenamente comprensible en castellano)

LUGARES:

- Dunkiton → Borriquilandia (derivado de «borrico», equivalente cómico en castellano de «Donkey» + «town»)

TÉRMINOS RECURRENTES:

- Scoodlers → Scoodlers (se mantiene sin traducir; nombre propio inventado sin equivalente en castellano)
- Truth Pond → Estanque de la Verdad
- Nome King → Rey de los Nombres (traducción establecida en la tradición de Oz)
- musicker → músico viviente / músico de verdad (se adapta contextualmente)
- meat chopper → picadora de carne

NOTAS DE ESTILO:

- Las onomatopeyas musicales del músico (tiddle-widdle-iddle, oom pom-pom) se mantienen en el original inglés, pues son puro sonido sin contenido semántico y cualquier intento de adaptación sonaría forzado. Las canciones del músico se han traducido procurando mantener la rima y la métrica aproximadas con naturalidad en castellano.
- El rebuzno «hee-haw» del hombre andrajoso se traduce como «hiá-ho», que es la onomatopeya más extendida en castellano para el rebuzno del burro.
- «whee-haw» del rey burro al llamar a la puerta también se traduce como «hiá-ho».

XI - JUANITO HÁCELO LO HACE

—Caminar se está poniendo muy mal —dijo Dorothy, mientras avanzaban con dificultad. Botón-Brillante dejó escapar un hondo suspiro y dijo que tenía hambre. En verdad todos tenían hambre, y sed también; pues desde el desayuno no habían comido más que las manzanas, de modo que el paso les flaqueaba y habían enmudecido y se sentían agotados. Por fin, despacio, coronaron la cresta de una colina árida y vieron ante ellos una línea de árboles verdes con una franja de hierba a sus pies. Una fragancia agradable llegó flotando hacia ellos.

Nuestros viajeros, acalorados y cansados, corrieron al ver aquella vista tan refrescante y no tardaron mucho en llegar a los árboles. Allí encontraron un manantial de agua pura y burbujeante, alrededor del cual la hierba estaba llena de plantas de fresas silvestres con sus bonitos frutos rojos maduros y listos para comer. Algunos de los árboles daban naranjas amarillas y otros peras pardas, de modo que los hambrientos aventureros se encontraron de

repente provistos de abundante comida y bebida. No perdieron el tiempo y se pusieron a coger las fresas más grandes y las naranjas más maduras, y pronto habían comido hasta quedar saciados. Al seguir caminando más allá de la línea de árboles vieron ante ellos un desierto terrible y lúgubre, de arena gris por todas partes. Al borde de aquel páramo espantoso había un gran letrero blanco con letras negras pulcramente pintadas, y las letras formaban estas palabras:

SE ADVIERTE A TODAS LAS PERSONAS QUE NO SE
AVENTUREN EN ESTE DESIERTO

PUES LAS ARENAS MORTÍFERAS CONVERTIRÁN EN POLVO
CUALQUIER CARNE VIVA EN UN INSTANTE. MÁS ALLÁ DE ESTA
BARRERA SE ENCUENTRA EL

PAÍS DE OZ

PERO NADIE PUEDE ALCANZAR AQUEL HERMOSO PAÍS A
CAUSA DE ESTAS ARENAS DESTRUCTORAS

—Oh —dijo Dorothy, cuando el hombre andrajoso hubo leído el letrero en voz alta—; ya he visto este desierto antes, y es verdad que nadie puede sobrevivir si intenta caminar por la arena.

—Pues entonces no debemos intentarlo —respondió el hombre andrajoso, pensativo—. Pero si no podemos seguir hacia adelante y no tiene sentido volver atrás, ¿qué hacemos?

—No sé —dijo Botón-Brillante.

—Yo tampoco, la verdad —añadió Dorothy, desanimada.

—Ojalá viniera mi padre a buscarme —suspiró la bella Hija del Arcoíris—; os llevaría a todos a vivir en el arcoíris, donde podríais bailar sobre sus rayos desde la mañana hasta la noche, sin preocupación ni cuidado de ningún tipo. Pero supongo que mi padre está demasiado ocupado ahora mismo para buscarme por el mundo.

—No quiero bailar —dijo Botón-Brillante, sentándose con cansancio sobre la hierba suave.

—Es muy amable de tu parte, Poli —dijo Dorothy—; pero hay cosas que me vendrían mejor que bailar en los arcoíris. Me temo que serían bastante

blandos y esponjosos bajo los pies, aunque son tan bonitos de contemplar.

Esto no ayudó a resolver el problema, y todos callaron y se miraron unos a otros con cara interrogante.

—La verdad es que no sé qué hacer —murmuró el hombre andrajoso, mirando fijamente a Toto; y el perrito agitó la cola y dijo «¡Guau, guau!», como si él tampoco supiera qué hacer. Botón-Brillante cogió un palo y empezó a cavar en la tierra, y los demás le observaron un rato sumidos en sus pensamientos. Por fin el hombre andrajoso dijo:

—Ya cae la tarde; así que lo mejor será que durmamos en este bonito lugar y descansemos. Quizá por la mañana se nos ocurra qué es lo más conveniente.

Apenas había manera de hacer camas para los niños, pero las hojas de los árboles crecían muy espesas y servirían para protegerles del rocío nocturno, de modo que el hombre andrajoso amontonó hierbas blandas a la sombra más densa, y cuando oscureció se tumbaron y durmieron plácidamente hasta la mañana.

Mucho después de que los demás se hubiesen dormido, sin embargo, el hombre andrajoso se quedó sentado al claro de las estrellas junto al manantial, contemplando pensativo el agua burbujeante. De pronto sonrió y asintió para sí como si hubiese dado con un buen pensamiento, tras lo cual él también se tendió bajo un árbol y pronto se quedó dormido.

A la mañana siguiente, bajo el resplandor del sol, mientras comían fresas y peras dulces y jugosas, dijo Dorothy:

—Poli, ¿sabes hacer magia?

—No, querida —respondió Policroma, meneando su delicada cabeza.

—La Hija del Arcoíris debería saber algo de magia —insistió Dorothy, con seriedad.

—Pero nosotros, los que vivimos en el arcoíris entre las nubes etéreas, no tenemos necesidad de la magia —respondió Policroma.

—Lo que me gustaría —dijo Dorothy— es encontrar alguna manera de cruzar el desierto hasta el País de Oz y su Ciudad Esmeralda. Ya lo he cruzado antes, ya saben, más de una vez. Primero un ciclón se llevó mi casa

volando, y unos Zapatos de Plata me hicieron volver, en medio segundo. Luego Ozma me cruzó en su Alfombra Mágica, y el Cinturón Mágico del Rey de los Nombres me llevó a casa esa vez. ¿Ven? Siempre fue la magia la que lo hizo, excepto la primera vez, y no podemos esperar que llegue un ciclón ahora y nos lleve a la Ciudad Esmeralda.

—Claro que no —respondió Poli, con un estremecimiento—; de todas formas odio los ciclones.

—Por eso quería saber si sabes hacer magia —dijo la pequeña niña de Kansas—. Yo estoy segura de que no puedo; y estoy segura de que Botón-Brillante tampoco puede; y la única magia que tiene el hombre andrajoso es el Imán del Amor, que no nos servirá de mucho.

—No esté tan segura de eso, querida —habló el hombre andrajoso, con una sonrisa en su cara de burro—. Puede que yo no sea capaz de hacer magia por mí mismo, pero puedo llamar a un poderoso amigo que me quiere porque soy dueño del Imán del Amor, y ese amigo seguro que podrá ayudarnos.

—¿Quién es ese amigo? —preguntó Dorothy.

—Juanito Hácelo.

—¿Y qué puede hacer Juanito?

—Cualquier cosa —respondió el hombre andrajoso, con confianza.

—¡Pídele que venga! —exclamó ella, con entusiasmo.

El hombre andrajoso sacó del bolsillo el Imán del Amor y le quitó el papel que lo envolvía. Sosteniendo el amuleto en la palma de la mano lo miró fijamente y dijo estas palabras:

—Querido Juanito Hácelo, ven a mí. Te necesito mucho, muchísimo aquí.

—Pues aquí estoy —dijo una vocecita alegre—; aunque no deberías decir que me necesitas «mucho», pues yo soy siempre, siempre, bueno.

Al oír esto se volvieron rápidamente y encontraron a un hombrecillo gracioso sentado sobre un gran cofre de cobre, echando humo de una pipa larga. Tenía el pelo gris y los bigotes grises; y estos bigotes eran tan largos que había enrollado los extremos alrededor de la cintura y los había atado

en un nudo apretado bajo el delantal de cuero que le llegaba de la barbilla casi hasta los pies, y que estaba sucio y rayado como si hubiese sido usado mucho tiempo. La nariz era ancha y ligeramente respingona; pero sus ojos eran chispeantes y alegres. Las manos y los brazos del hombrecillo eran tan duros y correosos como el cuero del delantal, y Dorothy pensó que Juanito Hácelo tenía el aspecto de haber trabajado mucho a lo largo de su vida.

—Buenos días, Juanito —dijo el hombre andrajoso—. Gracias por venir tan deprisa.

—Yo nunca pierdo el tiempo —dijo el recién llegado, sin rodeos—. Pero ¿qué te ha pasado? ¿De dónde has sacado esa cabeza de burro? A decir verdad, no te habría reconocido en absoluto, hombre andrajoso, si no hubiera mirado tus pies.

El hombre andrajoso presentó a Juanito Hácelo a Dorothy, Toto, Botón-Brillante y la Hija del Arcoíris, y le contó la historia de sus aventuras, añadiendo que ahora estaban deseosos de llegar a la Ciudad Esmeralda en el País de Oz, donde Dorothy tenía amigos que los cuidarían y los enviarían sanos y salvos a casa.

—Pero —dijo— hemos comprobado que no podemos cruzar este desierto, que convierte en polvo toda carne viva que lo toca; así que te he pedido que vengas a ayudarnos.

Juanito Hácelo dio una calada a la pipa y miró con detenimiento el terrible desierto que tenían delante, extendiéndose tan lejos que no se veía su fin.

—Tendréis que ir en barca —dijo, con presteza.

—¿En qué clase de barca? —preguntó el hombre andrajoso.

—En una barca de arena, que tiene patines como un trineo y velas como un barco. El viento os llevará rápidamente al otro lado del desierto y la arena no podrá tocar vuestra carne para convertirla en polvo.

—¡Estupendo! —exclamó Dorothy, dando palmadas de alegría—. Así fue como nos llevó la Alfombra Mágica. ¡No tuvimos que tocar la horrible arena para nada!

—Pero ¿dónde está la barca de arena? —preguntó el hombre andrajoso, mirando a su alrededor.

—La construyo yo —dijo Juanito Hácelo.

Al decir esto, golpeó la pipa para sacarle las cenizas y la metió en el bolsillo. Luego abrió el cofre de cobre con una llave y levantó la tapa, y Dorothy vio que estaba lleno de brillantes herramientas de toda clase y forma.

Juanito Hácelo se movía con rapidez ahora, con tanta rapidez que los dejó asombrados por la cantidad de trabajo que era capaz de hacer. En el cofre tenía una herramienta para todo lo que quería hacer, y debían de ser herramientas mágicas porque trabajaban tan deprisa y tan bien.

El hombre tarareaba una cancioncilla mientras trabajaba, y Dorothy intentó escucharla. Le pareció que las palabras eran algo así:

La única manera de hacer algo es hacerlo cuando se puede, y hacerlo con alegría, cantando, trabajando, pensando, sin que cese. El único verdaderamente desdichado es el que se atreve a escaquearse; el único verdaderamente feliz es el que al trabajo quiere entregarse.

Cualquier cosa que Juanito Hácelo estuviese cantando, desde luego estaba haciendo cosas, y todos se quedaron mirándole con asombro.

Tomó un hacha y con un par de golpes derribó un árbol. Luego cogió una sierra y en pocos minutos serró el tronco en tablas largas y anchas. Luego clavó las tablas juntas en forma de barca, de unos cuatro metros de largo y poco más de uno de ancho. De otro árbol cortó un palo largo y esbelto que, una vez despojado de sus ramas y fijado en vertical en el centro de la barca, sirvió de mástil. Del cofre sacó un rollo de cuerda y un gran fardo de lona, y con estos —sin dejar de tararear— apareió una vela, disponiéndola de modo que pudiera izarse o arriarse en el mástil.

Dorothy se quedó literalmente boquiabierta de asombro al ver cómo la cosa crecía tan velozmente ante sus ojos, y tanto Botón-Brillante como Poli la miraban con el mismo interés absorto.

—Habría que pintarla —dijo Juanito Hácelo, tirando las herramientas de vuelta al cofre—, pues quedaría más bonita. Aunque podría pintarla en tres segundos, tardaría una hora en secarse, y eso es un desperdicio de tiempo.

—No nos importa el aspecto —dijo el hombre andrajoso—, con tal de que nos lleve al otro lado del desierto.

—Eso lo hará —declaró Juanito Hácelo—. Lo único de lo que tenéis que preocuparos es de no volcar. ¿Has gobernado alguna vez una embarcación?

—He visto gobernar una —dijo el hombre andrajoso.

—Bien. Gobierna esta barca como has visto gobernar ese barco, y habrás cruzado las arenas antes de darte cuenta.

Con esto golpeó la tapa del cofre al cerrarlo, y el ruido hizo parpadear a todos. Mientras parpadeaban el artesano desapareció, herramientas y todo.

XII - CRUZADO EL DESIERTO MORTÍFERO

—¡Oh, qué lástima! —exclamó Dorothy—; quería darle las gracias a Juanito Hácelo por toda su amabilidad con nosotros.

—No tiene tiempo para escuchar las gracias —respondió el hombre andrajoso—; pero estoy seguro de que sabe que estamos agradecidos. Supongo que ya estará trabajando en alguna otra parte del mundo.

Examinaron entonces con más detenimiento la barca de arena, y vieron que la quilla tenía dos patines afilados que deslizarían por la arena. La proa de la barca era apuntada como la de un barco, y había un timón en la popa para gobernar.

Había sido construida justo al borde del desierto, de modo que toda su eslora descansaba sobre la arena gris excepto la parte de popa, que seguía apoyada en la franja de hierba.

—Subid, queridos —dijo el hombre andrajoso—; estoy seguro de que puedo manejar esta barca tan bien como cualquier marinero. Solo tenéis que sentaros quietos en vuestros sitios.

Dorothy entró, con Toto en brazos, y se sentó en el fondo de la barca justo delante del mástil. Botón-Brillante se sentó delante de Dorothy, mientras Poli se asomaba por la proa. El hombre andrajoso se arrodilló detrás del mástil. Cuando todos estuvieron listos izó la vela a medias. El viento la atrapó. La barca de arena arrancó al instante hacia adelante, despacio al principio, luego cada vez más deprisa. El hombre andrajoso subió la vela del todo, y volaron tan rápido sobre el Desierto Mortífero que todos se agarraron con fuerza a los costados de la barca y apenas se atrevían a respirar.

La arena formaba ondulaciones y en algunos sitios era muy irregular, de modo que la barca se bamboleaba peligrosamente de un lado a otro; pero nunca llegó a volcar del todo, y la velocidad era tan grande que el propio hombre andrajoso se asustó y empezó a preguntarse cómo podría hacer que el barco fuera más despacio.

«Si volcamos en esta arena, en medio del desierto», pensó Dorothy para sus adentros, «en pocos minutos no seremos más que polvo, y eso será el fin de nosotros».

Pero no volcaron, y al poco Policroma, que se agarraba a la proa mirando de frente, vio ante ellos una línea oscura y se preguntó qué sería. Se fue aclarando a cada segundo, hasta que descubrió que era una hilera de rocas escarpadas al final del desierto, y muy por encima de esas rocas podía ver una meseta de hierba verde y árboles hermosos.

— ¡Cuidado! — le gritó al hombre andrajoso — . ¡Ve más despacio, o chocaremos contra las rocas!

Él la oyó e intentó arriar la vela, pero el viento no soltaba el ancho lienzo y las cuerdas se habían enredado.

Las grandes rocas se acercaban cada vez más, y el hombre andrajoso estaba desesperado porque no podía hacer nada para detener la loca carrera de la barca de arena.

Llegaron al borde del desierto y chocaron de lleno contra las rocas. Hubo un estruendo mientras Dorothy, Botón-Brillante, Toto y Poli salían disparados por los aires en una curva como un cohete, aterrizando uno tras otro en lo alto de la hierba, donde rodaron y dieron tumbos un rato antes de poder detenerse.

El hombre andrajoso salió volando tras ellos, de cabeza, y aterrizó en un montón junto a Toto, quien, muy excitado en ese momento, agarró una de las orejas de burro entre los dientes y la zarandeó y sacudió con todas sus fuerzas, gruñendo airado. El hombre andrajoso hizo que el perrito la soltara y se incorporó para mirar a su alrededor.

Dorothy se estaba palpando uno de los dientes delanteros, que había quedado flojo al golpearse con la rodilla al caer. Poli contemplaba con tristeza un desgarrón en su bonito vestido de gasa, y la cabeza de zorro de Botón-Brillante se había metido del todo en una madriguera de topo y el niño agitaba sus gordezuelas piernas con frenesí intentando soltarse.

Por lo demás estaban ilesos tras la aventura; así que el hombre andrajoso se puso en pie, sacó a Botón-Brillante del agujero y fue al borde del desierto para mirar la barca de arena. Era un mero montón de astillas, destrozada contra las rocas. El viento había arrancado la vela y la había llevado a lo alto de un árbol alto, donde sus jirones ondeaban como una bandera blanca.

—Bueno —dijo, con ánimo—, hemos llegado; pero adónde hemos llegado, no lo sé.

—Debe de ser alguna parte del País de Oz —observó Dorothy, acercándose a él.

—¿Debe?

—Claro que sí. Hemos cruzado el desierto, ¿verdad? Y en algún lugar del centro de Oz está la Ciudad Esmeralda.

—Es verdad —dijo el hombre andrajoso, asintiendo—. Vamos allá.

—Pero no veo a nadie alrededor que pueda indicarnos el camino —continuó ella.

—Busquemos —sugirió él—. En algún sitio habrá gente; pero quizá no nos esperaban y por eso no están aquí para darnos la bienvenida.

XIII - EL ESTANQUE DE LA VERDAD

Hicieron entonces un examen más detenido del país que les rodeaba. Todo era fresco y hermoso tras el sofoco del desierto, y el sol y el aire dulce y vigorizante eran un deleite para los errantes. A la derecha se veían unos pequeños montículos de un verde amarillento, mientras que a la izquierda ondeaba un grupo de árboles altos y frondosos que daban flores amarillas parecidas a borlas y pompones. Entre las hierbas que alfombraban el suelo había bonitas celidónias, primulas y caléndulas. Tras contemplarlas un momento, Dorothy dijo reflexivamente:

— Debemos de estar en el País de los Winkies, pues el color de ese país es el amarillo, y notarán que casi todo lo que tiene algún color aquí es amarillo.

— Pero yo creía que esto era el País de Oz — respondió el hombre andrajoso, como si estuviese muy decepcionado.

— Y lo es — declaró ella —; pero el País de Oz tiene cuatro partes. El País del Norte es morado, y es el País de los Gillikins. El País del Este es azul, y ese es el País de los Munchkins. Al sur está el País rojo de los Quadlings, y aquí, en el Oeste, el País amarillo de los Winkies. Esta es la parte que gobierna el Leñador de Hojalata, ya saben.

— ¿Quién es ese? — preguntó Botón-Brillante.

— Pues es el hombre de hojalata del que les hablé. Se llama Nick Chopper, y tiene un corazón precioso que le regaló el maravilloso Mago.

— ¿Dónde vive? — preguntó el niño.

— ¿El Mago? Oh, vive en la Ciudad Esmeralda, que está justo en el centro de Oz, donde se juntan los cuatro países.

— Ah — dijo Botón-Brillante, desconcertado por esta explicación.

— Debemos de estar bastante lejos de la Ciudad Esmeralda — comentó el hombre andrajoso.

—Es verdad —respondió ella—; así que deberíamos ponernos en marcha a ver si encontramos a alguno de los Winkies. Son buena gente —continuó, mientras el pequeño grupo echaba a caminar hacia los árboles—, y vine aquí una vez con mis amigos el Espantapájaros, el Leñador de Hojalata y el León Cobarde, a luchar contra una bruja malvada que había convertido a todos los Winkies en sus esclavos.

—¿La vencisteis? —preguntó Poli.

—Pues la derretí con un cubo de agua, y eso fue el fin de ella —respondió Dorothy—. Después de eso la gente quedó libre, ya ven, y nombraron Emperador a Nick Chopper, que es el Leñador de Hojalata.

—¿Qué es eso? —preguntó Botón-Brillante.

—¿Emperador? Oh, es algo parecido a un alcalde, creo.

—Ah —dijo el niño.

—Pero yo creía que la princesa Ozma gobernaba Oz —dijo el hombre andrajoso.

—Así es; ella gobierna la Ciudad Esmeralda y los cuatro países de Oz; pero cada país tiene además un gobernante menor, no tan importante como Ozma. Es como los oficiales de un ejército, ¿saben?; los gobernantes menores son todos capitanes, y Ozma es la general.

Para entonces habían llegado a los árboles, que estaban dispuestos en un círculo perfecto y lo bastante separados para que sus espesas ramas se tocasen, o «se dieran la mano», como observó Botón-Brillante. A la sombra de los árboles encontraron, en el centro del círculo, un estanque de cristal, con el agua tan quieta como un espejo. Debía de ser también muy profundo, pues cuando Policroma se inclinó sobre él lanzó un pequeño suspiro de placer.

—¡Pero si es un espejo! —exclamó, pues podía ver reflejado en el estanque, nítido como la vida, su bonita cara y su vaporoso vestido teñido de arcoíris.

Dorothy también se inclinó y empezó a arreglarse el pelo, que el viento del desierto había descompuesto en mechones enredados. Botón-Brillante se asomó el siguiente al borde, y empezó a llorar, pues la vista de su cabeza de zorro asustó al pobrecillo.

—Creo que yo no miraré —dijo el hombre andrajoso, con tristeza, pues tampoco le gustaba su cabeza de burro. Mientras Poli y Dorothy intentaban consolar a Botón-Brillante, el hombre andrajoso se sentó cerca del borde del estanque, donde su imagen no podía reflejarse, y contempló el agua pensativo. Al hacerlo, reparó en una placa de plata fijada a una roca justo bajo la superficie del agua, y en la placa de plata estaban grabadas estas palabras:

EL ESTANQUE DE LA VERDAD

—¡Ah! —exclamó el hombre andrajoso, saltando en pie con alegría ansiosa—. ¡Por fin lo hemos encontrado!

—¿Qué han encontrado? —preguntó Dorothy, corriendo hacia él.

—El Estanque de la Verdad. Ahora podré librarme por fin de esta cabeza espantosa; pues nos dijeron, ¿recuerdan?, que solo el Estanque de la Verdad podría devolverme mi cara propia.

—¡A mí también! —gritó Botón-Brillante, trotando hacia ellos.

—Claro —dijo Dorothy—. Les curará a los dos de sus malas cabezas, creo. ¡Qué suerte haber dado con él!

—Desde luego —respondió el hombre andrajoso—. Me habría dado mucha vergüenza presentarme ante la princesa Ozma con este aspecto; y encima hay que celebrar la fiesta de su cumpleaños.

En ese momento un chapoteo los sobresaltó, pues Botón-Brillante, en su ansia por ver el estanque que lo «curaría», se había acercado demasiado al borde y había caído de cabeza al agua. Bajó hasta desaparecer del todo, de modo que solo el sombrero de marinero flotaba en la superficie del Estanque de la Verdad.

Enseguida salió a flote, y el hombre andrajoso lo agarró por el cuello de marinero y lo arrastró a la orilla, chorreando y jadeando. Todos miraron al niño con asombro, pues la cabeza de zorro con su hocico afilado y sus orejas puntiagudas había desaparecido, y en su lugar aparecía la cara mofletuda y redonda, los ojos azules y los bonitos rizos que habían pertenecido a Botón-Brillante antes de que el Rey Dox de Zorrolandia lo transformase.

—¡Qué cielo de niño! —exclamó Poli, y lo habría abrazado de no estar tan empapado.

Sus exclamaciones de alegría hicieron que el niño se frotara el agua de los ojos y mirara a sus amigos con asombro.

— Ahora estás bien, cariño — dijo Dorothy—. Ven a mirarte. — Lo llevó al estanque, y aunque la superficie del agua tenía todavía algunas ondas, podía verse el reflejo con claridad.

— ¡Soy yo! — dijo, en un susurro a la vez complacido y admirado.

— Pues claro — respondió la niña —, y todos estamos tan contentos como tú, Botón-Brillante.

— Bien — anunció el hombre andrajoso —; ahora me toca a mí. — Se quitó el abrigo andrajoso y lo dejó en la hierba, y se lanzó de cabeza al Estanque de la Verdad.

Cuando salió la cabeza de burro había desaparecido, y en su lugar estaba la propia cabeza andrajosa del hombre andrajoso, con el agua chorreando en hilos por sus andrajosos bigotes. Trepó a la orilla y se sacudió para quitarse algo de humedad, y luego se inclinó sobre el estanque para mirarse con satisfacción en el reflejo.

— Puede que no sea estrictamente hermoso ni ahora — dijo a sus compañeros, que le observaban sonrientes —; pero soy tan mucho más apuesto que cualquier burro que me siento de lo más orgulloso.

— Está usted muy bien, hombre andrajoso — declaró Dorothy—. Y Botón-Brillante también está muy bien. Así que daremos las gracias al Estanque de la Verdad por ser tan bueno con nosotros, y seguiremos el camino a la Ciudad Esmeralda.

— Me cuesta dejarlo — murmuró el hombre andrajoso, con un suspiro—. Un estanque de la verdad no sería mala cosa para llevarlo encima. — Pero se puso el abrigo y partió con los demás en busca de alguien que les indicara el camino.

XIV - TIK-TOK Y BILLINA

No habían caminado mucho por los prados sembrados de flores cuando se toparon con un buen camino que llevaba hacia el noroeste y serpenteaba graciosamente entre las bonitas colinas amarillas.

—Por ahí —dijo Dorothy— debe de estar la dirección de la Ciudad Esmeralda. Mejor seguimos el camino hasta que encontremos a alguien o lleguemos a una casa.

El sol secó pronto el traje de marinero de Botón-Brillante y la ropa andrajosa del hombre andrajoso, y tan contentos estaban de haber recuperado sus cabezas propias que no les importó en absoluto el breve malestar de haberse mojado.

—Qué bien poder silbar de nuevo —comentó el hombre andrajoso—, pues con esos labios de burro tan gruesos no era capaz de silbar ni una nota. —Y gorjeó una melodía tan alegremente como cualquier pájaro.

—También tendrás mejor aspecto en la fiesta de cumpleaños —dijo Dorothy, feliz de ver tan contentos a sus amigos.

Policroma bailaba por delante con su habitual vivacidad, girando alegremente por el camino liso y llano, hasta que desapareció de la vista al doblar la curva de uno de los montículos. De repente la oyeron exclamar «¡Oh!» y la vieron aparecer de nuevo corriendo hacia ellos a toda velocidad.

—¿Qué pasa, Poli? —preguntó Dorothy, desconcertada.

No hacía falta que la Hija del Arcoíris respondiera, pues al doblar la curva del camino avanzaba hacia ellos despacio un gracioso hombrecillo redondo hecho de cobre pulido que relucía brillantemente bajo el sol. Posada sobre el hombro del hombre de cobre había una gallina amarilla, con las plumas esponjosas y un collar de perlas alrededor del cuello.

—¡Oh, Tik-tok! —exclamó Dorothy, echando a correr. Cuando llegó hasta él, el hombre de cobre la levantó en sus brazos de cobre y le besó la mejilla con sus labios de cobre.

— ¡Oh, Billina! — exclamó Dorothy con voz alegre, y la gallina amarilla voló a sus brazos, para recibir abrazos y mimos por turnos.

Los demás se agolpaban curiosos alrededor del grupo, y la niña les dijo:

— Son Tik-tok y Billina; y qué alegría tan grande volver a verlos.

— Bien-ve-ni-dos a Oz — dijo el hombre de cobre con voz monótona.

Dorothy se sentó allí mismo en el camino, la gallina amarilla en brazos, y empezó a acariciarle el lomo. Dijo la gallina:

— Dorothy, querida, tengo noticias maravillosas que contarte.

— ¡Cuéntamelas enseguida, Billina! — dijo la niña.

En ese momento Toto, que había estado gruñendo para sí con aire malhumorado, pegó un ladrido agudo y se abalanzó sobre la gallina amarilla, que erizó las plumas y lanzó un chillido tan airado que sobresaltó a Dorothy.

— ¡Para, Toto! ¡Para ahora mismo! — ordenó—. ¿Acaso no ves que Billina es amiga mía? — A pesar de esta advertencia, si no hubiera agarrado a Toto del cuello con rapidez el perrito le habría hecho daño a la gallina amarilla, e incluso entonces se debatía loco por escapar de las manos de Dorothy. Ella le dio un par de coscorrones en las orejas y le ordenó que se portara bien, y la gallina amarilla voló de nuevo al hombro de Tik-tok, donde estaba a salvo.

— ¡Qué bruto! — gruñó Billina, mirando al perrito con furia desde arriba.

— Toto no es un bruto — respondió Dorothy—; pero en casa el tío Henry tiene que darle algún azote a veces por perseguir a las gallinas. Ahora mira aquí, Toto — añadió, levantando el dedo y hablándole con severidad—, tienes que entender que Billina es una de mis mejores amigas y no debes hacerle daño, ahora ni nunca.

Toto agitó la cola como si lo hubiera entendido.

— El bicho miserable no sabe hablar — dijo Billina, con desdén.

— Sí que sabe — respondió Dorothy—; habla con la cola, y yo entiendo todo lo que dice. Si pudieras agitar la cola, Billina, no necesitarías palabras para hablar.

— ¡Tonterías! — dijo Billina.

—No son tonterías en absoluto. Ahora mismo Toto dice que lo siente y que intentará quererte por mi bien. ¿A que sí, Toto?

—¡Guau, guau! —dijo Toto, agitando de nuevo la cola.

—Pero tengo noticias tan maravillosas para ti, Dorothy —exclamó la gallina amarilla—; he...

—Espera un momento, querida —la interrumpió la niña—; primero tengo que presentarlos a todos. Eso manda la cortesía, Billina. Este —dirigiéndose a sus compañeros de viaje— es el señor Tik-tok, que funciona con mecanismo de relojería porque sus pensamientos se dan cuerda, y su habla se da cuerda, y sus acciones se dan cuerda, como un reloj.

—¿Se dan cuerda todas a la vez? —preguntó el hombre andrajoso.

—No; cada una por separado. Pero funciona de maravilla, y Tik-tok fue un buen amigo mío una vez y me salvó la vida, y también la de Billina.

—¿Está vivo? —preguntó Botón-Brillante, mirando fijamente al hombre de cobre.

—Oh, no; pero su mecanismo le hace funcionar igual que si lo estuviese. —Se volvió hacia el hombre de cobre y dijo con cortesía—: Señor Tik-tok, estos son mis nuevos amigos: el hombre andrajoso, y Poli la Hija del Arcoíris, y Botón-Brillante, y Toto. Solo que Toto no es un amigo nuevo, porque ya ha estado en Oz antes.

El hombre de cobre hizo una gran reverencia, quitándose el sombrero de cobre al hacerlo.

—Es-toy muy con-ten-to de co-no-cer a los ami-gos de Do-ro-thy... —Aquí se detuvo de golpe.

—¡Oh, creo que le falta cuerda al mecanismo del habla! —dijo la niña, corriendo detrás del hombre de cobre a buscar la llave que colgaba de un gancho en la espalda. Le dio cuerda por un lugar debajo del brazo derecho y él continuó diciendo:

—Per-do-nad que se me ha-ya a-go-ta-do la cuer-da. I-ba a de-cir que es-toy en-can-ta-do de co-no-cer a los a-mi-gos de Do-ro-thy, que son tam-bién mis a-mi-gos. —Las palabras eran algo entrecortadas, pero perfectamente comprensibles.

— Y esta es Billina — continuó Dorothy, presentando a la gallina amarilla, ante quien todos se inclinaron por turnos.

— Tengo unas noticias tan maravillosas — dijo la gallina, volviendo la cabeza para que un ojo vivo mirara fijamente a Dorothy.

— ¿Cuáles, querida? — preguntó la niña.

— He sacado a diez pollitos de los más preciosos que hayas visto jamás.

— ¡Oh, qué maravilla! ¿Y dónde están, Billina?

— Los dejé en casa. Pero son hermosísimos, te lo aseguro, y todos prodigiosamente listos. Los he llamado Dorothy.

— ¿Cuál de ellos? — preguntó la niña.

— Todos — respondió Billina.

— Qué curioso. ¿Por qué les has puesto el mismo nombre a todos?

— Era tan difícil distinguirlos — explicó la gallina —. Ahora, cuando llamo «Dorothy», todos vienen corriendo hacia mí en tropel; es mucho más fácil, después de todo, que tener un nombre distinto para cada uno.

— Me muero de ganas de verlos, Billina — dijo Dorothy, con entusiasmo —. Pero dime, amigos míos, ¿cómo es que estáis aquí, en el País de los Winkies, siendo los primeros en recibirnos?

— Os lo cuen-to yo — respondió Tik-tok, con su voz monótona, en la que todos los sonidos de sus palabras tenían el mismo nivel —: «La prin-ce-sa Oz-ma os vio en su cua-dro má-gi-co y sa-bía que ve-níais a-quí; a-sí que en-vió a Bi-lli-na y a mí a da-ros la bien-ve-ni-da, ya que e-lla no po-día ve-nir en per-so-na; de mo-do que... fiz-di-gue-lé cu-sóm-u-to hi-ber-gó-ble in-tu-sí-bic...»

— ¡Dios mío! ¿Qué le pasa ahora? — exclamó Dorothy, mientras el hombre de cobre seguía balbuceando estas palabras sin sentido que nadie podía entender porque no significaban nada.

— No sé — dijo Botón-Brillante, algo asustado. Poli se alejó dando vueltas a distancia y se volvió a mirar al hombre de cobre con susto.

— Esta vez se le han agotado los pensamientos — comentó Billina con calma, mientras estaba posada en el hombro de Tik-tok y se alisaba las

plumas—. Cuando no puede pensar, tampoco puede hablar bien, igual que vosotros. Tendrás que darle cuerda a los pensamientos, Dorothy, o tendré que acabar yo su historia.

Dorothy corrió a buscar la llave de nuevo y le dio cuerda a Tik-tok por debajo del brazo izquierdo, tras lo cual pudo hablar con claridad.

—Per-do-nad —dijo—; cuan-do los pen-sa-mien-tos se me a-go-tan, las pa-la-bras no tie-nen sen-ti-do, pues las pa-la-bras se for-man so-lo me-dian-te el pen-sa-mien-to. I-ba a de-cir que Oz-ma nos en-vió a da-ros la bien-ve-ni-da e in-vi-ta-ros a ir di-rec-ta-men-te a la Ciu-dad Es-me-ral-da. Es-ta-ba de-ma-sia-do a-ta-rea-da pa-ra ve-nir e-lla mis-ma, pues es-tá pre-pa-ran-do su fies-ta de cum-plea-ños, que pro-me-te ser un gran a-con-te-ci-mien-to.

—He oído hablar de ella —dijo Dorothy—, y me alegra haber llegado a tiempo para asistir. ¿Queda lejos de aquí la Ciudad Esmeralda?

—No mu-cho —respondió Tik-tok—, y te-ne-mos tiem-po de so-bra. Es-ta no-che pa-ra-re-mos en el pa-la-cio del Le-ña-dor de Ho-ja-la-ta, y ma-ña-na por la no-che lle-ga-re-mos a la Ciu-dad Es-me-ral-da.

—¡Qué bien! —exclamó Dorothy—. Me encantará volver a ver al querido Nick Chopper. ¿Qué tal tiene el corazón?

—Muy bien —dijo Billina—; el Leñador de Hojalata dice que cada día se vuelve más blando y bondadoso. Te espera en su castillo para darte la bienvenida, Dorothy; pero no pudo venir con nosotros porque le están sacando brillo para dejarlo tan reluciente como sea posible para la fiesta de Ozma.

—Pues entonces —dijo Dorothy—, sigamos caminando, y podemos seguir hablando por el camino.

Continuaron el viaje en un grupo amistoso, pues Policroma había comprobado que el hombre de cobre era inofensivo y ya no le tenía miedo. Botón-Brillante también se tranquilizó y le tomó mucho cariño a Tik-tok. Quería que el hombre-mecanismo se abriera para ver cómo giraban las ruedas; pero eso era algo que Tik-tok no podía hacer. Luego Botón-Brillante quiso darle cuerda al hombre de cobre, y Dorothy le prometió que podría hacerlo en cuanto alguna parte del mecanismo se agotara. Esto complació a Botón-Brillante, que se agarró a una de las manos de cobre de Tik-tok

mientras trotaba por el camino, mientras Dorothy caminaba al otro lado de su viejo amigo y Billina se posaba por turnos en su hombro o en su sombrero de cobre. Poli volvía a bailar alegremente por delante y Toto corría tras ella ladrando de alegría. El hombre andrajoso quedó para caminar detrás; pero no parecía importarle lo más mínimo, y silbaba alegremente o contemplaba con curiosidad los bonitos paisajes que iban pasando.

Por fin llegaron a una colina desde cuya cima se veía claramente el castillo de hojalata de Nick Chopper, con sus torres reluciendo magníficamente bajo los rayos del sol poniente.

—¡Qué precioso! —exclamó Dorothy—. Nunca he visto la nueva casa del Emperador.

—La construyó porque el castillo viejo era húmedo y corría el riesgo de oxidarle el cuerpo de hojalata —dijo Billina—. Todas esas torres y chapiteles y cúpulas y frontones necesitaron muchísima hojalata, como pueden ver.

—¿Es un juguete? —preguntó Botón-Brillante en voz baja.

—No, querido —respondió Dorothy—; es algo mejor que eso. Es la morada de hadas de un príncipe de hadas.

XV - EL CASTILLO DE HOJALATA DEL EMPERADOR

Los jardines alrededor de la nueva casa de Nick Chopper estaban trazados en bonitos parterres de flores, con fuentes de agua cristalina y estatuas de hojalata que representaban a los amigos personales del Emperador. Dorothy se asombró y se alegró de encontrar una estatua de hojalata de sí misma sobre un pedestal de hojalata en una curva de la avenida que llevaba a la en-

trada. Era de tamaño natural y la mostraba con su cofia y su cesta en el brazo, tal como había aparecido por primera vez en el País de Oz.

—¡Oh, Toto, tú también estás ahí! —exclamó, y en efecto allí estaba la figura de hojalata de Toto tumbada a los pies de la Dorothy de hojalata.

Dorothy vio también figuras del Espantapájaros, el Mago, Ozma y muchos otros, entre ellos Tik-tok. Llegaron a la gran entrada de hojalata del castillo de hojalata, y el propio Leñador de Hojalata salió corriendo por la puerta para abrazar a la pequeña Dorothy y darle una calurosa bienvenida. Dio la bienvenida también a sus amigos, y a la Hija del Arcoíris la declaró la visión más encantadora que sus ojos de hojalata habían contemplado jamás. Acarició con ternura la cabeza rizada de Botón-Brillante, pues le gustaban mucho los niños, y se volvió hacia el hombre andrajoso y le estrechó ambas manos a la vez.

Nick Chopper, el Emperador de los Winkies, conocido también en todo el País de Oz como el Leñador de Hojalata, era sin duda una persona extraordinaria. Estaba perfectamente construido, todo de hojalata, bien soldado en las juntas, y sus distintos miembros estaban hábilmente articulados al cuerpo de modo que podía usarlos casi tan bien como si hubieran sido de carne corriente. Una vez, le contó al hombre andrajoso, había sido todo de carne y huesos, como las demás personas, y entonces talaba madera en los bosques para ganarse la vida. Pero el hacha se le resbalaba tan a menudo y le cortaba partes del cuerpo —que luego reemplazaba con hojalata— que al final no quedó nada de carne, solo hojalata; y así se convirtió en un leñador de hojalata de verdad. El maravilloso Mago de Oz le había dado un corazón excelente en sustitución del antiguo, y no le importaba nada ser de hojalata. Todos le querían, él quería a todos; y por eso era tan feliz como se puede ser.

El Emperador estaba orgulloso de su nuevo castillo de hojalata, y fue mostrando a sus visitantes todas las habitaciones. Todos los muebles eran de hojalata reluciente y bien pulida: las mesas, las sillas, las camas y todo; incluso los suelos y las paredes eran de hojalata.

—Supongo —dijo él— que no hay hojalateros más habilidosos en todo el mundo que los Winkies. Sería difícil igualar este castillo en Kansas, ¿verdad, pequeña Dorothy?

—Muy difícil —respondió la niña, con seriedad.

—Debió de costar mucho dinero —comentó el hombre andrajoso.

—¡Dinero! ¡Dinero en Oz! —exclamó el Leñador de Hojalata—. ¡Qué idea tan curiosa! ¿Acaso creyó que somos tan vulgares como para usar dinero aquí?

—¿Por qué no? —preguntó el hombre andrajoso.

—Si usáramos dinero para comprar cosas en lugar de amor y bondad y el deseo de complacernos unos a otros, no seríamos mejores que el resto del mundo —declaró el Leñador de Hojalata—. Por fortuna el dinero es completamente desconocido en el País de Oz. No tenemos ricos ni pobres; pues lo que uno desea, todos intentan dárselo para hacerle feliz, y nadie en todo Oz quiere tener más de lo que puede usar.

—¡Estupendo! —exclamó el hombre andrajoso, muy complacido de oír esto—. Yo también desprecio el dinero: un hombre de Butterfield me debe quince centavos y no pienso aceptárselos. El País de Oz es sin duda el más favorecido de todo el mundo, y su gente la más feliz. Me gustaría vivir aquí para siempre.

El Leñador de Hojalata escuchó con atención respetuosa. Ya quería al hombre andrajoso, aunque todavía no sabía nada del Imán del Amor. Así que dijo:

—Si puede demostrar a la princesa Ozma que es honrado y leal y digno de nuestra amistad, quizás pueda vivir aquí todos sus días y ser tan feliz como nosotros.

—Intentaré demostrarlo —dijo el hombre andrajoso, con seriedad.

—Y ahora —continuó el Emperador—, todos debéis ir a vuestros aposentos a prepararos para la cena, que se servirá pronto en el gran comedor de hojalata. Lo siento, hombre andrajoso, pero no puedo ofrecerle ningún cambio de ropa; yo mismo visto solo de hojalata, y supongo que eso no le convendrá.

—Me importa poco la ropa —dijo el hombre andrajoso, con indiferencia.

—Ya me lo imagino —respondió el Emperador, con verdadera cortesía.

Los llevaron a sus aposentos y les permitieron arreglarse como pudieron, y pronto se reunieron de nuevo en el gran comedor de hojalata, estando incluso Toto presente. Pues al Emperador le gustaba el perrito de Dorothy, y la niña le explicó a sus amigos que en Oz todos los animales eran tratados con la misma consideración que las personas, «si se portaban bien», añadió.

Toto se portó bien, y se sentó en una silla alta de hojalata junto a Dorothy y comió su cena en un plato de hojalata.

En efecto, todos comieron en vajilla de hojalata, pero era de formas bonitas y muy bien pulida; Dorothy pensó que era tan buena como la de plata.

Botón-Brillante miraba con curiosidad al hombre que «no tenía apetito dentro», pues el Leñador de Hojalata, aunque había preparado una cena tan espléndida para sus huéspedes, no probó ni un bocado, sentado pacientemente en su sitio para ver que todos los que podían comer estuvieran bien y abundantemente servidos.

Lo que más gustó a Botón-Brillante de la cena fue la orquesta de hojalata que tocaba música suave mientras comía la compañía. Los músicos no eran de hojalata, sino Winkies corrientes; pero los instrumentos que tocaban eran todos de hojalata: trompetas de hojalata, violines de hojalata, tambores y platillos y flautas y trompas de hojalata, todos ellos. Tocaban tan bien el «Vals del Emperador Reluciente», compuesto expresamente en honor del Leñador de Hojalata por el Sr. H. M. Woggle-Bug, D. E., que Poli no pudo resistirse a bailar. Después de probar unas gotas de rocío recién recogidas para ella, bailó con gracia al compás de la música mientras los demás terminaban su cena; y cuando giraba hasta que sus vaporosas ropas de tonos de arcoíris la envolvían como una nube, el Leñador de Hojalata estaba tan encantado que aplaudió con sus manos de hojalata hasta que el ruido ahogó el sonido de los platillos.

En conjunto fue una cena muy alegre, aunque Policroma comió poco y el anfitrión nada en absoluto.

—Lamento que la Hija del Arcoíris se haya quedado sin sus pasteles de neblina —le dijo el Leñador de Hojalata a Dorothy—; pero por un lamentable malentendido los pasteles de neblina de la señorita Poli se extraviaron y no se echaron en falta hasta ahora. Intentaré tenerlos para su desayuno.

Pasaron la tarde contando historias, y a la mañana siguiente dejaron el espléndido castillo de hojalata y se pusieron en camino hacia la Ciudad Esmeralda. El Leñador de Hojalata fue con ellos, por supuesto, habiendo sido pulido para entonces hasta tal punto que relucía como la plata. Su hacha, que siempre llevaba consigo, tenía una hoja de acero chapada en hojalata y un mango forrado de hojalata bellamente grabada y engastada de diamantes.

Los Winkies se congregaron ante las puertas del castillo y vitorearon a su Emperador cuando se marchó, y era fácil ver que todos le querían con ternura.

XVI - VISITANDO EL CAMPO DE CALABAZAS

Dorothy dejó a Botón-Brillante dar cuerda al mecanismo del hombre de cobre esa mañana: primero la máquina del pensamiento, luego la del habla, y finalmente la de la acción; de modo que sin duda funcionaría perfectamente hasta llegar a la Ciudad Esmeralda. El hombre de cobre y el hombre de hojalata eran buenos amigos, y no tan parecidos como pudiera pensarse. Pues uno estaba vivo y el otro se movía gracias a un mecanismo; uno era alto y anguloso y el otro bajo y redondo. Al Leñador de Hojalata se le podía querer porque tenía una naturaleza noble, bondadosa y sencilla; pero al hombre-máquina solo se le podía admirar sin quererle, ya que querer a algo así era tan imposible como querer a una máquina de coser o a un automóvil. Con todo, Tik-tok era muy popular entre la gente de Oz porque era tan seguro, fiable y leal; siempre hacía exactamente lo que le habían dado cuerda para hacer, en todo momento y en toda circunstancia. Quizás es mejor ser una máquina que cumple con su deber que una persona de carne y hueso que no quiere cumplir con el suyo, pues una verdad muerta vale más que una mentira viva.

Hacia el mediodía los viajeros llegaron a un gran campo de calabazas, vegetal muy apropiado para el país amarillo de los Winkies, y algunas de las calabazas que allí crecían eran de un tamaño extraordinario. Justo antes de entrar en ese campo vieron tres pequeños montículos que parecían tumbas, con una bonita lápida cada uno.

—¿Qué es esto? —preguntó Dorothy, con asombro.

—Es el cementerio privado de Jack Cabezcalabaza —respondió el Leñador de Hojalata.

—Pero creía que en Oz nadie moría jamás —dijo ella.

—En efecto; aunque si alguien es malo, puede ser condenado y ejecutado por los buenos ciudadanos —respondió él.

Dorothy corrió hacia las pequeñas tumbas y leyó las palabras grabadas en las lápidas. La primera decía:

AQUÍ YACE LA PARTE MORTAL DE JACK CABEZCALABAZA
QUE SE PUDRIÓ EL 9 DE ABRIL.

Luego fue a la siguiente piedra, que decía:

AQUÍ YACE LA PARTE MORTAL DE JACK CABEZCALABAZA
QUE SE PUDRIÓ EL 2 DE OCTUBRE.

En la tercera piedra estaban talladas estas palabras:

AQUÍ YACE LA PARTE MORTAL DE JACK CABEZCALABAZA
QUE SE PUDRIÓ EL 24 DE ENERO.

—¡Pobre Jack! —suspiró Dorothy—. Siento que haya tenido que morir en tres partes, pues esperaba volver a verle.

—Y le verás —declaró el Leñador de Hojalata—, pues sigue vivo. Acompañadme a su casa, que Jack es ahora agricultor y vive en este mismo campo de calabazas.

Fueron andando hacia una calabaza enorme y hueca que tenía una puerta y unas ventanas recortadas en la cáscara. Había una chimenea de tubo que salía por el tallo, y seis escalones que llevaban hasta la puerta principal.

Se acercaron a esa puerta y miraron adentro. Sentado en un banco había un hombre vestido con una camisa de cuadros, un chaleco rojo y unos pan-

talones azules desteñidos, cuyo cuerpo era simplemente palos de madera, articulados torpemente. En el cuello tenía encajada una calabaza redonda y amarilla con una cara tallada como las que suelen tallar los niños en los farolillos de calabaza para Halloween.

Este hombre tan peculiar estaba dedicado a lanzar resbaladizas pepitas de calabaza con sus dedos de madera, intentando dar en una diana al otro lado de la habitación. No supo que tenía visita hasta que Dorothy exclamó:

— ¡Pero si es el mismísimo Jack Cabezcalabaza!

Se volvió y los vio, y enseguida se acercó a saludar a la pequeña niña de Kansas y a Nick Chopper, y a que le presentaran a sus nuevos amigos.

Botón-Brillante al principio se mostró algo tímido con el estrafalario Cabezcalabaza, pero la cara de Jack era tan alegre y sonriente —pues así la tenía tallada— que el niño pronto empezó a gustarle.

— Hace un momento creía que estabas enterrado en tres partes —dijo Dorothy—, pero ahora veo que eres igual que siempre.

— No exactamente igual, querida, pues la boca se me ha quedado un poco más torcida de un lado que antes; pero casi igual. Tengo una cabeza nueva, y esta es la cuarta que he tenido desde que Ozma me hizo y me trajo a la vida rociándome con el Polvo Mágico.

— ¿Qué fue de las otras cabezas, Jack?

— Se pudrieron y las enterré, pues ya ni para pasteles servían. Cada vez Ozma me ha tallado una cabeza nueva igualita a la anterior, y como el cuerpo es con mucho la parte mayor de mí, sigo siendo Jack Cabezcalabaza por mucho que cambie la parte de arriba. Una vez tuvimos muchas dificultades para encontrar otra calabaza porque no era la temporada, y así me vi obligado a llevar la cabeza vieja un poco más de lo que era estrictamente saludable. Pero después de esta triste experiencia decidí cultivar calabazas yo mismo para no quedarme nunca sin una a mano; y ahora tengo este hermoso campo que ven. Algunas crecen bastante grandes —demasiado grandes para servir de cabeza—, así que vacié una y la uso de casa.

— ¿No es húmeda? —preguntó Dorothy.

— No mucho. Ya casi no queda más que la corteza, ya ven, y durará mucho tiempo todavía.

—Creo que eres más listo que antes, Jack —dijo el Leñador de Hojalata—. La última cabeza era bastante torpe.

—Las pepitas de esta son mejores —fue la respuesta.

—¿Vas a ir a la fiesta de Ozma? —preguntó Dorothy.

—Sí —dijo él—; no me lo perdería por nada del mundo. Ozma es mi progenitora, ya saben, porque construyó mi cuerpo y me talló la cabeza de calabaza. Os seguiré a la Ciudad Esmeralda mañana, donde volveremos a encontrarnos. Hoy no puedo ir porque tengo que plantar pepitas de calabaza frescas y regar las matas jóvenes. Pero dadme recuerdos a Ozma y decidle que estaré allí a tiempo para la celebración.

—Lo haremos —prometió ella; y luego todos le dejaron y reanudaron el camino.

XVII - LLEGA EL CARRUAJE REAL

Las pulcras casas amarillas de los Winkies aparecían ya aquí y allá a lo largo de la calzada, dándole al país un aspecto más alegre y civilizado. Eran casas de labranza, sin embargo, y estaban muy dispersas; pues en el País de Oz no había pueblos ni aldeas, excepto la magnífica Ciudad Esmeralda en su centro.

Setos de siemprevivas o de rosas amarillas bordeaban la ancha carretera, y las granjas mostraban el cuidado de sus industriosos habitantes. Cuanto más se acercaban los viajeros a la gran ciudad, más próspero se volvía el campo, y cruzaron muchos puentes sobre los riachuelos y arroyos centelleantes que regaban las tierras.

Mientras caminaban despacio, el hombre andrajoso le dijo al Leñador de Hojalata:

—¿Qué clase de Polvo Mágico fue el que hizo vivir a su amigo Cabezcalabaza?

—Se llamaba el Polvo de la Vida —fue la respuesta—, y lo inventó un Hechicero torcido que vivía en las montañas del País del Norte. Una Bruja llamada Mombi consiguió algo de este polvo del Hechicero torcido y se lo llevó a casa. Ozma vivía entonces con la Bruja, pues era antes de que se convirtiera en nuestra Princesa, mientras Mombi la había transformado en la forma de un niño. Pues bien, mientras Mombi estaba fuera, en casa del Hechicero torcido, el niño hizo este hombre-cabeza-de-calabaza para entretenerse, y también con la esperanza de asustar a la Bruja cuando regresara. Pero Mombi no se asustó, y roció al Cabezcalabaza con su Polvo Mágico de la Vida, para ver si el Polvo funcionaba. Ozma estaba mirando, y vio cómo Cabezcalabaza cobraba vida; así que esa noche cogió el bote con el Polvo y huyó con él y con Jack, en busca de aventuras.

»Al día siguiente encontraron un Caballero de Madera que estaba junto al camino, y lo rociaron con el Polvo. Cobró vida al instante, y Jack Cabezcalabaza montó en el Caballero de Madera hasta la Ciudad Esmeralda.

—¿Qué fue del Caballero de Madera después? —preguntó el hombre andrajoso, muy interesado en esta historia.

—Oh, sigue vivo, y probablemente lo vea pronto en la Ciudad Esmeralda. Después, Ozma usó el último del Polvo para dar vida al Gump Volador; pero en cuanto este la había llevado lejos de sus enemigos, el Gump fue desmontado, de modo que ya no existe.

—Es una lástima que se gastara todo el Polvo de la Vida —comentó el hombre andrajoso—; sería muy útil tener a mano.

—No estoy tan seguro de eso, señor —respondió el Leñador de Hojalata—. Hace algún tiempo el Hechicero torcido que inventó el Polvo Mágico cayó por un precipicio y murió. Todos sus bienes pasaron a una parienta suya: una anciana llamada Dyna, que vive en la Ciudad Esmeralda. Ella fue a las montañas donde había vivido el Hechicero y se llevó todo lo que le pareció de valor. Entre ello había un pequeño frasco del Polvo de la Vida; pero Dyna, por supuesto, no sabía en absoluto que era un Polvo Mágico. Resulta que en una época había tenido de mascota un gran oso azul; pero el

oso murió atragantado con una espina de pescado un día, y ella le tenía tanto cariño que Dyna hizo una alfombra con su piel, dejando en ella la cabeza y las cuatro patas. Tenía la alfombra en el suelo de su salón.

—He visto alfombras así —dijo el hombre andrajoso, asintiendo—, pero nunca una hecha de oso azul.

—Pues bien —continuó el Leñador de Hojalata—, la anciana tuvo la idea de que el Polvo del frasco debía de ser polvos antipolillas, porque olía algo parecido; así que un día lo roció sobre la alfombra de oso para mantenerla a salvo de las polillas. Y dijo, mirando cariñosamente la piel: «¡Ojalá mi querido oso estuviera vivo de nuevo!» Para su horror, la alfombra de oso cobró vida al instante al haber sido rociada con el Polvo Mágico; y ahora esta alfombra viva es una gran contrariedad para ella y le da muchos quebraderos de cabeza.

—¿Por qué? —preguntó el hombre andrajoso.

—Pues porque se pone de pie sobre las cuatro patas y anda por todas partes metiéndose en medio, y eso la arruina como alfombra. No puede hablar, aunque esté viva; pues, si bien la cabeza podría decir palabras, no tiene aliento en el cuerpo hueco para empujarlas fuera de la boca. Es un asunto muy endeble en todos los aspectos, esa alfombra de oso, y la anciana se arrepiente de que haya cobrado vida. Todos los días tiene que regañarla y obligarla a tumbarse plana en el suelo del salón para que se pueda pasar por encima; pero a veces, cuando la anciana va al mercado, la alfombra se encierra sobre sí misma, se pone sobre las cuatro patas y va trotando tras ella.

—Yo creía que a Dyna le gustaría eso —dijo Dorothy.

—Pues no; porque todo el mundo sabe que no es un oso de verdad, sino solo una piel hueca, y por tanto completamente inútil en el mundo salvo como alfombra —respondió el Leñador de Hojalata—. Por eso creo que es bueno que todo el Polvo Mágico de la Vida se haya gastado ya, pues no puede causar más problemas.

—Quizás tenga razón —dijo el hombre andrajoso, pensativo.

A mediodía se detuvieron en una granja, donde el labrador y su esposa se alegraron enormemente de poder ofrecerles un buen almuerzo. Los granjeros conocían a Dorothy, pues la habían visto cuando estuvo en el país

antes, y trataban a la niña con tanto respeto como al Emperador, por ser amiga de la poderosa Princesa Ozma.

No habían avanzado mucho tras dejar esta granja cuando llegaron a un puente alto sobre un río ancho. Este río, les informó el Leñador de Hojalata, era el límite entre el País de los Winkies y el territorio de la Ciudad Esmeralda. La ciudad en sí quedaba todavía lejos, pero a su alrededor había un prado verde tan bonito como un jardín bien cuidado, y en él no había casas ni granjas que estropeasen la belleza del paisaje.

Desde lo alto del puente se veían a lo lejos los magníficos chapiteles y las espléndidas cúpulas de la soberbia ciudad, centelleando como brillantes joyas sobre las murallas esmeralda. El hombre andrajoso tomó una honda bocanada de asombro y admiración, pues nunca había soñado que pudiera existir un lugar tan grandioso y hermoso, ni siquiera en el país de las hadas de Oz.

Poli estaba tan complacida que sus ojos violetas brillaban como amatistas, y salió bailando de entre sus compañeros, cruzó el puente y se adentró en un grupo de árboles plumosos que bordeaban ambos lados del camino. Se detuvo a mirarlos con placer y sorpresa, pues sus hojas tenían forma de plumas de avestruz con los bordes bellamente rizados, y todas las plumas estaban teñidas con los mismos delicados tonos de arcoíris que aparecían en el propio vestido de gasa de Policroma.

—Papá debería ver estos árboles —murmuró—; son casi tan bonitos como sus propios arcoíris.

Luego pegó un salto de terror, pues bajo los árboles avanzaban acechantes dos grandes bestias, cualquiera de las cuales era bastante grande para aplastar a la pequeña Hija del Arcoíris de un golpe de pata, o para tragársela de un bocado de sus enormes fauces. Una era un león leonado, casi tan alto como un caballo; la otra un tigre rayado de casi el mismo tamaño.

Poli estaba demasiado asustada para gritar o moverse; se quedó quieta con el corazón desbocado hasta que Dorothy pasó a su lado corriendo y con una exclamación de alegría echó los brazos alrededor del enorme cuello del león, abrazándolo y besándolo con evidente júbilo.

— ¡Qué alegría volverte a ver! — exclamó la pequeña niña de Kansas—. ¡Y al Tigre Hambriento también! Qué bien os veis los dos. ¿Estáis bien y contentos?

— Desde luego, Dorothy — respondió el León, con una voz profunda que sonaba agradable y bondadosa—; y nos complace enormemente que hayas venido a la fiesta de Ozma. Será un acontecimiento grandioso, te lo prometo.

— Dicen que en la celebración habrá muchos bebés gorditos — comentó el Tigre Hambriento, bostezando tan ampliamente que su boca se abrió de manera espantosa y mostró todos sus grandes dientes afilados—; pero claro está que no puedo comerme a ninguno.

— ¿Sigue en buen estado tu Conciencia? — preguntó Dorothy, con inquietud.

— Sí; me gobierna como un tirano — respondió el Tigre, con tristeza—. No imagino nada más desagradable que tener Conciencia — y le hizo un guiño a su amigo el León.

— ¡Me estás tomando el pelo! — dijo Dorothy, riéndose—. No creo que te comieras a un bebé aunque perdieras la Conciencia. Ven aquí, Poli — llamó —, te voy a presentar a mis amigos.

Poli se acercó con algo de timidez.

— Tienes unos amigos muy raros, Dorothy — dijo.

— La rareza no importa mientras sean amigos — fue la respuesta—. Este es el León Cobarde, que no es cobarde en absoluto, sino que solo se cree que lo es. El Mago le dio valor en cierta ocasión, y todavía le queda parte de él.

El León se inclinó ante Poli con gran dignidad.

— Sois muy hermosa, querida — dijo—. Espero que seamos amigos cuando nos conozcamos mejor.

— Y este es el Tigre Hambriento — continuó Dorothy—. Dice que ansía comerse bebés gorditos; pero la verdad es que nunca tiene hambre, porque come bien, y no creo que le hiciera daño a nadie aunque la tuviera.

—Calla, Dorothy —susurró el Tigre—; arruinarás mi reputación si no eres más discreta. En este mundo no importa lo que somos, sino lo que la gente cree que somos. Y pensándolo bien, estoy seguro de que la señorita Poli haría un variado desayuno de primera.

XVIII - LA CIUDAD ESMERALDA

Los demás se acercaron ahora, y el Leñador de Hojalata saludó al León y al Tigre cordialmente. Botón-Brillante gritó de miedo cuando Dorothy lo cogió de la mano y lo llevó hacia las grandes bestias; pero la niña insistió en que eran bondadosas y buenas, y el niño reunió el valor suficiente para acariciarles la cabeza. Cuando las bestias le hablaron con dulzura y él miró sus ojos inteligentes, el miedo se le desvaneció del todo y le gustaron tanto los animales que quería mantenerse cerca de ellos y acariciarles el suave pelaje a cada momento.

En cuanto al hombre andrajoso, quizá se habría asustado si hubiera encontrado a las bestias solo o en cualquier otro país; pero en el País de Oz había tantas maravillas que ya no se sorprendía fácilmente, y la amistad de Dorothy con el León y el Tigre bastaba para asegurarle que eran compañía segura. Toto le ladró al León Cobarde en alegre saludo, pues conocía a la bestia de antes y le quería, y era gracioso ver cómo el León levantaba su enorme pata para acariciar la cabeza de Toto. El perrito olisqueó la nariz del Tigre, y el Tigre le estrechó la pata cortésmente; de modo que lo más probable era que se hicieran buenos amigos.

Tik-tok y Billina conocían bien a las bestias, así que simplemente les dieron los buenos días y preguntaron por su salud y por la Princesa Ozma.

Solo entonces se vio que el León Cobarde y el Tigre Hambriento tiraban detrás de ellos de un espléndido carruaje dorado al que iban enganchados

con cordones de oro. La carrocería del carruaje estaba decorada por fuera con diseños de racimos de esmeraldas centelleantes, mientras que por dentro estaba forrada de satén verde y dorado, y los cojines de los asientos eran de peluche verde bordado en oro con una corona, bajo la cual había un monograma.

— ¡Pero si es el carruaje real propio de Ozma! — exclamó Dorothy.

— Sí — dijo el León Cobarde —; Ozma nos envió a recibirte aquí, pues temía que estuvieras cansada tras la larga caminata y quería que entraras a la Ciudad con el esplendor correspondiente a tu exaltado rango.

— ¡Cómo! — exclamó Poli, mirando a Dorothy con curiosidad —. ¿Perteneces tú a la nobleza?

— Solo en Oz — dijo la niña —, porque Ozma me hizo princesa, ya saben. Pero cuando estoy en casa en Kansas soy solo una niña del campo, y tengo que ayudar a batir la mantequilla y secar los platos mientras la tía Em los fríega. ¿Tienes que ayudar a fregar los platos en el arcoíris, Poli?

— No, querida — respondió Policroma, sonriendo.

— Tampoco tengo que trabajar nada en Oz — dijo Dorothy —. Es muy agradable ser princesa de vez en cuando, ¿no les parece?

— Dorothy, Policroma y Botón-Brillante irán todos en el carruaje — dijo el León —. Así que subid, queridos, y tened cuidado de no rayar el oro ni de poner los pies polvorientos en el bordado.

Botón-Brillante estaba encantado de ir detrás de tan espléndida pareja, y le dijo a Dorothy que se sentía como un artista de circo. A medida que las zancadas de los animales los acercaban a la Ciudad Esmeralda, todos se inclinaban respetuosamente ante los niños, así como ante el Leñador de Hojalata, Tik-tok y el hombre andrajoso, que iban detrás.

La Gallina Amarilla se había posado en la parte trasera del carruaje, desde donde podía contarle más cosas a Dorothy sobre sus maravillosos pollitos mientras viajaban. Y así el gran carruaje llegó por fin a la alta muralla que rodeaba la Ciudad, y se detuvo ante las magníficas puertas tachonadas de joyas.

Estas las abrió un hombrecillo de aspecto alegre que llevaba gafas verdes sobre los ojos. Dorothy lo presentó a sus amigos como el Guardián de las

Puertas, y notaron un gran manojó de llaves colgando de la cadena dorada que le rodeaba el cuello. El carruaje pasó por las puertas exteriores hasta una hermosa cámara abovedada construida en el espesor de la muralla, y luego por las puertas interiores hasta las calles de la Ciudad Esmeralda.

Policroma lanzó exclamaciones de arrobamiento ante la maravillosa belleza que sus ojos encontraban por todas partes mientras recorrían aquella majestuosa e imponente Ciudad, cuya igual nunca ha sido hallada, ni siquiera en el país de las hadas. Botón-Brillante solo podía decir «¡Caramba!», tan asombroso era el espectáculo; pero tenía los ojos muy abiertos e intentaba mirar en todas las direcciones al mismo tiempo para no perderse nada.

El hombre andrajoso quedó francamente atónito ante lo que veía, pues los edificios esbeltos y hermosos estaban revestidos de placas de oro y engastados con esmeraldas tan espléndidas y valiosas que en cualquier otra parte del mundo cualquiera de ellas habría valido una fortuna a su dueño. Las aceras eran losas de mármol superbo, pulidas como el cristal, y los bordillos que separaban los andenes de la ancha calzada estaban también densamente tachonados de esmeraldas en racimos. Por los andenes había mucha gente: hombres, mujeres y niños, todos vestidos con hermosas prendas de seda, satén o terciopelo, con bellas joyas. Y mejor aún: todos parecían felices y contentos, pues sus rostros sonreían y estaban libres de preocupaciones, y por todas partes se oían música y risas.

—¿Aquí no trabajan? —preguntó el hombre andrajoso.

—Claro que trabajan —respondió el Leñador de Hojalata—; esta hermosa ciudad no podría construirse ni cuidarse sin trabajo, ni tampoco podrían obtenerse las frutas y verduras y demás alimentos que sus habitantes necesitan. Pero nadie trabaja más de la mitad de su tiempo, y la gente de Oz disfruta del trabajo tanto como del descanso.

—¡Es maravilloso! —declaró el hombre andrajoso—. De veras espero que Ozma me permita vivir aquí.

El carruaje, serpenteando por encantadoras calles, se detuvo ante un edificio tan vasto y noble y elegante que incluso Botón-Brillante adivinó de inmediato que era el Palacio Real. Sus jardines y amplios terrenos estaban rodeados de una muralla separada, no tan alta ni gruesa como la que rodea-

ba la Ciudad, pero de diseño más delicado y construida toda de mármol verde. Las puertas se abrieron de par en par cuando el carruaje apareció ante ellas, y el León Cobarde y el Tigre Hambriento trotaron por una avenida enjorjada hasta la puerta principal del palacio y se detuvieron.

— ¡Ya hemos llegado! — dijo Dorothy, alegremente, y ayudó a bajar a Botón-Brillante del carruaje. Policroma saltó ligera tras ellos, y los recibió una multitud de criados magníficamente vestidos que se inclinaron profundamente mientras los visitantes subían los escalones de mármol. Al frente de ellos había una bonita doncella de pelo y ojos oscuros, vestida toda de verde bordado en plata. Dorothy corrió hacia ella con evidente alegría y exclamó:

— ¡Oh, Jellia Jamb! Qué contenta estoy de volverte a ver. ¿Dónde está Ozma?

— En sus aposentos, vuestra alteza — respondió la doncella con modestia, pues esta era la asistente favorita de Ozma —. Desea que vayáis a verla en cuanto hayáis descansado y os hayáis cambiado de ropa, princesa Dorothy. Y vos y vuestros amigos cenaréis con ella esta noche.

— ¿Cuándo es su cumpleaños, Jellia? — preguntó la niña.

— Pasado mañana, vuestra alteza.

— ¿Y dónde está el Espantapájaros?

— Ha ido al país de los Munchkins a buscar paja fresca para rellenarse, en honor a la celebración de Ozma — respondió la doncella —. Dijo que mañana regresaría a la Ciudad Esmeralda.

Para entonces, Tik-tok, el Leñador de Hojalata y el hombre andrajoso habían llegado, y el carruaje había rodeado hasta la parte trasera del palacio, yendo Billina con el León y el Tigre para ver a sus pollitos tras su ausencia. Pero Toto se quedó bien pegado a Dorothy.

— Por favor, pasen — dijo Jellia Jamb —; tendremos el placer de acompañarlos a todos a las habitaciones preparadas para su uso.

El hombre andrajoso dudó. Dorothy nunca le había visto avergonzarse de su aspecto andrajoso antes; pero ahora que estaba rodeado de tanta magnificencia y esplendor, el hombre andrajoso se sentía tristemente fuera de lugar.

Dorothy le aseguró que todos sus amigos eran bienvenidos en el palacio de Ozma, así que él se sacudió cuidadosamente los andrajosos zapatos con su andrajoso pañuelo y entró en el gran vestíbulo detrás de los demás.

Tik-tok vivía en el Palacio Real, y el Leñador de Hojalata tenía siempre la misma habitación cuando visitaba a Ozma, de modo que estos dos fueron de inmediato a quitarse el polvo del viaje de sus brillantes cuerpos. Dorothy también tenía una bonita suite de habitaciones que ocupaba siempre que estaba en la Ciudad Esmeralda; pero varios criados caminaron delante con cortesía para enseñarle el camino, aunque ella estaba bastante segura de poder encontrarlas sola. Llevó consigo a Botón-Brillante, porque le parecía demasiado pequeño para quedarse solo en un palacio tan grande; pero fue la propia Jellia Jamb quien acompañó a la hermosa Hija del Arcoíris a sus aposentos, pues era fácil ver que Policroma estaba acostumbrada a los palacios espléndidos y tenía por tanto derecho a una atención especial.

XIX - LA BIENVENIDA AL HOMBRE ANDRAJOSO

El hombre andrajoso estaba de pie en el gran vestíbulo, el andrajoso sombrero en las manos, preguntándose qué sería de él. Nunca había sido huésped en un palacio lujoso; quizás nunca había sido huésped en ningún sitio. En el grande y frío mundo exterior la gente no invitaba a los hombres andrajosos a sus casas, y nuestro hombre andrajoso había dormido más en pajares y establos que en habitaciones cómodas. Cuando los demás dejaron el gran vestíbulo, miraba a los criados espléndidamente vestidos de la princesa Ozma como si esperase que le echaran; pero uno de ellos se inclinó ante él con tanto respeto como si hubiera sido un príncipe, y dijo:

—Permitidme, señor, que os conduzca a vuestros aposentos.

El hombre andrajoso tomó aliento y se armó de valor.

—Muy bien —respondió—. Estoy listo.

Cruzaron el gran vestíbulo, subieron la gran escalera alfombrada con espeso terciopelo, y recorrieron un ancho corredor hasta una puerta tallada. Aquí el criado se detuvo, y abriendo la puerta dijo con deferencia cortés:

—Sed tan amables de entrar, señor, y sentiros como en casa en las habitaciones que nuestra Real Ozma ha ordenado preparar para vos. Todo lo que veis es para vuestro uso y disfrute, como si fuera propio. La Princesa cena a las siete, y yo estaré aquí con tiempo para llevaros al salón, donde tendréis el honor de conocer a la adorable Soberana de Oz. ¿Hay alguna orden, entretanto, con la que deseéis honrarme?

—No —dijo el hombre andrajoso—; pero os lo agradezco mucho.

Entró en la habitación y cerró la puerta, y por un momento se quedó sin saber qué hacer, admirando la suntuosidad que tenía ante él.

Le habían dado uno de los aposentos más hermosos del palacio más magnífico del mundo, y no ha de sorprender que su buena fortuna le dejara estupefacto y sobrecogido hasta que fue acostumbrándose a lo que le rodeaba.

Los muebles estaban tapizados en tela de oro, con la corona real bordada en ella de color escarlata. La alfombra sobre el suelo de mármol era tan espesa y suave que no se oía el sonido de sus propios pasos, y en las paredes había espléndidos tapices tejidos con escenas del País de Oz. Libros y adornos estaban diseminados por doquier, y el hombre andrajoso pensó que nunca había visto tantas cosas bonitas juntas en un mismo lugar. En un rincón manaba una fuente tintineante de agua perfumada, y en otro había una mesa con una bandeja dorada cargada de fruta recién cogida, entre ella varias de las manzanas de mejillas rojas que tanto le gustaban al hombre andrajoso.

Al fondo de esta encantadora sala había un vano abierto, y se acercó a él para encontrarse en un dormitorio que contenía más comodidades de las que el hombre andrajoso había imaginado jamás. La cama era de oro y estaba engastada de brillantes diamantes, y la colcha tenía diseños de perlas y rubíes cosidos en ella. A un lado del dormitorio había un elegante tocador con armarios que contenían una amplia variedad de ropa nueva; y más allá estaba el baño: una gran sala con una piscina de mármol suficientemente grande para nadar, con escalones de mármol blanco que bajaban hasta el

agua. Alrededor del borde de la piscina había hileras de finas esmeraldas tan grandes como pomos de puerta, y el agua del baño era clara como el cristal.

Por un rato el hombre andrajoso contempló todo aquel lujo en silencioso asombro. Luego decidió, siendo sabio a su manera, aprovecharse de su buena fortuna. Se quitó los andrajosos zapatos y la ropa andrajosa, y se bañó en la piscina con verdadero placer. Después de secarse con las suaves toallas, fue al tocador y sacó ropa interior limpia de los cajones y se la puso, comprobando que todo le quedaba exactamente a la medida. Examinó el contenido de los armarios y escogió un elegante traje. Lo curioso era que todo en él era andrajoso, aunque tan nuevo y hermoso, y suspiró con satisfacción al comprobar que podía vestir con elegancia y seguir siendo el hombre andrajoso. El abrigo era de terciopelo color rosa, adornado con flecos y borlas, con botones de rubíes rojo sangre y ribetes dorados en los bordes. El chaleco era de satén andrajoso de un delicado color crema, y los calzones hasta la rodilla de terciopelo rosa adornado como el abrigo. Medias de seda andrajosas y crema, y zapatillas andrajosas de cuero rosa con hebillas de rubíes, completaban el traje, y cuando estuvo así ataviado el hombre andrajoso se miró en un espejo largo con gran complacencia. Sobre una mesa encontró un cofre de nácar decorado con delicadas vides de plata y flores de rubíes en racimos, y en la tapa había una placa de plata grabada con estas palabras:

El Hombre Andrajoso: su estuche de adornos

El cofre no estaba cerrado, así que lo abrió y casi le cegó el brillo de las ricas joyas que contenía. Tras admirar las bonitas cosas, sacó un fino reloj de oro con una gran cadena, varios hermosos anillos para los dedos, y un adorno de rubíes para prenderse en la pechera de la andrajosa camisa. Habiéndose cepillado cuidadosamente el pelo y los bigotes en la dirección equivocada para hacerlos lo más andrajosos posible, el hombre andrajoso dejó escapar un hondo suspiro de júbilo y decidió que estaba listo para recibir a la Real Princesa en cuanto lo mandara llamar. Mientras esperaba, volvió a la hermosa sala y se comió varias manzanas de mejillas rojas para hacer pasar el rato.

Entretanto, Dorothy se había vestido con un bonito traje de suave gris bordado en plata, y había puesto a Botón-Brillante un traje de satén azul y dorado, con el que el niño parecía un querubín. Seguida del niño y de Toto —el perro con un nuevo lazo verde al cuello— se apresuró a bajar al es-

pléndido salón del palacio, donde, sentada sobre un exquisito trono de malaquita tallada y arropada entre sus cojines de satén verde, estaba la adorable Princesa Ozma, esperando ansiosa para dar la bienvenida a su amiga.

XX - LA PRINCESA OZMA DE OZ

Los historiadores reales de Oz, que son buenos escritores y conocen un sinfín de palabras grandiosas, han intentado a menudo describir la rara belleza de Ozma y no lo han conseguido porque las palabras no estaban a la altura. Así que, desde luego, yo no puedo esperar contaros cuán grande era el encanto de esta pequeña Princesa, ni cómo su hermosura dejaba en ridículo todas las joyas centelleantes y el lujo magnífico que la rodeaba en su palacio real. Todo lo que en sí mismo era bello o delicado o encantador palidecía hasta la vulgaridad cuando se contrastaba con el rostro hechicero de Ozma, y quienes la conocen dicen a menudo que ningún otro soberano en todo el mundo puede esperar igualar la gracia encantadora de sus modales.

Todo en Ozma atraía, e inspiraba amor y la más dulce ternura más que admiración o reverencia corriente. Dorothy la rodeó con los brazos y la abrazó y besó con arrobamiento, Toto ladró alborozado y Botón-Brillante sonrió una sonrisa feliz y consintió en sentarse sobre los cojines suaves junto a la Princesa.

—¿Por qué no me mandaste aviso de que ibas a tener una fiesta de cumpleaños? —preguntó la pequeña niña de Kansas, cuando los primeros saludos hubieron pasado.

—¿Acaso no lo hice? —preguntó Ozma, sus bonitos ojos bailando de regocijo.

—¿Lo hiciste? —respondió Dorothy, intentando recordar.

—¿Quién crees tú, querida, que enredó esos caminos para mandarte hacia Oz? —inquirió la Princesa.

—¡Oh! Nunca te habría supuesto eso —exclamó Dorothy.

—Te he observado en mi Cuadro Mágico todo el camino hasta aquí —declaró Ozma—, y dos veces creí que tendría que usar el Cinturón Mágico para salvarte y transportarte a la Ciudad Esmeralda. Una fue cuando los Scoodlers te capturaron, y la otra cuando llegaste al Desierto Mortífero. Pero el hombre andrajoso pudo ayudarte en ambas ocasiones, de modo que no intervine.

—¿Sabes quién es Botón-Brillante? —preguntó Dorothy.

—No; nunca le vi hasta que lo encontraste en el camino, y entonces solo en mi Cuadro Mágico.

—¿Y enviaste tú a Poli a nuestro encuentro?

—No, querida; la Hija del Arcoíris se deslizó desde el bonito arco de su padre justo a tiempo para encontrarlos.

—Pues bien —dijo Dorothy—, le prometí al Rey Dox de Zorrolandia y al Rey Pataquea de Borriquilandia que te pediría que los invitases a tu fiesta.

—Ya lo he hecho —respondió Ozma—, porque pensé que te alegraría favorecerles.

—¿Invitaste al músico? —preguntó Botón-Brillante.

—No; porque haría demasiado ruido y podría incomodar a los demás. Cuando la música no es muy buena y se practica constantemente, es mejor que el intérprete esté solo —dijo la Princesa.

—A mí me gusta la música del músico —declaró el niño, con seriedad.

—Pues a mí no —dijo Dorothy.

—Habrà mucha música en mi celebración —prometió Ozma—; así que creo que Botón-Brillante no echará nada de menos al músico.

En ese momento entró Policroma bailando, y Ozma se levantó a recibir a la Hija del Arcoíris con la mayor dulzura y cordialidad.

Dorothy pensó que nunca había visto juntas dos criaturas más bonitas que estas adorables doncellas; pero Poli comprendió enseguida que su propia

delicada belleza no podía igualarse a la de Ozma, y no sintió la menor envidia por ello.

Fue anunciado el Mago de Oz, y un hombrecillo seco y anciano, vestido todo de negro, entró en el salón. Tenía la cara alegre y los ojos chispeantes de humor, de modo que Poli y Botón-Brillante no le tuvieron el menor miedo a aquel personaje maravilloso cuya fama como mago embustero se había extendido por todo el mundo. Tras saludar a Dorothy con mucho afecto, se quedó modestamente detrás del trono de Ozma y escuchó el animado parloteo de los jóvenes.

Entonces apareció el hombre andrajoso, y su aspecto era tan sorprendente, todo vestido con su nueva ropa andrajosa, que Dorothy exclamó «¡Oh!» y se llevó las manos al pecho involuntariamente mientras examinaba a su amigo con ojos complacidos.

— Sigue igual de andrajoso — comentó Botón-Brillante; y Ozma asintió con brillo en los ojos porque había sido su intención que el hombre andrajoso siguiera siendo andrajoso cuando le proporcionó la ropa nueva.

Dorothy lo llevó hacia el trono, pues estaba tímido en tan distinguida compañía, y lo presentó a la Princesa con gracia, diciendo:

— Esta, vuestra alteza, es mi amigo el hombre andrajoso, que es dueño del Imán del Amor.

— Sois bienvenido a Oz — dijo la joven Soberana, con acento gracioso—. Pero decidme, señor, ¿dónde obtuvisteis el Imán del Amor del que decís ser dueño?

El hombre andrajoso se puso rojo y bajó la vista, mientras respondía en voz baja:

— Lo robé, vuestra majestad.

— ¡Oh, hombre andrajoso! — exclamó Dorothy —. ¡Qué terrible! ¡Y me dijiste que el esquimal te había regalado el Imán del Amor!

Él se removió primero sobre un pie y luego sobre el otro, muy avergonzado.

— Te dije una mentira, Dorothy — dijo —; pero ahora, habiendo me bañado en el Estanque de la Verdad, no puedo decir nada más que la verdad.

—¿Por qué lo robaste? —preguntó Ozma, con dulzura.

—Porque nadie me quería ni se preocupaba por mí —dijo el hombre andrajoso—, y yo quería que me quisieran mucho. Era de una chica de Butterfield a la que querían demasiado, de modo que los jóvenes se peleaban por ella, lo cual la hacía desdichada. Después de que yo le robara el Imán, solo un joven siguió queriéndola, y ella se casó con él y recobró la felicidad.

—¿Os arrepentís de haberlo robado? —preguntó la Princesa.

—No, vuestra alteza; me alegra haberlo hecho —respondió—; pues me ha complacido que me quieran, y si Dorothy no hubiera sentido afecto por mí, no habría podido acompañarla a este hermoso País de Oz, ni conocer a su bondadosa Soberana. Ahora que estoy aquí espero quedarme y convertirme en uno de los súbditos más fieles de vuestra majestad.

—Pero en Oz nos quieren por lo que somos, y por nuestra bondad entre nosotros, y por nuestras buenas obras —dijo ella.

—Renunciaré al Imán del Amor —dijo el hombre andrajoso, con presteza—; que se lo quede Dorothy.

—Pero todo el mundo quiere ya a Dorothy —declaró el Mago.

—Pues entonces que se lo quede Botón-Brillante.

—No lo quiero —dijo el niño, de inmediato.

—Pues se lo daré al Mago, pues estoy seguro de que la adorable Princesa Ozma no lo necesita.

—Toda mi gente quiere también al Mago —anunció la Princesa, riendo—; así que colgaremos el Imán del Amor sobre las puertas de la Ciudad Esmeralda, para que todo el que entre o salga por las puertas sea amado y amante.

—Es una buena idea —dijo el hombre andrajoso—; la acepto de muy buena gana.

Los presentes fueron luego a cenar, que como pueden imaginar fue un gran acontecimiento; y después Ozma le pidió al Mago que les diera una muestra de su magia.

El Mago sacó de un bolsillo interior ocho diminutos cerditos blancos y los puso sobre la mesa. Uno iba vestido de payaso y hacía graciosas piruetas, y los demás saltaban por encima de las cucharas y los platos y corrían alrededor de la mesa como caballos de carreras, y daban volteretas y eran tan vivarachos y graciosos que mantuvieron a la compañía en una carcajada continua. El Mago había adiestrado a estos animales para hacer muchas cosas curiosas, y eran tan pequeños y tan encantadores y suaves que Policroma los cogía en brazos cada vez que pasaban cerca de su sitio y los mimaba como si fueran gatitos.

Era tarde cuando terminó la función, y se separaron para ir a sus habitaciones.

—Mañana —dijo Ozma— llegarán mis invitados, y entre ellos encontrarán algunos personajes interesantes y curiosos, os lo prometo. Al día siguiente será mi cumpleaños, y los festejos se celebrarán en el gran prado verde situado justo fuera de las puertas de la Ciudad, donde todo mi pueblo podrá congregarse sin apretujarse.

—Espero que el Espantapájaros no llegue tarde —dijo Dorothy, inquieta.

—Oh, seguro que regresa mañana —respondió Ozma—. Quería paja nueva para rellenarse, así que fue al país de los Munchkins, donde la paja abunda.

Con esto la Princesa dio las buenas noches a sus huéspedes y se fue a sus aposentos.

XXI - DOROTHY RECIBE A LOS INVITADOS

A la mañana siguiente, el desayuno de Dorothy fue servido en su bonita salita, y mandó invitar a Poli y al hombre andrajoso a reunirse con ella y

Botón-Brillante para la comida. Vinieron encantados, y Toto también desayunó con ellos, de modo que el pequeño grupo que había viajado juntos a Oz quedó de nuevo reunido.

Apenas habían terminado de comer cuando oyeron a lo lejos el toque de muchas trompetas y el sonido de una banda de bronce tocando música marcial; así que todos salieron al balcón. Este daba a la parte delantera del palacio y dominaba las calles de la Ciudad, siendo más alto que la muralla que cerraba los terrenos del palacio. Vieron que por la calle se acercaba una banda de músicos, tocando tan fuerte y tan alto como podían, mientras la gente de la Ciudad Esmeralda llenaba los andenes y vitoreaba con tanto entusiasmo que casi ahogaba el ruido de los tambores y los cuernos.

Dorothy miró para ver qué estaban vitoreando, y descubrió que detrás de la banda estaba el famoso Espantapájaros, montado orgullosamente en el lomo de un Caballero de Madera que avanzaba por la calle casi con tanta gracia como si estuviera hecho de carne. Sus cascos, o más bien los extremos de sus patas de madera, estaban herrados con placas de oro macizo, y la silla atada al cuerpo de madera estaba ricamente bordada y resplandecía de joyas.

Al llegar al palacio el Espantapájaros miró hacia arriba y vio a Dorothy, y al instante le agitó el gorro puntiagudo en señal de saludo. Subió hasta la puerta principal y desmontó, y la banda dejó de tocar y se fue, y las multitudes de gente volvieron a sus casas.

Para cuando Dorothy y sus amigos habían vuelto a entrar en su sala, el Espantapájaros ya estaba allí, y dio a la niña un fuerte abrazo y estrechó las manos de los demás con sus propias manos esponjosas, que eran guantes blancos rellenos de paja.

El hombre andrajoso, Botón-Brillante y Policroma miraban fijamente a este célebre personaje, reconocido como el hombre más popular y querido de todo el País de Oz.

—¡Pero si te han pintado la cara de nuevo! —exclamó Dorothy, cuando hubieron pasado los primeros saludos.

—Me la retocaron un poco el granjero Munchkin que me hizo por primera vez —respondió el Espantapájaros, afablemente—. Mi tez se había vuelto un poco gris y desteñida, ya saben, y la pintura se había descascaril-

lado en un extremo de la boca, de modo que no podía hablar del todo derecho. Ahora me siento como yo mismo de nuevo, y puedo decir sin inmodestia que mi cuerpo está relleno de la paja de avena más bonita de todo Oz. — Se golpeó el pecho—. ¿Oyen crujir? —preguntó.

—Sí —dijo Dorothy—; sueñas de maravilla.

Botón-Brillante se sintió maravillosamente atraído por el hombre de paja, y Poli también. El hombre andrajoso lo trató con gran respeto, porque estaba hecho de una manera tan singular.

Jellia Jamb vino entonces a decir que Ozma quería que la princesa Dorothy recibiera a los invitados en la Sala del Trono a medida que llegasen. La Soberana estaba ella misma ocupada ordenando los preparativos de los festejos del día siguiente, de modo que quería que su amiga actuase en su lugar.

Dorothy aceptó gustosamente, siendo la única otra Princesa en la Ciudad Esmeralda; así que fue a la gran Sala del Trono y se sentó en el asiento de Ozma, colocando a Poli a su derecha y a Botón-Brillante a su izquierda. El Espantapájaros estaba a la izquierda del trono y el Leñador de Hojalata a la derecha, mientras el maravilloso Mago y el hombre andrajoso estaban detrás.

Entraron el León Cobarde y el Tigre Hambriento, con lazos de cinta nuevos y brillantes en los cuellos y en las colas. Tras saludar a Dorothy con afecto, las enormes bestias se tumbaron a los pies del trono.

Mientras esperaban, el Espantapájaros, que estaba cerca del niño, preguntó:

—¿Por qué te llaman Botón-Brillante?

—No sé —fue la respuesta.

—Claro que sí, cariño —dijo Dorothy—. Cuéntale al Espantapájaros cómo te pusieron el nombre.

—Papá siempre decía que yo era listo como un botón, así que mamá siempre me llamaba Botón-Brillante —declaró el niño.

—¿Dónde está tu mamá? —preguntó el Espantapájaros.

—No sé —dijo Botón-Brillante.

—¿Dónde está tu casa? —preguntó el Espantapájaros.

—No sé —dijo Botón-Brillante.

—¿No quieres encontrar a tu mamá de nuevo? —preguntó el Espantapájaros.

—No sé —dijo Botón-Brillante, con calma.

El Espantapájaros pareció reflexionar.

—Quizás tu papá tenía razón —observó—; pero hay muchas clases de botones, ya ven. Hay botones de plata y de oro, muy pulidos y muy brillantes. Hay botones de nácar y de goma, y otros tipos, con superficies más o menos brillantes. Pero hay todavía otro tipo de botón que está cubierto de tela opaca, y ese debe de ser el tipo que tu papá tenía en mente cuando dijo que eras brillante como un botón. ¿No crees?

—No sé —dijo Botón-Brillante.

Jack Cabezcalabaza llegó con un par de guantes de cabritilla nuevos y blancos, y trajo un regalo de cumpleaños para Ozma consistente en un collar de pepitas de calabaza. En cada pepita había engastada una resplandeciente carolita, que se considera la gema más rara y hermosa que existe. El collar estaba en un estuche de peluche, y Jellia Jamb lo puso sobre la mesa con los demás regalos de la princesa Ozma.

Luego llegó una mujer alta y hermosa vestida con un espléndido vestido de cola, adornado con un encaje tan exquisito como una tela de araña. Era la importante Hechicera conocida como Glinda la Buena, que había prestado una gran ayuda tanto a Ozma como a Dorothy. No había ni pizca de engaño en su magia, podéis estar seguros, y Glinda era tan bondadosa como poderosa. Saludó a Dorothy con gran afecto, besó a Botón-Brillante y a Poli, y sonrió al hombre andrajoso, tras lo cual Jellia Jamb condujo a la Hechicera a una de las habitaciones más magníficas del palacio real y destinó a cincuenta criados para que la atendieran.

La siguiente en llegar fue el Sr. H. M. Woggle-Bug, D. E.; la «H. M.» significando Hugamente Magnificado y la «D. E.» Detalladamente Educado. El Woggle-Bug era catedrático jefe del Real Colegio de Oz, y había compuesto una soberbia Oda en honor del cumpleaños de Ozma. Quería leerla ante todos; pero el Espantapájaros no lo dejó.

Pronto oyeron un cacareo y un coro de «¡pío, pío!», y un criado abrió la puerta de par en par para dejar entrar en la Sala del Trono a Billina y sus diez polluelos esponjosos. Mientras la Gallina Amarilla avanzaba orgullosa al frente de su familia, Dorothy exclamó «¡Oh, qué monada!» y bajó corriendo de su asiento para acariciar las pequeñas bolitas amarillas y lanosas. Billina llevaba un collar de perlas, y alrededor del cuello de cada pollito había una fina cadena de oro con un medallón grabado con la letra D en el exterior.

— Abre los medallones, Dorothy — dijo Billina. La niña obedeció y encontró una foto suya en cada medallón —. Los pusieron tu nombre, querida — continuó la Gallina Amarilla —, así que quise que todos mis polluelos llevaran tu foto. ¡Clo, clo! ¡Venid aquí, Dorothy, ahora mismo! — gritó, pues los pollitos se habían dispersado y andaban revoloteando por toda la gran sala.

Obedecieron la llamada al instante y vinieron corriendo tan deprisa como pudieron, agitando las alas esponjosas de manera graciosísima.

Menos mal que Billina recogió a los pequeños bajo su suave pecho en ese momento, pues entró Tik-tok y se acercó al trono pisando fuerte con sus pies planos de cobre.

— Es-toy to-tal-men-te car-ga-do y fun-cio-no per-fec-ta-men-te — le dijo el hombre de mecanismo a Dorothy.

— Le oigo hacer tic — declaró Botón-Brillante.

— Sois todo un caballero pulido — dijo el Leñador de Hojalata —. Poneos aquí junto al hombre andrajoso, Tik-tok, y ayudad a recibir a la compañía.

Dorothy puso cojines suaves en un rincón para Billina y sus pollitos, y acababa de volver al Trono y de sentarse cuando el toque de la banda real fuera del palacio anunció la llegada de distinguidos invitados.

¡Y vaya si se quedaron boquiabiertos cuando el Gran Chambelán abrió las puertas de par en par y los visitantes entraron en la Sala del Trono!

Primero avanzó un hombre de pan de jengibre, cuidadosamente formado y cocido hasta un bonito tono dorado. Llevaba sombrero de copa y portaba un bastón de caramelo elegantemente rayado de rojo y amarillo. La pechera

y los puños de su camisa eran de glaseado blanco, y los botones del abrigo eran pastillas de regaliz.

Detrás del hombre de jengibre venía un niño de cabello rubio y ojos azules y alegres, vestido con un pijama blanco y sandalias en las plantas de sus bonitos pies descalzos. El niño miraba a su alrededor sonriendo y metía las manos en los bolsillos del pijama. Justo detrás de él venía un gran oso de goma que caminaba erguido sobre las patas traseras. El oso tenía ojos negros y chispeantes, y el cuerpo parecía hinchado a presión.

Tras estos curiosos visitantes venían dos hombres altos y delgados y dos bajos y gordos, los cuatro vestidos con uniformes magníficos.

El Gran Chambelán de Ozma se apresuró entonces a anunciar los nombres de los recién llegados, proclamando en voz alta:

—Su Graciosa y Muy Comestible Majestad, el Rey Masa I, Soberano de los Dos Reinos de Tierralta y Tierrabaja. Asimismo el Bululú Jefe de su Majestad, conocido como Chiqui el Querubín, y su fiel amigo Para Bruin, el oso de goma.

Estos grandes personajes se inclinaron profundamente cuando sus nombres fueron pronunciados, y Dorothy se apresuró a presentarlos a la compañía reunida. Eran los primeros invitados extranjeros en llegar, y los amigos de la princesa Ozma fueron corteses con ellos e intentaron hacerles sentir bienvenidos.

Chiqui el Querubín estrechó la mano a todos, incluida Billina, y era tan alegre y franco y estaba tan lleno de buen humor que el Bululú Jefe de el Rey Masa se convirtió de inmediato en el favorito de todos.

—¿Es niño o niña? —le susurró Dorothy a Botón-Brillante.

—No sé —dijo Botón-Brillante.

—¡Por Dios, qué gente más rara tenéis aquí! —exclamó el oso de goma, contemplando a la compañía reunida.

—Vosotros también —dijo Botón-Brillante, con seriedad—. ¿Está bueno para comer el Rey Masa?

—Está demasiado bueno para comerlo —se rió Chiqui el Querubín.

—Espero que a ninguno de vosotros os guste el pan de jengibre —dijo el Rey, con cierta inquietud.

—Aunque así fuera, nunca se nos ocurriría comernos a nuestros visitantes —declaró el Espantapájaros—; de modo que no se preocupe, pues estará perfectamente a salvo mientras permanezca en Oz.

—¿Por qué te llaman Chiqui? —le preguntó la Gallina Amarilla al niño.

—Porque soy un Bebé de Incubadora y nunca tuve padres —respondió el Bululú Jefe.

—Mis polluelos tienen madre, y esa soy yo —dijo Billina.

—Me alegra oírlo —respondió el Querubín—, porque así se divertirán más poniéndote de los nervios que si los hubiesen criado en una Incubadora. La Incubadora nunca se pone de los nervios, ya saben.

El Rey Juan Masa había traído como regalo de cumpleaños para Ozma una preciosa corona de pan de jengibre, con hileras de pequeñas perlas alrededor y una gran perla en cada uno de sus cinco picos. Después de que Dorothy la recibiera con los agradecimientos correspondientes y la pusiera sobre la mesa con los demás regalos, los visitantes de Tierralta y Tierrabaja fueron acompañados a sus habitaciones por el Gran Chambelán.

No habían tardado en marcharse cuando la banda frente al palacio volvió a tocar, anunciando más llegadas, y como estas venían sin duda de tierras extranjeras el Gran Chambelán se apresuró a volver para recibirlos de la manera más oficial posible.

XXII - LLEGADAS IMPORTANTES

Primero entraron una banda de Ryls del Valle Feliz, todos pequeños duendecillos alegres como elfos de hadas. Les siguieron una docena de Knooks

torcidos del gran Bosque de Burzee. Tenían bigotes largos, gorros puntiagudos y dedos de los pies enroscados, pero no eran más altos que el hombro de Botón-Brillante. Con este grupo venía un hombre tan fácil de reconocer y tan importante y querido en todo el mundo conocido, que todos los presentes se pusieron en pie e inclinaron la cabeza en señal de respetuosa reverencia incluso antes de que el Gran Chambelán se arrodillase para anunciar su nombre.

— ¡El más Poderoso y Leal Amigo de los Niños, su Suprema Alteza... Papá Noel! —dijo el Chambelán, con voz llena de asombro.

— ¡Bien, bien, bien! ¡Qué alegría veros, qué alegría conoceros a todos! —exclamó Papá Noel, trotando animosamente por el largo salón.

Era redondo como una manzana, con una cara fresca y sonrosada, ojos risueños y una barba tupida blanca como la nieve. Un manto rojo adornado con hermoso armiño le colgaba de los hombros, y a la espalda llevaba una cesta llena de bonitos regalos para la Princesa Ozma.

—Hola, Dorothy; ¿sigues teniendo aventuras? —preguntó con su alegre manera, tomando la mano de la niña entre las suyas.

— ¿Cómo sabe mi nombre, Papá Noel? —respondió ella, sintiéndose más tímida en presencia de este inmortal santo que en ningún otro momento de su joven vida.

—Pero si te veo cada Nochebuena, cuando estás durmiendo —replicó él, pellizcándole la mejilla encarnada.

— ¿De verdad?

— ¡Y aquí está Botón-Brillante, vaya! —exclamó Papá Noel, levantando al niño para besarle—. ¡Qué lejos estás de casa; Dios mío!

— ¿También conoce a Botón-Brillante? —preguntó Dorothy, con entusiasmo.

—Pues claro. He visitado su casa varias Nochebuenas.

— ¿Y conoce a su padre? —preguntó la niña.

—Claro que sí, querida. ¿Quién si no crees que le trae sus corbatas y sus calcetines de Navidad? —con un guiño socarrón al Mago.

—Entonces, ¿dónde vive? Estamos muriéndonos de ganas de saberlo, porque Botón-Brillante está perdido —dijo ella.

Papá Noel se rió y se puso un dedo al lado de la nariz como si pensara qué responder. Se inclinó y le susurró algo al oído al Mago, que sonrió y asintió como si lo hubiese entendido.

Entonces Papá Noel se fijó en Policroma y fue trotando hacia donde estaba ella.

—Me parece que la Hija del Arcoíris está más lejos de casa que ninguno de vosotros —observó, mirando a la bonita doncella con admiración—. Tendré que decirle a tu padre dónde estás, Poli, y mandarle que te recoja.

—Hágalo, por favor, querido Papá Noel —imploró la pequeña doncella, suplicante.

—Pero primero tenemos que pasarlo muy bien en la fiesta de Ozma —dijo el anciano caballero, volviéndose para poner sus regalos sobre la mesa con los demás—. Pocas veces me es posible ausentarme de mi castillo, como bien saben; pero Ozma me invitó y no he podido resistirme a venir a celebrar tan feliz ocasión.

—¡Me alegro mucho! —exclamó Dorothy.

—Estos son mis Ryls —señalando a los pequeños duendecillos que se arremolinaban a su alrededor—. Su trabajo es pintar los colores de las flores cuando brotan y florecen; pero los he traído a estos alegres muchachos para que vean Oz, y se han dejado los botes de pintura en casa. También he traído a estos Knooks torcidos, a quienes quiero mucho. Queridas mías, los Knooks son mucho más agradables de lo que parecen, pues su deber es regar y cuidar los árboles jóvenes del bosque, y hacen su trabajo con fidelidad y esmero. Es un trabajo duro, sin embargo, y hace a mis Knooks torcidos y nudosos, como los propios árboles; pero sus corazones son grandes y bondadosos, como lo son los corazones de todos los que hacen el bien en nuestro hermoso mundo.

—He leído sobre los Ryls y los Knooks —dijo Dorothy, mirando a estos pequeños trabajadores con interés.

Papá Noel se puso a hablar con el Espantapájaros y el Leñador de Hojalata, y también tuvo una palabra amable para el hombre andrajoso, y

después se fue a dar un paseo en el Caballero de Madera por la Ciudad Esmeralda. «Pues», dijo, «he de ver todas las maravillas mientras esté aquí y tenga la oportunidad, y Ozma me ha prometido que puedo montar en el Caballero de Madera porque me estoy poniendo gordo y me falta el aliento».

—¿Dónde están sus renos? —preguntó Policroma.

—Los dejé en casa, porque hace demasiado calor para ellos en este país tan soleado —respondió—. Están acostumbrados al tiempo invernal cuando viajan.

En un instante había desaparecido, y con él los Ryls y los Knooks; pero todos podían oír los cascotes dorados del Caballero de Madera repiqueteando en el pavimento de mármol fuera, mientras se alejaba al galope con su noble jinete.

Al poco la banda volvió a tocar, y el Gran Chambelán anunció:

—Su Graciosa Majestad, la Reina de Alegrilandia.

Todos miraron con atención para descubrir quién podría ser esa reina, y vieron avanzar por el salón una exquisita muñeca de cera vestida con delicados volantes y encajes y un vestido de lentejuelas. Era casi tan grande como Botón-Brillante, y sus mejillas, boca y cejas estaban graciosamente pintadas en delicados colores. Sus ojos azules miraban un poco fijos, siendo de cristal, aunque la expresión del rostro de su majestad era bastante agradable y decididamente atractiva. Con la Reina de Alegrilandia venían cuatro soldados de madera, dos marchando delante de ella con mucha dignidad y dos siguiéndola detrás, como una guardia real. Los soldados estaban pintados en colores vivos y portaban fusiles de madera, y tras ellos venía un hombrecillo gordo que atrajo la atención al instante, aunque parecía modesto y reservado. Pues estaba hecho de caramelo, y llevaba una tamiz de hojalata lleno de azúcar en polvo, con el que se espolvoreaba frecuentemente para no pegarse a las cosas cuando las tocaba. El Gran Chambelán lo había llamado «El Hombre de Caramelo de Alegrilandia», y Dorothy vio que uno de sus pulgares parecía habérselo mordido alguien a quien le gustaba el caramelo y no había podido resistir la tentación.

La Reina de cera habló con gracia a Dorothy y a los demás, y envió sus cariñosos saludos a Ozma antes de retirarse a las habitaciones preparadas

para ella. Había traído un regalo de cumpleaños envuelto en papel de seda y atado con cintas rosas y azules, y uno de los soldados de madera lo puso sobre la mesa con los demás regalos. Pero el Hombre de Caramelo no fue a su habitación, porque dijo que prefería quedarse a charlar con el Espantapájaros, Tik-tok, el Mago y el Leñador de Hojalata, a quienes declaró los personajes más singulares que había conocido jamás. Botón-Brillante se alegró de que el Hombre de Caramelo se quedara en la Sala del Trono, pues pensaba que este invitado olía deliciosamente a menta y a azúcar de arce.

Entró entonces el Hombre Trenzado, que había tenido la fortuna de recibir una invitación a la fiesta de la Princesa Ozma. Venía de una cueva a medio camino entre el Valle Invisible y el País de los Gárgolas, y su pelo y sus bigotes eran tan largos que se veía obligado a trenzarlos en muchas trenzas que le llegaban a los pies, y cada trenza estaba atada con un lazo de cinta de colores.

—He traído a la Princesa Ozma una caja de tremolinas para su cumpleaños —dijo el Hombre Trenzado, con seriedad—; y espero que le gusten, pues son de la mejor calidad que he fabricado jamás.

—Estoy segura de que le encantarán —dijo Dorothy, que recordaba bien al Hombre Trenzado; y el Mago presentó al invitado al resto de la compañía y le hizo sentarse en una silla y estar callado, pues si se le dejaba hablaría sin parar de sus tremolinas.

La banda tocó entonces en bienvenida a otro grupo de invitados, y por la Sala del Trono se adentró la apuesta y majestuosa Reina de Ev. A su lado estaba el joven Rey Evardo, y tras ellos venía toda la familia real, formada por cinco princesas y cuatro príncipes de Ev. El Reino de Ev estaba justo al otro lado del Desierto Mortífero, al norte de Oz, y en cierta ocasión Ozma y su gente habían rescatado a la Reina de Ev y a sus diez hijos del Rey de los Nombres, que los había esclavizado. Dorothy había estado presente en aquella aventura, de modo que saludó a la familia real con cordialidad; y todos los visitantes se alegraron mucho de volver a ver a la pequeña niña de Kansas. También conocían a Tik-tok y a Billina, y al Espantapájaros y al Leñador de Hojalata, así como al León y al Tigre; de modo que hubo un alegre reencuentro, como pueden imaginar, y pasó bien una hora antes de que la Reina y su séquito se retiraran a sus habitaciones. Quizás no se

habrían ido ni entonces de no haber empezado a tocar la banda para anunciar nuevas llegadas; pero antes de abandonar la gran Sala del Trono, el Rey Evardo añadió a los regalos de cumpleaños de Ozma una diadema de diamantes engastados en radio.

El siguiente en llegar resultó ser el Rey Renard de Zorrolandia, o el Rey Dox, como prefería que lo llamaran. Iba magníficamente vestido con un traje nuevo de plumas y llevaba mitones blancos de cabritilla sobre las patas, una flor en el ojal, y tenía el pelo partido en el centro.

El Rey Dox le agradeció a Dorothy con efusión el haber conseguido para él la invitación para visitar Oz, que había anhelado ver toda su vida. Se pavoneó de manera bastante ridícula mientras se lo iba presentando a todas las celebridades reunidas en la Sala del Trono, y cuando supo que Dorothy era una Princesa de Oz el Rey-Zorro insistió en arrodillarse a sus pies y luego se retiró andando de espaldas, lo cual era bastante peligroso, pues podría haberse pillado una pata y tropezado.

Apenas se había ido cuando el toque de los clarines y el estrépito de los tambores y los platillos anunciaron la llegada de importantes visitantes, y el Gran Chambelán adoptó su tono más solemne mientras abría la puerta y decía con orgullo:

— ¡Su Sublime y Resplandeciente Majestad, la Reina Zixi de Ix! ¡Su Serena y Tremenda Majestad, el Rey Bud de Nolandia! ¡Su Alteza Real, la Princesa Fluff!

Que tres personajes reales tan altos y poderosos llegaran al mismo tiempo era suficiente para poner serios a Dorothy y sus compañeros y hacerles sacar sus mejores modales; pero cuando la exquisita belleza de la Reina Zixi llegó a sus ojos les pareció no haber visto jamás nada tan encantador. Dorothy calculó que Zixi debía de tener unos dieciséis años, pero el Mago le susurró que esta maravillosa reina llevaba miles de años viviendo, aunque conocía el secreto de permanecer siempre fresca y hermosa.

El Rey Bud de Nolandia y su delicada hermana de cabellos rubios, la Princesa Fluff, eran amigos de Zixi, pues sus reinos eran vecinos, así que habían viajado juntos desde sus lejanos dominios para honrar a Ozma de Oz en el día de su cumpleaños. Trajeron muchos espléndidos regalos, de modo que la mesa estaba ya verdaderamente cargada de presentes.

Dorothy y Poli adoraron a la Princesa Fluff en cuanto la vieron, y el pequeño Rey Bud era tan franco y jovial que Botón-Brillante lo aceptó como amigo al instante y no quería que se marchara. Pero era ya pasado el mediodía, y los invitados reales debían preparar sus atuendos para el gran banquete en que se reunirían esa tarde para conocer a la reinante Princesa de estas Tierras de Hadas; de modo que condujeron a la Reina Zixi a su habitación una tropa de doncellas encabezadas por Jellia Jamb, y Bud y Fluff se retiraron poco después a sus propios aposentos.

— ¡Vaya, qué fiesta tan grande va a tener Ozma! — exclamó Dorothy—. Creo que el palacio estará hasta los topes, Botón-Brillante; ¿a que sí?

— No sé — dijo el niño.

— Pero tendremos que ir pronto a nuestras habitaciones a vestirnos para el banquete — continuó la niña.

— Yo no tengo que vestirme — dijo el Hombre de Caramelo de Alegrilandia—. Todo lo que necesito es espolvorearme de azúcar fresco.

— Tik-tok lleva siempre el mismo traje — dijo el Leñador de Hojalata—; y lo mismo nuestro amigo el Espantapájaros.

— Mis plumas son suficientemente buenas para cualquier ocasión — cacareó Billina desde su rincón.

— Pues entonces os dejo a los cuatro para que recibáis a los nuevos invitados que lleguen — dijo Dorothy—; porque Botón-Brillante y yo tenemos que estar lo mejor posible en el banquete de Ozma.

— ¿Quién falta por llegar? — preguntó el Espantapájaros.

— Pues está el Rey Pataquea de Borriquilandia, y Juanito Hácelo, y la Bruja Buena del Norte. Pero Juanito Hácelo puede que no llegue hasta tarde, porque está siempre ocupadísimo.

— Los recibiremos y les daremos la bienvenida que merecen — prometió el Espantapájaros—. Así que ve corriendo, pequeña Dorothy, y vístete.

XXIII - EL GRAN BANQUETE

Quisiera poder contaros qué brillante compañía se reunió aquella tarde en el banquete real de Ozma. Una larga mesa estaba dispuesta en el centro del gran comedor del palacio, y el esplendor de las decoraciones y el fulgor de las luces y las joyas fue reconocido como el espectáculo más magnífico que ninguno de los invitados había visto jamás.

La persona más alegre de los presentes, además de la más importante, era desde luego el viejo Papá Noel; así que le fue dado el asiento de honor en un extremo de la mesa, mientras en el otro se sentaba la Princesa Ozma, la anfitriona.

Juan Masa, la Reina Zixi, el Rey Bud, la Reina de Ev y su hijo Evardo, y la Reina de Alegrilandia tenían tronos de oro en los que sentarse, mientras a los demás se les proporcionaron hermosas sillas.

En el extremo superior del comedor había una mesa aparte dispuesta para los animales. Toto estaba sentado en un extremo de esta mesa con un babero atado al cuello y un plato de plata del que comer. En el otro extremo se había puesto un pequeño estrado con un bajo barandal alrededor del borde para Billina y sus pollitos. El barandal impedía que las diez pequeñas Dorothis se cayeran del estrado, mientras la Gallina Amarilla podía fácilmente alcanzar su comida en la bandeja que había sobre la mesa. En otros sitios estaban el Tigre Hambriento, el León Cobarde, el Caballero de Madera, el Oso de Goma, el Rey-Zorro y el Rey-Burro, que formaban juntos una compañía de animales bastante nutrida.

En el extremo inferior del gran salón había otra mesa en la que se sentaron los Ryls y los Knooks que habían venido con Papá Noel, los soldados de madera que habían venido con la Reina de Alegrilandia, y los Tierralteses y Tierrabajeses que habían venido con Juan Masa. Aquí estaban sentados también los oficiales del palacio real y del ejército de Ozma.

Los espléndidos trajes de los presentes en las tres mesas formaban un despliegue magnífico y reluciente que ninguno de los allí presentes olvidaría

probablemente jamás; quizás nunca ha habido en ningún lugar del mundo en ningún momento otra reunión de personas tan extraordinarias como la que se congregó esa tarde para honrar el cumpleaños de la Soberana de Oz.

Cuando todos los miembros de la compañía estaban en sus sitios, una orquesta de quinientas piezas instalada en un palco que dominaba el comedor comenzó a tocar una música dulce y deliciosa. Luego se abrió una puerta drapeada de verde real, y entró la bella y juvenil Princesa Ozma, que ahora saludó a sus invitados en persona por primera vez.

Cuando se puso de pie junto a su trono a la cabecera de la mesa del banquete, todos los ojos se volvieron ávidamente hacia la adorable Princesa, que era tan digna como hechicera, y que sonrió a todos sus viejos y nuevos amigos de una manera que les llegó al corazón y arrancó una sonrisa respondiente de cada cara.

A cada invitado se le sirvió una copa de cristal llena de lacasa, que es una especie de néctar famoso en Oz, más delicioso de beber que la soda o la limonada. Papá Noel pronunció entonces un bonito discurso en verso felicitando a Ozma por tener un cumpleaños, y pidiendo a todos los presentes que brindaran por la salud y la felicidad de su queridísima anfitriona. Esto se hizo con gran entusiasmo por parte de quienes estaban hechos de modo que podían beber, y quienes no podían beber tocaron cortésmente el borde de sus copas con los labios. Todos se sentaron a las mesas y los criados de la Princesa empezaron a servir el festín.

Estoy bastante seguro de que solo en el País de las Hadas podría prepararse un banquete tan delicioso. Los platos eran de metales preciosos engastados de brillantes joyas, y las buenas cosas de comer que se ponían en ellos eran innumerables y de sabor exquisito. Varios de los presentes, como el Hombre de Caramelo, el Oso de Goma, Tik-tok y el Espantapájaros, no estaban hechos de modo que pudieran comer, y la Reina de Alegrilandia se contentó con un pequeño plato de serrín; pero estos disfrutaron del fasto y el brillo de la suntuosa escena tanto como los que sí se festejaban.

El Woggle-Bug leyó su «Oda a Ozma», que estaba escrita en muy buen ritmo y fue bien recibida por la compañía. El Mago añadió entretenimiento haciendo aparecer ante Dorothy una gran tarta, y cuando la niña la cortó los nueve cerditos diminutos saltaron de ella y bailaron alrededor de la mesa

mientras la orquesta tocaba una melodía animada. Esto divirtió mucho a la compañía, pero aún más les complació cuando Policroma, cuya hambre había quedado saciada fácilmente, se levantó de la mesa y ejecutó para ellos su grácil y deslumbrante Danza del Arcoíris. Cuando terminó, la gente aplaudió con las manos y los animales aplaudieron con las patas, mientras Billina cacareaba y el Rey-Burro rebuznaba su aprobación.

Juanito Hácelo estaba presente, y desde luego demostró que podía hacer maravillas comiendo, lo mismo que en todo lo que emprendía; el Leñador de Hojalata cantó una canción de amor con cuyo estribillo todos se unieron; y los soldados de madera de Alegrilandia dieron una exhibición de instrucción relámpago con sus mosquetes de madera; los Ryls y los Knooks bailaron el Círculo de las Hadas; y el Oso de Goma rebotó por todo el salón. Había risas y alborozo por todas partes, y todo el mundo se lo estaba pasando de maravilla. Botón-Brillante estaba tan excitado e interesado que prestó poca atención a la espléndida cena y mucha a sus singulares compañeros; y quizás fue lo más sensato, porque comer podría hacerlo en cualquier otro momento.

Los festejos y la alegría continuaron hasta bien entrada la tarde, momento en que se separaron para encontrarse de nuevo a la mañana siguiente y participar en la celebración del cumpleaños, de la que este banquete real no era más que la introducción.

XXIV - LA CELEBRACIÓN DEL CUMPLEAÑOS

Un día claro y perfecto, con una brisa suave y un cielo soleado, saludó a la Princesa Ozma cuando se despertó a la mañana siguiente, el aniversario de su nacimiento. Mientras era todavía temprano toda la ciudad estaba en movimiento, y multitudes de gente venían de todas partes del País de Oz para presenciar los festejos en honor del cumpleaños de su joven Soberana.

Los notables visitantes de países extranjeros, todos los cuales habían sido transportados a la Ciudad Esmeralda por medio del Cinturón Mágico, eran un espectáculo tan grande para los ozitas como sus propias celebridades familiares, y las calles que iban desde el palacio real hasta las puertas enjoadas estaban llenas de hombres, mujeres y niños para ver la procesión al pasar camino de los campos verdes donde iban a celebrarse las ceremonias.

¡Y qué gran procesión era aquella!

Primero venía un millar de jóvenes, las más bonitas del país, vestidas de muselina blanca con fajas y cintas en el pelo verdes, portando cestas verdes de rosas rojas. Mientras avanzaban fueron esparciendo estas flores sobre los pavimentos de mármol, de modo que el camino quedó alfombrado densamente de rosas por donde pasar la procesión.

Luego venían los Soberanos de los cuatro Reinos de Oz: el Emperador de los Winkies, el Monarca de los Munchkins, el Rey de los Quadlings y el Señor de los Gillikins, cada uno luciendo una larga cadena de esmeraldas al cuello para mostrar que era vasallo de la Soberana de la Ciudad Esmeralda.

A continuación marchaba la Banda de Cornetas de la Ciudad Esmeralda, vestida con uniformes verde y oro tocando el «Paso Doble de Ozma». Le seguía el Ejército Real de Oz, formado por veintisiete oficiales, desde el General en Jefe hasta los Tenientes. No había soldados rasos en el ejército de Ozma porque los soldados no se necesitaban para pelear batallas, sino solo para tener un buen aspecto, y un oficial siempre tiene un aspecto más imponente que un soldado raso.

Mientras la gente vitoreaba y agitaba los sombreros y los pañuelos, avanzó caminando la Real Princesa Ozma, de aspecto tan bonito y dulce que no es de extrañar que su pueblo la quiera tan entrañablemente. Había decidido no ir en su carruaje ese día, pues prefería caminar en la procesión con sus súbditos predilectos y sus invitados. Justo delante de ella trotaba la Alfombra de Oso Azul viva que pertenecía a la vieja Dyna, que se bamboleaba torpemente sobre sus cuatro patas porque no había nada más que la piel para sostenerlas, con una cabeza rellena en un extremo y un rabo rechoncho en el otro. Pero cada vez que Ozma hacía una pausa en su caminata, la Alfombra de Oso se tumbaba plana en el suelo para que la Princesa se pusiera sobre ella hasta que reanudaba el avance.

Tras la Princesa iban sus dos enormes bestias, el León Cobarde y el Tigre Hambriento, y aunque el Ejército no hubiese estado allí, estos dos habrían sido suficientemente poderosos para guardar a su ama de cualquier daño.

A continuación marchaban los invitados, que fueron vitoreados ruidosamente por la gente de Oz a lo largo del camino y se veían por tanto obligados a inclinarse a derecha e izquierda casi a cada paso. El primero era Papá Noel, que por ser gordo y no estar acostumbrado a caminar iba montado en el maravilloso Caballero de Madera. El alegre anciano llevaba una cesta con pequeños juguetes, que fue lanzando uno por uno a los niños al pasar. Sus Ryls y Knooks marchaban muy cerca detrás de él.

Venía después la Reina Zixi de Ix; luego Juan Masa y el Querubín, con el oso de goma llamado Para Bruin pavoneándose entre ellos sobre las patas traseras; luego la Reina de Alegrilandia, escoltada por sus soldados de madera; luego el Rey Bud de Nolandia y su hermana, la Princesa Fluff; luego la Reina de Ev y sus diez hijos reales; luego el Hombre Trenzado y el Hombre de Caramelo, lado a lado; luego el Rey Dox de Zorrolandia y el Rey Pataquea de Borriquilandia, que para entonces se habían hecho buenos amigos; y por último Juanito Hácelo, con su delantal de cuero, fumando su pipa larga.

Estos maravillosos personajes no fueron vitoreados por la gente más efusivamente que quienes les seguían en la procesión. Dorothy era la favorita de todos, y caminaba del brazo del Espantapájaros, al que todos amaban. Venían luego Policroma y Botón-Brillante, y la gente adoró a la bonita Hija del Arcoíris y al hermoso niño de ojos azules en cuanto los vio. El hombre andrajoso con su nuevo traje andrajoso despertó mucha atención por ser una novedad. Con paso regular avanzó pesado el hombre-máquina Tik-tok, y hubo más vítores cuando el Mago de Oz le siguió en la procesión. El Woggle-Bug y Jack Cabezcalabaza venían a continuación, y tras ellos Glinda la Hechicera y la Bruja Buena del Norte. Por último venía Billina, con su cría de pollitos a quienes cacareaba ansiosamente para mantenerlos juntos y apresurarlos para que no retrasaran la procesión.

Otra banda siguió, esta vez la Banda de Hojalata del Emperador de los Winkies, tocando una hermosa marcha llamada «No hay material como la hojalata». Luego venían los criados del Palacio Real, en una larga fila, y tras

todos ellos la gente se unió a la procesión y marchó por las puertas esmeralda hacia el gran prado.

Allí se había levantado un espléndido pabellón, con una tribuna bastante grande para sentar a toda la familia real y a quienes habían participado en la procesión. Sobre el pabellón, que era de seda verde y tela de oro, innumerables banderas ondeaban en la brisa. Justo delante de este, y conectado con él por una pasarela, se había construido una amplia plataforma para que todos los espectadores pudieran ver cómodamente el entretenimiento que se les preparaba.

El Mago asumió entonces el papel de Maestro de Ceremonias, pues Ozma había puesto en sus manos la dirección del espectáculo. Después de que el público se hubo congregado alrededor de la plataforma y la familia real y los visitantes estuvieran sentados en la tribuna, el Mago ejecutó con habilidad algunos números de malabarismo con bolas de cristal y velas encendidas. Lanzó una docena de ellas al aire y las fue cogiendo una por una al caer, sin fallar ninguna.

Luego presentó al Espantapájaros, que realizó un número de tragasables que despertó mucho interés. Después el Leñador de Hojalata dio una exhibición del Manejo del Hacha, haciéndola girar a su alrededor con tanta rapidez que los ojos apenas podían seguir el movimiento de la reluciente hoja. Glinda la Hechicera subió entonces a la plataforma, y con su magia hizo crecer un gran árbol en el centro del espacio, hizo aparecer flores en el árbol, y las flores se convirtieron en deliciosa fruta llamada tamornas, y la cantidad de fruta producida era tan grande que cuando los criados treparon al árbol y la fueron lanzando a la multitud, hubo suficiente para satisfacer a todos los presentes.

Para Bruin, el oso de goma, trepó a una rama del gran árbol, se hizo una bola y cayó a la plataforma, desde donde rebotó de vuelta a la rama. Repitió este número de rebotes varias veces, para gran deleite de todos los niños presentes. Después de terminar, hacer una reverencia y volver a su asiento, Glinda agitó su vara y el árbol desapareció; pero la fruta que había producido siguió ahí para comérsela.

La Bruja Buena del Norte divirtió a la gente transformando diez piedras en diez pájaros, los diez pájaros en diez corderos, y los diez corderos en

diez niñas que bailaron un bonito baile y luego fueron transformadas de nuevo en diez piedras, tal como estaban al principio.

Juanito Hácelo subió a continuación a la plataforma con su cofre de herramientas, y en pocos minutos construyó una gran máquina voladora; luego metió el cofre en la máquina y todo se fue volando junto, Juanito y todo, después de haberse despedido de los presentes y de dar las gracias a la Princesa por su hospitalidad.

El Mago anunció entonces el último número de todos, que fue considerado verdaderamente maravilloso. Había inventado una máquina para soplar enormes pompas de jabón, tan grandes como globos, y esta máquina estaba escondida bajo la plataforma de modo que solo asomaba por encima del suelo el borde de la gran pipa de barro para producir las pompas. El depósito de agua jabonosa y las bombas de aire para inflar las pompas estaban fuera de la vista debajo, de modo que cuando las pompas empezaron a crecer sobre el suelo de la plataforma parecía realmente magia a la gente de Oz, que no sabía nada ni siquiera de las pompas de jabón corrientes que nuestros niños soplan con una pipa de barro de un céntimo y un barreño de agua con jabón.

El Mago había inventado otra cosa. Normalmente las pompas de jabón son frágiles y revientan fácilmente, durando solo unos momentos mientras flotan en el aire; pero el Mago añadió una especie de pegamento a su agua jabonosa, que hacía las pompas resistentes; y como el pegamento se secaba rápidamente al exponerse al aire, las pompas del Mago eran lo bastante fuertes para flotar durante horas sin romperse.

Empezó soplando, por medio de su maquinaria y sus bombas de aire, varias pompas grandes que dejó flotar hacia el cielo, donde el sol caía sobre ellas y les daba iridiscentes tonos que eran bellísimos. Esto despertó mucho asombro y deleite porque era una diversión nueva para todos los presentes, excepto quizás Dorothy y Botón-Brillante, e incluso ellos nunca habían visto pompas tan grandes y resistentes.

El Mago sopló entonces un ramillete de pompas pequeñas y luego sopló una grande alrededor de ellas, de modo que quedaron en el centro de la grande; luego dejó que toda la masa de bonitos globos flotara en el aire y desapareciera en el lejano cielo.

—¡Esto sí que es magnífico! —declaró Papá Noel, al que le encantaban los juguetes y las cosas bonitas—. Creo, señor Mago, que le pediré que sopla una pompa a mi alrededor; así podré irme flotando a casa y ver el país extendido debajo de mí mientras viajo. No hay un solo lugar de la tierra que no haya visitado, pero suelo ir de noche, montado sobre mis veloces renos. Esta es una buena oportunidad de observar el campo a la luz del día, viajando despacio y a mis anchas.

—¿Crees que podrás guiar la pompa? —preguntó el Mago.

—Oh, sí; sé suficiente magia para eso —respondió Papá Noel—. Sopla la pompa con yo dentro, y puedes estar seguro de que llegaré a casa sano y salvo.

—¡Mándame a mí también a casa en una pompa! —suplicó la Reina de Alegrilandia.

—Muy bien, señora; usted lo intentará primero —respondió galantemente el viejo Papá Noel.

La bonita muñeca de cera se despidió de la Princesa Ozma y de los demás y se puso en la plataforma mientras el Mago soplabla una gran pompa de jabón a su alrededor. Cuando estuvo terminada dejó que la pompa flotara despacio hacia arriba, y pudo verse a la pequeña Reina de Alegrilandia de pie en el centro de ella, lanzando besos con los dedos a los que quedaban abajo. La pompa tomó una dirección sur y desapareció de la vista rápidamente.

—Es una manera muy agradable de viajar —dijo la Princesa Fluff—. A mí también me gustaría ir a casa en una pompa.

Así que el Mago sopló una pompa grande alrededor de la Princesa Fluff, y otra alrededor del Rey Bud, su hermano, y una tercera alrededor de la Reina Zixi; y pronto estas tres pompas habían subido al cielo y flotaban juntas en dirección al reino de Nolandia.

El éxito de estos viajes indujo a los demás invitados de tierras lejanas a emprender también sus viajes en pompa; así que el Mago los fue metiendo dentro de las pompas uno a uno, y Papá Noel indicó el camino que debía seguir cada uno, pues él sabía exactamente dónde vivía todo el mundo.

Por fin Botón-Brillante dijo:

— Yo también quiero ir a casa.

— ¡Pues ya irás! — exclamó Papá Noel —; porque estoy seguro de que tu padre y tu madre se alegrarán de volverte a ver. Señor Mago, haga el favor de soplar una pompa grande y buena para que Botón-Brillante viaje en ella, y yo me encargo de enviarlo a casa con su familia sano y salvo.

— Lo siento — dijo Dorothy con un suspiro, pues le tenía mucho cariño a su pequeño compañero —; pero quizás es lo mejor para Botón-Brillante volver a casa, porque sus padres deben de estar preocupadísimos.

Besó al niño, y Ozma también le besó, y todos los demás agitaron las manos y se despidieron y le desearon un viaje agradable.

— ¿Te alegras de dejarnos, cariño? — preguntó Dorothy, con una pizca de tristeza.

— No sé — dijo Botón-Brillante.

Se sentó con las piernas cruzadas en la plataforma, con el sombrero de marinero echado hacia atrás en la cabeza, y el Mago sopló una hermosa pompa alrededor de él.

Un minuto después había subido al cielo, navegando hacia el oeste, y lo último que vieron de Botón-Brillante fue que seguía sentado en el centro del brillante globo, agitando su sombrero de marinero a los que quedaban abajo.

— ¿Quieres viajar en una pompa, o prefieres que yo te envíe a ti y a Toto a casa con el Cinturón Mágico? — le preguntó la Princesa a Dorothy.

— Creo que usaré el Cinturón — respondió la niña —. Le tengo un poco de miedo a esas pompas.

— ¡Guau, guau! — dijo Toto, aprobando. Le encantaba ladrar a las pompas mientras se alejaban flotando, pero no tenía ningún deseo de viajar en una.

Papá Noel decidió ir a continuación. Dio las gracias a Ozma por su hospitalidad y le deseó muchos felices regresos del día. Luego el Mago sopló una pompa alrededor de su regordete cuerpecillo y pompas más pequeñas alrededor de cada uno de sus Ryls y sus Knooks.

Cuando el bondadoso y generoso amigo de los niños subió al aire, toda la gente vitoreó a pleno pulmón, pues quería mucho a Papá Noel; y el anciano los oyó a través de las paredes de su pompa y les agitó las manos en respuesta mientras les sonreía desde arriba. La banda tocó animosamente mientras todos miraban la pompa hasta que desapareció del todo.

—¿Y tú, Poli? —le preguntó Dorothy a su amiga—. ¿También le tienes miedo a las pompas?

—No —respondió Policroma, sonriendo—; pero Papá Noel prometió hablarle a mi padre al pasar por el cielo. Así que quizás llegue a casa de una manera más fácil.

En efecto, la pequeña doncella apenas había terminado esta frase cuando un resplandor repentino llenó el aire, y mientras la gente miraba asombrada el extremo de un arcoíris glorioso fue bajando despacio hasta posarse sobre la plataforma.

Con un grito de alegría, la Hija del Arcoíris saltó de su asiento y fue bailando por la curva del arco, subiendo gradualmente hacia arriba, mientras los pliegues de su vaporoso vestido giraban y flotaban a su alrededor como una nube y se fundían con los colores del propio arcoíris.

—¡Adiós, Ozma! ¡Adiós, Dorothy! —gritó una voz que reconocieron como la de Policroma; pero ahora la figura de la pequeña doncella se había disuelto del todo en el arcoíris, y sus ojos ya no podían verla.

De pronto, el extremo del arcoíris se levantó y sus colores se fueron desvaneciendo lentamente como la neblina ante una brisa. Dorothy suspiró hondo y se volvió hacia Ozma.

—Siento perder a Poli —dijo—; pero creo que está mejor con su padre, porque hasta el País de Oz no puede ser como el hogar para un hada de las nubes.

—No, desde luego —respondió la Princesa—; pero ha sido un placer para nosotras conocer a Policroma aunque haya sido poco tiempo, y... ¿quién sabe? Quizás algún día volvamos a encontrarnos con la Hija del Arcoíris.

Terminado el entretenimiento, todos abandonaron el pabellón y formaron de nuevo su alegre procesión de vuelta a la Ciudad Esmeralda. De los re-

cientes compañeros de viaje de Dorothy solo quedaban Toto y el hombre andrajoso, y Ozma había decidido permitir a este último vivir en Oz por algún tiempo. Si demostraba ser honrado y leal prometía dejarle vivir allí para siempre, y el hombre andrajoso tenía un gran deseo de ganarse esa recompensa.

Tuvieron una cena tranquila y agradable juntos, y pasaron una velada placentera con el Espantapájaros, el Leñador de Hojalata, Tik-tok y la Gallina Amarilla por compañía.

Cuando Dorothy les dio las buenas noches, los besó a todos para despedirse al mismo tiempo. Pues Ozma había acordado que mientras Dorothy durmiera, ella y Toto serían transportados por medio del Cinturón Mágico a su propia camita en la granja de Kansas, y la niña se rió pensando en el asombro que se llevarían el tío Henry y la tía Em cuando bajase a desayunar con ellos a la mañana siguiente.

Muy contenta de haber vivido una aventura tan agradable, y un poco cansada por todas las animadas escenas del día, Dorothy estrechó a Toto entre los brazos y se tendió sobre la bonita cama blanca de su habitación en el palacio real de Ozma.

Al poco estaba profundamente dormida.

FIN

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB